

72



LORIE

E HAS

2 L01

PQ2472

F5

S6

C.1

040.0

L883f



PIERRE LOTI

FLORES DE HASTÍO

EN COLABORACIÓN

CON

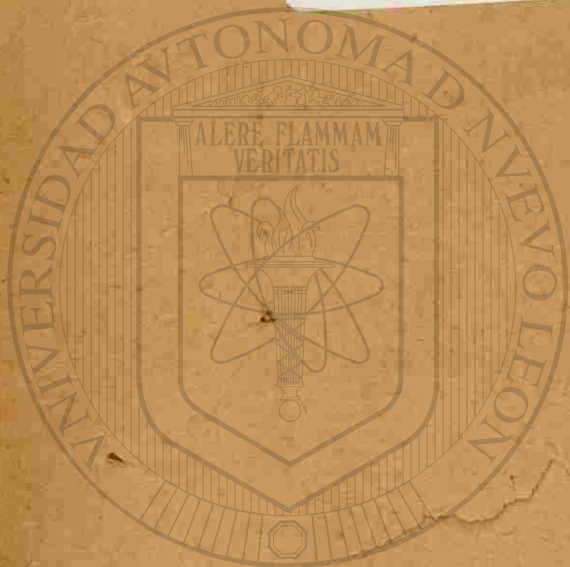
H. PLUMKETT

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1080006485



PIERRE LOTI

FLORES DE HASTÍO

PASCUALA IVANOVITCH

VERSIÓN CASTELLANA

DE

JOSE LOPEZ SENDINO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

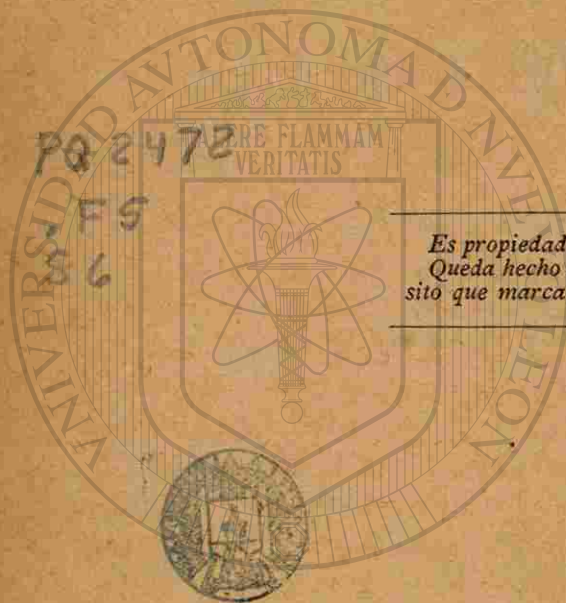
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1889

848.8

18835

10-17-11-78



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

FBRM

6485

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, 1989.—TIP. DE «EL CORREO.» Á CARGO DE F. FERNANDEZ
Calle de San Gregorio, núm. 8.

PRÓLOGO DEL EDITOR

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído el *Casamiento de Loti*, recordarán tal vez el nombre de *Plumkett*, el amigo y confidente de Loti, el compañero de sus viajes. Plumkett, lo mismo que Loti, no son personajes ficticios. Á Plumkett es á quien Loti, cuidadoso del valor de sus obras, somete, en primer término, los trabajos que termina. Loti tiene fe en el juicio de Plumkett; pero si acepta las críticas de su amigo y se conforma generalmente con ellas, no siempre es sin resistir antes, sin defender palmo á palmo el pasaje recriminado. Es curioso un manuscrito de Loti, revisado por Plumkett; las observaciones, las respuestas, las reflexiones de la disputa literaria entre los dos amigos se confunden, acribillando el texto de notas, cubriéndole de líneas negras, rojas ó azules, y añadiéndole un atractivo más por el

contraste. De este cambio de pensamientos, perdidos con los folios de los borradores, ha nacido la idea de la colaboración en una obra común, pero no de una de esas colaboraciones en que el temperamento de cada uno desaparece bajo la unidad del conjunto; Loti y Plumkett han querido conservar su personalidad, dejar en su obra la marca distintiva de su naturaleza.

Al escribir *Flores de Hastío*, han querido hacer algo del género de la *Cruz de Berny*, en que Mda. de Gerardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Mery daban rienda suelta á su fantasía. *Flores de Hastío* es, pues, un libro doble, en el cual cada autor lleva á la acción su modo de ser particular, sus ideas personales y las tendencias instintivas de su individualidad.

FLORES DE HASTÍO

Plumkett.—Mi querido Loti; dicen que los animales tienen un alma: por lo tanto, usted y yo debemos tener algo parecido.

Nuestras dos almas—ya que está admitido que poseemos una cada uno—no son hermanas, sino primas carnales por el hastío, y usted sabe que no data de ayer el descubrimiento de este parentesco.

Me ocurre la idea de organizar una pequeña reunión de familia y de hacer un ramillete con el hastío de usted y el mío: yo le enviaré claveles de la India y usted me contestará devolviéndome una planta de dientes de león.—En cuanto á los pensamientos, son flores que nosotros apenas conocemos. ¿No le parece á usted?

Yo me extenderé en aforismos instructivos para la generalidad; usted hará lo que quiera; escribirá

contraste. De este cambio de pensamientos, perdidos con los folios de los borradores, ha nacido la idea de la colaboración en una obra común, pero no de una de esas colaboraciones en que el temperamento de cada uno desaparece bajo la unidad del conjunto; Loti y Plumkett han querido conservar su personalidad, dejar en su obra la marca distintiva de su naturaleza.

Al escribir *Flores de Hastío*, han querido hacer algo del género de la *Cruz de Berny*, en que Mda. de Gerardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Mery daban rienda suelta á su fantasía. *Flores de Hastío* es, pues, un libro doble, en el cual cada autor lleva á la acción su modo de ser particular, sus ideas personales y las tendencias instintivas de su individualidad.

FLORES DE HASTÍO

Plumkett.—Mi querido Loti; dicen que los animales tienen un alma: por lo tanto, usted y yo debemos tener algo parecido.

Nuestras dos almas—ya que está admitido que poseemos una cada uno—no son hermanas, sino primas carnales por el hastío, y usted sabe que no data de ayer el descubrimiento de este parentesco.

Me ocurre la idea de organizar una pequeña reunión de familia y de hacer un ramillete con el hastío de usted y el mío: yo le enviaré claveles de la India y usted me contestará devolviéndome una planta de dientes de león.—En cuanto á los pensamientos, son flores que nosotros apenas conocemos. ¿No le parece á usted?

Yo me extenderé en aforismos instructivos para la generalidad; usted hará lo que quiera; escribirá

de una manera cualquiera y de cualquier cosa; no importa de qué: contará usted sus sueños, si así lo quiere. Un sabio de la antigüedad ha emitido este axioma: «Es muy difícil ser más tonto que los demás.» Penétrese usted de esta verdad y tenga seguridad de ella.

Loti.—Comienzo por un sueño:

Estaba yo en la parte más alta del campanario del Creizker; Ives estaba sentado cerca de mí, sobre la cabeza de una gárgola de granito. Las tierras lejanas del país de León se extendían á nuestros piés, envueltas en ese crepúsculo, lleno de misterio, que ilumina las visiones del sueño. Era invierno, y la inculta llanura bretona estaba oscura.

En el horizonte se veía la *mar brumosa* y las rocas de Roscoff destacándose, como en los fondos pintados por Leonardo de Vinci.

Yo dije á Ives: «Me parece que el campanario del Creizker se ha estremecido.» Ives me contestó: «Hermano mío, ¿cómo quieres que haya sucedido eso?» Y miraba sonriendo hácia el vacío.

Sentí vértigos, y me adherí á aquel encaje de granito que nos sostenía en el aire. En torno nuestro había maravillosas cortaduras de piedra y gárgolas en figura de gnomos, sobre las cuales, líquenes amarillos—como los que doran todos los viejos

campanarios de Bretaña—semejaban animales siniestros. Y la base del campanario se perdía en líneas confusas entre la oscuridad de la tierra.

Ives me parecía mayor que de costumbre, y sus hombros más anchos y más atléticos.

«Ives—le dije—te aseguro que el Creizker se ha estremecido.» En efecto, el viejo campanario de las leyendas bretonas vacilaba sobre su base; nosotros le sentíamos hundirse: el antiguo encaje de granito se disgregaba dulcemente, desmenuzándose en el aire, y sus restos caían de un modo lento y suave como los objetos que no tienen peso; nosotros mismos caíamos, procurando agarrarnos fuertemente á las cosas que caían también.

Después vagábamos por tierra entre escombros, que continuaban desmenuzándose y desapareciendo.—Al caer no nos habíamos hecho ningún daño—pero experimentábamos cierta angustia porque el Creizker no existiese ya.

Recordábamos el tiempo en que Ives y yo navegábamos sobre la «*mar brumosa*», cruzándola balanceados por las grandes y agitadas olas del Oeste, mojados por las nieblas y la lluvia en los días sombríos del invierno, á la hora fría y siniestra del crepúsculo: con frecuencia distinguíamos á lo lejos, entre las nubes grises, los dos campanarios de la

iglesia de Saint-Pol y el Creizker colocado cerca de ellos sobre la costa, dominándolos con su arrogante estatura de granito.

Cuando la noche se presentaba mala, nos complacíamos viendo aquel antiguo vigía de la mar, que parecía velar por nosotros desde lo alto de la costa bretona. Pero ya había desaparecido; no podíamos pensar en volverlo á ver. Ives, sobre todo, estaba inconsolable, porque su campanario se había hundido. Yo le decía: «Le reconstruirán;» pero yo mismo estaba convencido de que esta ruina era irreparable. Estaba esparcido sobre la tierra, en restos tan numerosos, como las piedrecillas de las playas. La obra maravillosa de los pasados siglos estaba destruida, y yo veía allí un signo fatal de los tiempos; el fin de aquel gigante de los campanarios bretones me parecía el comienzo del fin de todas las cosas, y me resignaba á verlo concluir todo; estaba como recogido en una apocalíptica espera del caos.

En torno nuestro no había ya ninguna huella de la vieja ciudad de Saint-Pol, ni de la casa en donde Ives había nacido. Estábamos en medio de la llanura, sombría y desierta; entre las retamas y los brezos: la tierra recobraba su fisonomía de las épocas primitivas, anteriores á su aniquilamiento, y

la obscuridad postrera se espesaba á nuestro alrededor.

Entonces Ives me dijo con una entonación de espanto infantil: «Hermano, mírame, ¿no te parece que soy ahora mayor que de ordinario?.....»—Y yo contesté: «Nó,» por no causarle miedo; pero bien veía que su tamaño era mayor que el natural, y que su traje era el de un celta, con pieles de lobo, que le cubrían los hombros.

En torno nuestro había formas de larvas, que se agitaban en la obscuridad cada vez más profunda, y yo comprendía que ya los dos habíamos muerto....

.....Después, el sueño se terminó por concepciones siniestras, confusas, que se extinguían gradualmente.....

No hay palabras con qué poder expresar aquellas misteriosas fantasías.

.....
Plumkett.—Mi querido Loti: Creo haber encontrado la explicación del sueño de usted. Estaba usted acostado con su hermano Ives, sobre la mesa de alguna taberna de la Baja Bretaña; había usted bebido sidra y buen aguardiente, y hallándose completamente borracho, cayó usted de la mesa. Por esto, la caída fue blanda, y en ella, felizmente, no hubo daño para usted. Ives cayó quizá el primero,

y usted sobre él. El campanario del Creizker debe ser alguna gran botella vacía; la que usted concluyó por derribar. En cuanto á las cosas que *catan también*, serían vasos que usted destrozaba bajo sus pies; y las *larvas*, la tabernera y las maritornes del establecimiento, ocupadas en reparar todo el desorden que había usted producido.

No hay nada en todo esto que no sea natural; pero usted se entrega á reflexiones sobre el *principio del fin de las cosas*, que están fuera de lugar. Comprenda usted, mi querido Loti, que no se trata más que de una botella vacía; y áun esta botella, que usted toma por un campanario, no está vacía, sino porque se la ha bebido usted; y no es razonable exigir que los frascos, cuyo líquido se bebe uno, no estén vacíos.

En el comienzo de la vida, todas las copas están llenas; beba usted lentamente si quiere que le quede algo para más tarde. No beba demasiado pronto los vinos más fuertes, si ha de tener más adelante aptitudes para apreciar los sabores dulces y sanos.....

Loti.—Mi querido Plumkett, la explicación que usted da de mi sueño me parece una tontería. Bien sabe usted que tengo mucho de musulmán, y no me he embriagado más que una sola vez en toda mi vida: ocurrió esto en New-York, una tarde en

que me convidaron á un banquete de una sociedad sobria y prudente. Los polizontes me llevaron á bordo.

Plumkett.—No interrumpa usted, Loti, para decir tonterías, cuando por casualidad estoy hablando en serio. Es cierto que, desgraciadamente, he atacado el único defecto de que usted carece; pero hablo por imágenes, como los orientales que usted ama. Yo me refiero á otras embriagueces mucho más peligrosas que las del vino; bien las conoce usted.....

.....

En la actualidad, las copas están vacías, las flores de la mesa están marchitas. Los convidados han desaparecido: los unos, sucumbieron á la embriaguez; los otros, medrosos, han huido. Sólo usted permanece ante la mesa, cargada de despojos; sólo usted siente todavía deseos de beber. ¿Qué quiere usted? ¿Quiere buscar otros festines, después de un festín semejante? Nó; le darían á usted náuseas. Todo se oscurece en su derredor; nada distingue usted bien, y dice: «Este es el comienzo del fin.»—¿De qué fin? ¿Del fin de todas las cosas?—Nó; no es sino el festín de usted el que ha terminado.

Convénzase de que ni aun soñando dá usted sentido común á sus reflexiones.

Loti.—Es bien poco agradable, mi querido Plum-

kett, este primer *clavel de la India* que usted me envía.

Y además, ¡qué vulgar es la comparación de la vida con un banquete! Usted podría llamarme *infeliz convidado*; esto, al menos, sería más nuevo. Es el clavel de usted una flor muy común; sin duda la ha cogido, al pasar, en el jardín de su conserje.

He buscado durante mucho tiempo lo que había de decir á usted en esta ocasión, para que no encontrase motivo de deducir una moraleja estúpida. Y creo haberlo encontrado: voy á contar á usted una historia de un tiempo en el que aún no me había embriagado con nada.

Es una historia de Mayo. Yo era muy pequeño; aquella era quizá la segunda ó tercer primavera á que asistía sobre la tierra.

Me traían de paseo al terminar la tarde.

Cuando entré en mi casa, que usted ya conoce, y me encontré en el patio, experimenté una vaga y dulce melancolía, producida por la suavidad de la temperatura y las confusas tintas del crepúsculo. Era una de aquellas tardes de primavera, de cielo límpido y sereno, y de ambiente embalsamado por el jazmín y la madre selva.

Todavía me parece que me veo con el traje rosa que llevaba aquella tarde; es el único de mis trajes

infantiles que conservo en la memoria. ¿No es agradable recordarse vestido con gracioso traje rosa de *bebé*?..... Por lo menos, es bien sencillo y bien inocente evocar tales recuerdos.

¡Y qué cosa tan rara es decirse que en una época, aún no muy lejana, asistía el recién venido á las cosas de la tierra contemplando con avidez su primer primavera!..... Ya se tiene una inteligencia capaz de comprender bastante, una cabecita capaz de recibir, aunque vagamente, impresiones complicadas; y aún no se ha visto nada, no se sabe nada de nada, ni de la evolución humana comenzada hace cincuenta siglos, ni de la sucesión eternamente inmutable de la renovación de la naturaleza..... Se mira todo esto con una especie de asombro reflexivo, y se mezclan en él algo como recuerdos confusos y llenos de misterio de cosas anteriores.....

¿De dónde venimos?..... ¿Hay un *antes* y un *después*?.....

Mas tarde he tenido momentos en mi vida en que he estado persuadido de ello. Pero entonces habrá también un *más allá*, y este más allá es bien tenebroso y me hace estremecer.

Me he separado de la historia que refería á usted, y vuelvo á reanudarla. Pero convendrá usted en que esto es singular; cuando se ha paseado uno por el

mundo, se ha visto todo en el presente, se ha adivinado todo lo del pasado, cuando todo se ha comprendido y penetrado..... decirse que hace apenas treinta años se acababa de llegar, y que se asombraba uno de ver hacerse más largas y más tibias las tardes, florecer las rosas blancas sobre los viejos muros, comenzar la fiesta de la primavera.....

Usted conoce, Plumkett, aquél patio de que le he hablado; el patio de mi casa: una especie de calle, de verdura y de flores, que terminaba en un fondo muy sombrío. En este fondo, una profusión de follaje; por un lado, altas paredes tapizadas de yedra, de donde colgaban enredaderas, rosas y grandes ramas de toda clase de plantas; por el lado del Mediodía, tapias muy bajas, escondidas, ocultas bajo espesuras de jazmines y madre selvas. Por detrás los jardines inmediatos y por encima el claro é inmenso cielo.

En aquella tarde de que le hablo á usted tenía esta bóveda celeste, en la postura del sol, un límpido y bello dorado; encima, sobre mi cabeza, un azul verdoso, muy luminoso aún, y las ramas pendientes de las paredes se destacaban sobre ellas en finas y sombrías cortaduras. Yo miraba, con mirada inquieta hacia algo que se dibujaba muy lejos, en

el cielo, por encima del muro, entre las copas de los árboles frutales.

Aquello ocupaba un sitio insignificante en el espacio, pero su silueta era extraordinaria. Era el extremo de una casa antigua, con una especie de chimenea demolida, apareciendo el todo á mis ojos como un perfil de animal semejante al del lobo.— He visto, durante muchos años, aquella forma de bestia; pero sólo la encontraba por la tarde, cuando se recortaba en sombra oscura sobre el fondo dorado del sol poniente—las tardes de verano, sobre todo, cuando volvía de paseo. Tenía el aspecto triste, y el recuerdo de su contorno ha estado mezclado con todas las melancolías y todos los horrores de mis noches de niño.....

Algunos años más tarde recuerdo haber buscado todavía en aquél rincón del cielo esta silueta de lobo; una tarde que yo volvía al hogar, después de una larga campaña en Polinesia, la hubiera saludado en aquel momento como á una antigua memoria amada en otro tiempo, pero no existía ya; en mi ausencia habían demolido la antigua casa.— Por encima de las sueltas ramas de los jazmines y los rosales, yo no ví más que las copas de los perales y los ramilletes de flores encarnadas de un granado del jardín vecino.

Doy á usted mil excusas, amigo Plumkett, por haberme detenido en digresiones de esta longitud.

Decía á usted que una cierta tarde de Mayo entraba en mi casa con mi trajecito rosa, y me asombraba mucho al ver cómo en algunos días todo se había vuelto verde y frondoso. Era extraordinario que todas aquellas masas de plantas, que caían de los muros, estuvieran en la actualidad espesas y cubiertas de hojas, que extendían sobre mi cabeza una sombra muy densa y producían una obscuridad tibia, impregnada de dulces aromas.

Y aquella gran bóveda de jazmin de Virginia, á través de la cual yo recordaba muy bien haber visto algún tiempo antes una luna de invierno dibujar, en pequeñas líneas negras sobre el suelo, todos los enlaces complicados de sus ramas, era en aquel momento una bóveda compacta, impenetrable enteramente, al abrigo de la que revoloteaban millares de moscardones.

Yo me paseaba por debajo de ella con las manos á la espalda, en esa actitud que adoptan los muchachos cuando tienen meditaciones profundas, y procuraba comprender.....

Y luego, aquellos días que alargaban sucesivamente, que terminaban en crepúsculos límpidos, y aquellas flores que brotaban por todas partes y el

aumento de calor y de luz, aquel esplendor que llegaba.....

Sí, todo esto me traía la noción confusa de alguna cosa desconocida que iba á comenzar: ¡el verano, mi primer verano!..... Yo no recordaba nada de esto, pero entonces aquello turbaba mi cabecita y me encantaba mucho. Ahora, verdaderamente, empiezo mi historia:

Había aquel día, en un rincón del patio, un cajón para flores lleno de arena. Yo había estado entretenido en removerla; había hecho panecillos y pasteles con una pala; luego la había aplanado y trazado una calle, á lo largo de la cual había colocado mis macetas y unos tallos de clemátida, encorvados en forma de bóveda.

Después me paseaba en actitud contemplativa y, recordando el jardín que había construído, iba nuevamente á contemplarlo. Se conservaba muy bien aún á la última hora de la tarde. Los tallos de clemátida cubrían enteramente el cajón y colgaban alrededor; todas las florecillas se veían aún, porque eran blancas, pero parecían tan ligeras en aquella semi-obscuridad, que se hubiera creído que eran plumas.

Me parece todavía estarlo viendo.

Tenía yo gran deseo de entrar en aquel jardín:

se debía estar muy bien allí sentado, en la calle en miniatura del centro y bajo aquella bóveda de clemátidas. Pero todo ello era muy pequeño, por más que fuese un jardín; yo lo comprendía perfectamente; era muy pequeño para poderme contener..... Había que ensayarlo, sin embargo..... Después de haber reflexionado, apelando á todos mis conocimientos sobre la proporción de las cosas, puse un pié sobre el borde y probé á entrar en él. ¡Ay! el cajón dió la vuelta; la arena, las macetas, las flores, todo revoloteaba y yo también, Plumkett, cayendo hácia atrás. Me hice daño, y empecé á dar gritos horribles.

Entonces me levantó la niñera, haciéndome saltar para consolarme, al compás de una alegre música del país, que se llamaba *La pesca de las almejas*.

Si más tarde, en el curso de la vida, cada vez que he dado caídas crueles, por haber intentado cosas imposibles, hubiera tenido alguno cerca de mí que me hubiera hecho saltar al compás de *La pesca de las almejas*, quizá hubiera sufrido mucho menos.....

Plumkett.—¡En qué estado de sensiblería, tan tonta y tan infantil, ha caído usted, mi pobre amigo!—Mucho mejor hubiera usted hecho en correr tras el aro, como un niño, que en comenzar tan pronto á desbarrar de esa manera.

¡Válgame Dios qué fastidiosos y soporíferos son los recuerdos de su infancia!

Loti.—Escuche usted, Plumkett; me acuerdo ahora de lo que pasaba; creo que en la misma tarde, ó quizá un año después..... ¡No sé si confundo dos primaveras, pero eso es igual!

Véa volar en el aire unas cosas negras, así como grandes mariposas que pasaban muy deprisa, sin hacer ruido, y preguntaba á la niñera: Dí, *Zette*: ¿Qué es eso que vuela? Mi niñera se llamaba *Susette*. Estaba sentada en un escalón de musgosa piedra, bajo los colgantes de las madre selvas que la dejaban en la sombra, no distinguiéndose apenas más que el gran pico blanco de su cofia de aldeana.

«Eso son ratones calientes—me respondió—(en mi país se da ese nombre á los murciélagos.) Y dime, ¿qué es eso de ratones calientes?—¡Ah!..... (Era muy calma y buscaba muy tranquilamente sus respuestas.) Ratones calientes son ratones que tienen alas. En primavera vuelan, cuando ya es de noche, para coger las moscas y los abejorros que no se han ido aún á acostar.....»

¡Ratones calientes!..... Aquello me abismaba en profundas meditaciones; ¡ratones que volaban!..... y además, ¿por qué estaban calientes aquellos ratones?

Les encontraba yo una vaga afinidad con el diablo, personaje cuya fisonomía probable me preocupaba mucho en aquel tiempo.....

Otro recuerdo de los murciélagos me ocurre ahora; permítame usted lo refiera, amigo Plumkett.

Más tarde, ya habrían pasado diez años, estaba yo una tarde de verano en el jardín de una casa de campo que se llama la *Limoise*, de la que hablaré más adelante. Este nombre de *Limoise*, por sí solo, tiene el poder de despertar en mí un mundo de recuerdos y de impresiones infantiles: los bosques de encinas, los brezos, una campiña pedregosa, con el aspecto pastoril de otros tiempos, los corderos y los olores de las plantas aromáticas.....

Ni aun escribiendo libros enteros, sobre este rincón de la tierra, podría traducir con palabras el encanto que ha ejercido sobre mi imaginación infantil; algunas veces, aunque fugitivamente, encuentro de nuevo aquel encanto al recordarlo—pero se oscurece con los cambios y con los años, y acabará por borrarse en absoluto hasta no poderse expresar.

El gran jardín, tan viejo como la casa, estaba entonces un poco abandonado; había en él algunos rincones, que volvían á la edad salvaje ó primitiva, y aquéllos precisamente eran los que yo amaba más.

En las tardes abrasadoras de Julio iba á menudo á encaramarme en un cierto punto de predilección para mí, sobre el viejo muro; permanecía allí solo, sentado sobre la yedra, donde hacía un calor asfixiante, en medio de multitud de zumbidos de moscas, y escuchaba los cánticos de los saltamontes, mirando á lo lejos los brezos y los bosques de encinas, inundados de sol, en medio del campo silencioso y abrasador. Cantaba bajito himnos cortos y sencillos, que yo mismo componía al verano y á los árboles, y soñaba con los bosques tropicales del Africa, que ya, desde tan pronto, habían herido mi imaginación infantil, adivinándolos antes de haberlos visto.

Una de estas tardes de verano, volaba por el jardín un número desusado de murciélagos. Era una tarde cálida, pesada y tranquila; por el Occidente se veían largo tiempo después de la puesta del sol unas nubes de color rojo moreno, que son propias de los grandes calores del estío. Aquella campiña estaba muy aislada y rodeada de bosques. Oímos, aunque de lejos, el sonido de una campana un poco triste, un poco cascado, pero nos era familiar y lo hubiéramos reconocido entre mil. Era el *Angelus* que sonaba allá abajo, en la antigua iglesia de la aldea de *Echillais*.....

Jugaba yo en el jardín con una niña, muy pequeña aún, á la que quería como á una hermana mayor, y cuyo recuerdo, ya lejano, está mezclado para mí con el encanto inexplicable de los bosques de la *Limoise*.

«¿Quiéres ver venir á todos los murciélagos en derredor nuestro?—me dijo.—Yo sé lo que hay que hacer para llamarlos.»

Entonces, trepó por las ramas de un viejo peral y empezó á agitar el pañuelo en el aire. En efecto, todos vinieron azorados para ver qué era aquella cosa blanca que se balanceaba en la obscuridad. Llegaron tan cerca de nosotros, que tuvimos miedo de que nos cayeran encima, y corrimos á escondernos dentro de la casa.....

¡Pobres murciélagos! ¡Pobres animalitos! Objeto de horror para todo el mundo y, para mí, animales de las noches de verano, que no vuelan sino en el aire caliginoso de los más hermosos días..... Yo les perdono su pesadez y los admito porque han desplegado su vuelo fantástico en el aire puro de mis bellas tardes de otros tiempos, y los encuentro mezclados con los recuerdos de los veranos de mi infancia.....

Más tarde, en París, vivía yo en el barrio Latino, en un estrecho cuarto de estudiante, frío y oscuro, sembrado de libros clásicos y de cuadernos, que presentaba un aspecto triste y súcio. Tenía entonces diecisiete años. Después de un invierno de estudio, larga estación de hastío, que me produjo las primeras fatigas y las primeras emociones, hizo su aparición la primavera, obedeciendo á la ley natural.

Una tarde de Mayo, en que el tiempo era ya tibio, estaba encaramado en mi ventana pensando en marcharme..... Tenía ante la vista perspectivas melancólicas de chimeneas, de tejados negros y viejos, el campanario de *Saint-Etienne du Mont* y el de *Sainte-Geneviève*. Aquella tarde tan bella me hacía un efecto extraño, arrojando sus luces sobre cosas pesadas y desagradables, pues me figuraba que en París no habría primavera.

Había llegado, sin embargo, y se demostraba á mis ojos, por unas lilas floridas que había en una ventana debajo de la mía.

La noche se acercaba, y de repente ví dos murciélagos, que describían con rapidez curvas descompuestas bajo mi ventana..... ¡Con qué placer saludé á aquellos dos pobres animalitos! Representaban para mí más que las primeras golondrinas, aquellos dos pobres murciélagos: eran verdaderos

mensajeros del verano, mensajeros de las vacaciones, de la marcha y de la libertad.

Además, yo contaba con no volver á aquella morada oscura.....Y, en efecto, así sucedió; me dieron permiso para tomar vuelo, y lo tomé tal, que me llevó muy lejos; no me volvieron á ver por aquel barrio.

Usted sabe, amigo Plumkett, que si bien nunca estuve encerrado en ningún colegio, tampoco volví á languidecer en el barrio Latino. No permanecí allí más que un año escaso; sólo el tiempo preciso para tener idea de él. He frecuentado, como todos los demás, los establecimientos de la orilla izquierda del río; pero me eran desagradables y tenía allí las maneras desiguales—brascas ó tímidas—espan-tadas, de un pájaro que se hubiera cogido ya demasiado grande para poderse enjaular; he experimentado muchos asombros y he sacado de allí recuerdos de cosas ruines, estremecedoras, malsanas. Hay genios que han cantado aquella vida; yo no he comprendido nunca la poesía de la buhardilla, de la griseta, ni del club ó del café.

.....Un último murciélago pasa por delante de mí atraído por los otros; pero éste es más grande; pertenece á la especie horrible de las rusetas (1),

(1) Grandes murciélagos de las Indias.—(N. del T.)

que habitan las regiones más cálidas de la tierra.

Conocía yo en la costa de Guinea á un viejo corsario, que se llamaba el padre Barez (esto era mucho después, tenía yo próximamente veintitres años, y ya había recorrido las cinco partes del mundo). Era el padre Barez un viejo especial, raro, muy conocido en las casas de comercio de la costa; tipo de una especie ya hoy extinguida; mulato no sé de dónde, expirata y negrero que vendía, cuando tenía demasiadas, las negras y los hijos que con ellas había tenido, adjudicándolos, en junto, al mejor postor; traficante de todo, negociando siempre dentro de su esfera.

Era, por lo demás, un hombre valiente, y decía riendo y enseñando sus dientes blancos: «Amigos míos, cuando yo me las lie, podré al menos decir que he vivido.» Y era verdad; había vivido esa vida excéntrica y tormentosa de los antiguos corsarios, y hasta había tenido su hora de fortuna y esplendor; aún se veían, en un rincón del país *mandinga*, los restos de un palacio fantástico, que se había hecho construir en otro tiempo para dar en él fiestas extrañas.

Al final de su vida se había hecho eremita, obteniendo del gobierno francés el mando del río Ponga, y se portaba maravillosamente, gracias á los cono-

cimientos y amistades que desde antiguo tenía con los jefes negros, pudiendo decirse que era dueño de la situación.

Un día supimos que el padre Barez había muerto, y nos trasladamos en seguida al río Ponga, que se encontraba á causa de este suceso entregado á las facciones y á la anarquía. Cuando llegamos, la casa del viejo pirata, situada á la sombra de sus árboles exóticos, estaba cerrada y atrancada; nadie había entrado allí después de haber sacado al muerto y nos esperaban para hacer el inventario. Al abrir la puerta, se escapó del interior un calor concentrado, un aire irrespirable; objetos extraños estaban esparcidos por todas partes en ingrato desorden, y pegada al muro había una ruseta oscura, que dormía con la cabeza baja, como es costumbre en los murciélagos. Se despertó espantada cuando vió entrar la luz, y desplegando sus membranas calientes, empezó á volar con corto vuelo, tropezando con todo como una loca. Un marinero bretón, que tenía miedo, la mató de un bastonazo, diciendo:

«¡Esta es el alma del viejo!» Yo fui del parecer de aquel muchacho; no podía ser, en efecto, sino el alma del viejo que, no pudiendo volar más alto, había venido bajo la forma de aquel horrible animal á pegarse al muro.

Aun tengo en mi casa esta ruseta en un gabinete consagrado á las cosas inverosímiles y á los recuerdos disecados de mis paseos por el mundo. Está conservada en un frasco de espíritu de vino, con la cabeza á un lado y la lengua fuera, y como su vista no es agradable, la he ocultado un poco detrás de un caimán.

Hay sobre el frasco una etiqueta, algo amarilla por los viajes que ha hecho por mar, pero donde se puede leer: *Alma del padre Barez*. Durante su vida, tenía el viejo negrero la costumbre de decir que el diablo heredaría su alma; pero se engañaba, porque fui yo quien la heredé.....

Plumkett.—Es lo mismo. Pero ¡qué quiere usted! después de todo, aquel viejo se tenía bien merecido acabar en las manos de usted.

Tercer clavel de la India.

No se está bien en ninguna parte, mi querido Loti, en vista de que todo aburre al fin. No sería malo, por tanto, cambiar de sitio de tiempo en tiempo. ¡Un cierto lugar, *nulo*, hecho de inconsciencia universal y de aniquilamiento absoluto sería hermoso! Exista ó no esa nada, eterno sueño sin

ensueños, más dulce que todas las fantasías, yo la amo.....

¡Cuán dichosos seríamos si pudiéramos dejar en cualquier parte esta vestidura de carne y hueso, destinada á producir el *humus* para las generaciones futuras! Piense usted que nos es preciso alimentarla, vestirla, presentarla convenientemente en el mundo, y que, como única recompensa, nos arrastra á multitud de tonterías.

¡Qué bello debe ser el momento en que vuela nuestra alma, como brillante mariposa de doradas alas, lejos, muy lejos de esta crisálida grosera! (Perdone usted, querido amigo, este símil de la mariposa de alas doradas, que acaso no es ya muy nuevo). Y si esto que se desprende de la crisálida es *nada*, tanto mejor.

Se podía ensayar este salto á lo Desconocido; pero ¿sería un vuelo, una caída ó todavía *nada*?..... Y además, nuestra falta de costumbre de la cosa (ya que ésta no sucede nunca más que una vez) nos detiene siempre, y retardará sin cesar el día más hermoso de la vida, que es el de la muerte.

Esperando, pues, la llegada de este feliz momento por la marcha destructora del tiempo ó de los sucesos, vamos á pasear los dos. — ¿Quiere usted?

Si cada uno se despojara antes de partir de todo

lo que debía dejar, no quedaría nada. Entonces nadie partiría; no habría paseo y, por consiguiente, tampoco relato, ni mucho menos *clavel de la India*. Sólo páginas en blanco. Pero el público, capaz de apreciar una literatura semejante, no existe apenas en nuestro país, donde la civilización está aún relativamente en la infancia. Yo no veo quizá más que en Oriente, entre esos pueblos milenarios, llegados al *summun* de la sabiduría por las contemplaciones perpetuas, en las cuales ocupan felizmente sus vagos pensamientos, un público capaz de encontrar más interés en esas páginas en blanco que en cualquier otra cosa, y aún sería necesario buscarlo, sobre todo, entre los fakires y derviches.

Entre nosotros es preciso que estas páginas se cubran de menudos caracteres negros, alineados y puntuados. Sacrifiquémonos, pues, al falso gusto del día, como tantos otros lo han hecho antes que nosotros: tiene que haber un relato dos viajeros y un *sitio cualquiera* por donde se paseen.

¿Dónde iremos? He aquí la cuestión. ¿Qué haremos? ¿Qué diremos? No reflexionemos, porque no partiríamos. No pensemos en lo que vamos á hacer, porque no haríamos nada; ni en lo que vamos á decir, porque siempre es mejor callarse que hablar.

Nada vale más que *cualquier cosa*.

Usted creará, ¡oh, sencillo y difuso Loti! que le voy á llevar á eso que los pasantes de abogado llaman «las altas esferas del ideal.»

Seguramente que no: el ideal es al cabo y al fin demasiado tonto. Y demasiado vulgar también, puesto que todos tienen en él su parte. Será más prosáico nuestro viaje; iremos á China, para descansar de la Polinesia y los países musulmanes de usted, que están ya completamente gastados.....

Pero, espere usted; es preciso procurar la verosimilitud de este relato del paseo en común; es evidente que nosotros no hemos podido combinar tranquilamente este viaje como dos buenos compañeros que se preparan á caminar juntos, cambiando impresiones gratas y humorísticas; porque siguiendo nuestros hábitos, nos pelearíamos antes de marchar y, por último, no nos iríamos.

—«¡Dios mío, qué pesada es esta partida! ¿Partirán ó no partirán estos dos viajeros?»—se pregunta el lector con inquietud.

«Sí, señor; un poco de paciencia: ya se sabe que cuando se va á emprender una marcha, ocurren siempre nuevos entorpecimientos antes de ponerse en camino. Un poco de paciencia; vamos á partir al despuntar la aurora, que será una aurora boreal.

¿Está usted contento?

Vamos; arreglemos de prisa alguna cosa verosímil: nos hemos encontrado por casualidad en uno de esos sitios frecuentados, frívolos, comunes á todos, donde todo el mundo se encuentra, como, por ejemplo, sobre el hielo de la bahía del Pé-tchili, á la una de la madrugada, una noche de invierno. Yo estaba vestido con un sayón de pelo de camello y muchas pieles de animales por encima. Largos cabellos blancos postizos, cayendo sobre los hombros; larga barba blanca postiza; una alforja á la espalda y un real en la mano. Usted, con el cuerpo encerrado en una elegante casaca de terciopelo, guarnecida de pieles, envuelto en una gran capa muy romántica; sobre la frente un «signo fatal,» y en la cabeza una linda gorrilla con un airón encarnado.

Nosotros habíamos tenido la idea de ataviarnos así, ya sabe usted por qué: á fin de no reconocernos, en el caso de encontrarnos paseando nuestro hastío en el mismo punto de este planeta—que siempre ha sido muy pequeño para nosotros dos, pues que nunca hemos podido ir á ninguna parte sin encontrarnos uno con otro.

De esta manera verá usted que la conjunción ha ocurrido por casualidad, y el primer encuentro mútuo podrá ser satisfactorio.

.....La planicie de hielo se extiende por todos la-

dos, hasta perderse de vista. La fantástica luz de la aurora boreal, prometida al paciente lector, lo inunda y colorea todo de un modo soberbio.

Loti.—Déjeme usted describir esta aurora, *Plumkett*; esto me divertirá. Yo he visto tantas en los mares del Norte, durante mis noches de guardia, que sabré referirla muy bien.

Usted decía.....

«La luz boreal lo inunda y colorea todo espléndidamente.....» la noche, el desierto. A través de los cristales chispeantes de los témpanos que nos rodean, los reflejos luminosos se descomponen, y el arco iris, mil veces repetido, esmalta el firmamento de hermosos colores, pareciéndonos que caminamos por un mundo cubierto enteramente de piedras preciosas. Por encima de nuestras cabezas se ciernen nubes de un rojo sombrío, de un intenso color de sangre, y plácidos resplandores cruzan el cielo como colas de cometa. Millares y millares de ellos arrancan de una especie de centro misterioso, perdido en el fondo de aquella oscura inmensidad, el polo magnético. Manojos de rayos avanzan deformándose, reapareciendo y ocultándose ó extinguiéndose. Esta extraña magnificencia cambia y se renueva.

Es el esplendor de esa fuerza inexplicable, des-

conocida, á la que se ha llamado magnetismo. Ese poder oculto celebra en las regiones hiperbóreas una gran fiesta en esta noche de invierno que deslumbra, desvanece, inquieta, produciendo el espanto de lo inexplicable, incomprensible, espectral.

Una especie de estremecimiento continuo agita toda esta luz; parece que se la oye retumbar y chisporrotear—pero se escucha—y nada..... No es más que una gran fantasmagoría silenciosa. Es un fuego frío y muerto; en aquel cielo y sobre aquel mar helado el silencio es absoluto.

Plumkett.—Está bien eso. Ese medio grandioso, obrando sobre nuestros nervios, nos coloca á *Loti* y á mí despojados de toda frivolidad, en condiciones apropiadas para dispensarnos una buena acogida.

Yo interpele á usted primeramente: «Yo soy *Ahasóerus*, llamado el Judío Errante, con veinticinco céntimos en el bolsillo y la necesidad de dar la vuelta al mundo, sin otros recursos pecuniarios, desde hace mil ochocientos cuarenta y nueve años, hasta el Juicio final. Y tú, joven, que has debido oír mi misera leyenda, ¿quién eres? Usted responde: «Yo soy Childe-Harold. He bebido en todas las copas; me he embriagado con todos los néctares, y he sentido también la acritud de todos los odios. He

respirado todos los perfumes y todos los miasmas pestilentes, aunque soy joven todavía. Llevo en la frente un signo fatal que tú, anciano, puedes ver; miralo entre los dos ojos. Y aburrido de todo y extenuado, busco otra cosa mejor.»

Ahasvérus.—«Tus discursos no me parecen claros, joven; pero es igual, tú me agradas. ¿Vas al Norte ó al Mediodía?»

Childe-Harold.—«Voy á donde el viento lleva las hojas desprendidas de las ramas.»

Ahasvérus.—«Y bien; justamente yo también voy allá. Ven conmigo, y mi edad madura podrá atemperar los ardores de tus pasiones, que me parecen un poco desarregladas; mi experiencia, diez y nueve veces secular, guiará tu juventud.....»

Y hénos ya uno al lado del otro, caminando sobre el hielo, convertidos, yo en Judío Errante y usted en héroe byroniano.

Loti.—Ahasvérus y Childe-Harold están desfigurados, mi pobre Plumkett, y la historieta de usted hace fiasco completo.

Plumkett.—Nosotros cambiamos impresiones muy interesantes. Yo le hablo á usted de mis mil ochocientos cuarenta y nueve años de viajes; en mis relatos, enseño á usted una *otra parte* perpétua, y le mantengo así bajo el encanto de mi conversa-

ción. Usted, creyendo contarme algo nuevo, me confía idilios, cuyas heroínas, pertenecientes á todas las razas humanas conocidas, tienen las costumbres más extrañas. Y en sus discursos, las palabras: *perfumes exóticos, encanto oriental, calma tibia, calor enervante, arenas ardorosas, inmensidad plana ó planicie inmensa*, y otras frases semejantes repetidas muy á menudo—el conjunto acompañado de mucha desesperación y amargura.....

Entre tanto, en el horizonte vemos surgir, delante de nosotros, pequeños puntos negros.....

Loti.—Permítame usted, Plumkett; es necesario pensar en extinguir nuestra aurora boreal, porque la noche supongo que avanza y el día va á llegar muy pronto.

Las nubes que al principio se parecían á la sangre, vista al trasluz, han cambiado poco á poco de color. Las unas, han tomado un tinte sombrío; las otras, un rosado triste y moribundo.

Los grandes rayos pálidos se van ocultando, á la desbandada, en el inmenso cielo; se diría que han perdido su centro; se diría que los han desatado, rompiéndolos y tronchándolos: por el lado del polo, sus cortes son limpios como hechos á tijeretazos. Solamente se sostienen entre sí los rayos pálidos, yuxtapuestos en largas series móviles y tembloro-

sas. Parecen bandas de una gasa luminosa, rizada en pliegues pequeños.

Soplos misteriosos, que no se sienten sobre la tierra; soplos magnéticos, agitan dulcemente estas telas de fuego; se enroscan en espirales ligeras ó se despliegan como banderolas impalpables, extinguiéndose siempre. Últimos resplandores, casi lividos, aparecen aquí y allá sobre las nubes. Y últimos girones de aquella gasa luminosa se arrastran al azar, en el espacio, temblando sin cesar. Poco á poco se hacen más diáfanos; son tan vagos, que apenas se les puede seguir, y tan ténues, que se pierden de vista. No son apenas nada. La luz polar se ha extinguido ya. La aurora boreal acaba de morir. La noche negra y helada nos envuelve y nosotros no vemos más, en medio de ese caos desgarrado, que una mar coagulada.

.....
Plumkett.—Dispense usted; nuestros ojos están acostumbrados á la obscuridad, mi querido Loti, y podemos aún dirigirnos perfectamente. Por otra parte, yo veo la primera claridad indecisa del día de invierno que nace. Ante nosotros, como le decía á usted, vemos surgir sobre la línea del horizonte pequeños puntos negros, que se convierten en masas que insensiblemente suben, suben á medida

que nos aproximamos y se elevan al fin rápidamente por encima de la superficie bruñida y reflectante del golfo helado.

Una línea morena ó parduzca viene en seguida á reunir estos pequeños islotes esparcidos, que toman á nuestros ojos aspectos formidablemente guerreros: esta es la costa del *Pé-tehili*, la entrada del *Pé-ho* ó río del Norte: son los fuertes de *Ta-kou*; es la China!

Nos situamos en medio de diversas obras en tierra, y descubrimos la embocadura estrecha y tortuosa del río. Allí, el hielo es opaco y de un amarillo terroso: esto no es agua, sino cieno helado.

Lentamente el día aparece.

Sobre cada ribazo se levanta una formidable ciudadela, flanqueada con enormes baluartes á la europea, con troneras, que dejan ver los cañones Armstrong. Sobre cada una de estas ciudades flota un ancho pabellón amarillo, especie de banderola desatada, sobre la cual se vé un dragón verde tratando de cojer con los dientes una gran bola blanca, que representa la luna. Es el pabellón del *Tien-tze* ó Hijo del Cielo, soberano de ese *Tchoung-koué* ó Imperio del Medio, en el seno del cual penetramos.

Hay algunos hombres en las murallas. Están ves-

tidos con anchas casacas negras, bordeadas de galones encarnados; tienen sobre el vientre una bola roja y llevan en la espalda los dos caracteres *tang-ping*, que significan *soldados* (nosotros reconocimos por estos signos su posición social.)

Están cubiertos por unos pequeños turbantes negros, en rededor de los cuales se arrolla su cabellera trenzada en una sola trenza.

Examinamos aquellas caras patibularias de bandidos. Tienen expresiones crueles y sencillas, feroces ó risueñas; narices cortas, chatas y agujereadas; ojos pequeños, oblicuos; bocas anchamente hendidas y barbas hundidas. Todos gesticulan, moviéndose y gritando al ver á los dos extranjeros que llegan. ¡Si pudieran darse cuenta de aquello que pasa en su cabeza! Su cerebro de chino estallarfa.

Una planicie pantanosa, que no tiene fin, salpicada aquí y allá de extensiones brillantes, que son charcos de agua helada. Una gran aldea, montón de cabañas pequeñas hechas de tierra, cuyo color se confunde con el del suelo. Después otro pueblo, siempre del mismo color terroso; después otro, y otro más. Las gentes, cubiertas de pieles de animales, como los esquimales, con largas coletas siem-

pre y los ojos sesgados, que bullen, que van y vienen como las hormigas, que se detienen sobre los ribazos, que se reúnen en cuadrillas, abriendo mucho los ojos pequeños y taciturnos, y al vernos gritan á voz en cuello: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé!* (¡Hijos de los diablos!)

En la plaza, un gran vaivén de carretas, de trineos, de hombres montados sobre asnos, de peatones, todos redondos como bolas, cubiertos con pieles de animales.

Sobre los ribazos, allí donde no hay casas, interminables alineaciones de *juncos* (1) atados en seco, pintados de colores fuertes, con las proas representando bocazas de mónstruos.

Después, más pueblos terrosos, aún más *juncos*, más hormigas humanas, más trineos sobre el hielo; fuertes aspillerados, con banderas y gallardetes amarillos; los *Tang-ping*, con sus bolas rojas sobre el vientre negro. Y la gente desgañitándose, ahullando: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé, Koué-tsé!*

—«Vamos á alquilar ese carro que pasa—dijo *Ahasvérus—Plumkett,*» y en tres días habremos llegado á Pekin.

(1) Embarcaciones indias —(N. del T.)

¡Si usted supiera, Childe-Harold, todo el mundo de pensamientos que se despierta en mí, al considerar simplemente esta carreta de dos mulas que vamos á tomar!.....

Piense usted, mi querido amigo, que seiscientos años antes de nuestra era, el sábio *Koung-Tou-Isé* viajaba como nosotros en una carreta, exactamente igual á ésta, á través de este inmenso imperio que entonces se parecía mucho á lo que es hoy. Las carretas chinas ¡oh Childe-Harold! no han tenido evolución, según la ley de Darwin; su especie ha permanecido estacionaria.»

Childe-Harold-Loti.—«Pero yo no me engaño, no..... ¡Estos discursos enfáticos y desconcertados, esta ostentación de ciencia moderna mal digerida!.....» ¡Este no es Ahasvérus, es—Plumkett!.....»

El falso Ahasvérus arranca su peluca, su barba y su nariz postizas. Loti borra el *signo fatal*, trazado con tinta sobre su frente; arranca el airón rojo de su gorrilla, que tiene todo el aspecto de una simple toca inglesa, y su casaca, que, mirada atentamente, no parece ser más que una chupa de gomoso. Se precipitan uno en brazos de otro, y el placer de encontrarse les hace olvidar por un momento el enojo mútuo que se producen de ordinario.

.....

¡En camino para Pekin! ¡Clic! ¡Clac!..... «¡Tá, tá, tá!»—grita nuestro cochero, y las dos delgadas mulas echan á andar al trote. Nuestro vehículo está montado sobre un par de enormes ruedas y cubierto de una tela azul, destinada á protejernos contra el viento lleno de polvo del Norte. Aquellas mulas tienen principios inquebrantables, que les prohíben andar más de cuarenta *lis* por hora (cuatro kilómetros).

El paisaje que tenemos ante la vista consiste en una nube de polvo, venido expresamente de Mогоlia, para hacernos rabiár: todo lo envuelve. «Loti, no se tome usted el trabajo de mirar hacia afuera porque no vería usted nada, ni me hable usted tampoco, porque al abrir la boca se tragaría usted kilogramos de polvo. Estése usted quieto, bien arropado, como un groelandés y, sobre todo, no se duerma usted, porque correría el riesgo de helarse bajo sus pieles.»

«Por lo demás, este viajecito sólo durará tres días, y tendremos por distracción la vista de nuestro mayoral, horroroso ganapán chino, sucio desde la cabeza hasta los piés, y redondo como un *poussañ* bajo sus siete ú ocho capas de piel de cabra.»

Cuando el carruaje está ya en camino, es decir, cuando las dos grandes ruedas están bien encajadas

en las rodadas que representan los caminos de hierro chinos, se duerme con un ojo, las mulas se duermen también, y toman el aspecto de sonámbulas.

A cada momento hay pasos difíciles, como, por ejemplo, el cruce del *Pé-ho*: comienza por una peligrosa bajada, que dá vueltas desde lo alto del cerro hasta la superficie del río. Vaivenes, choques violentos sobre montones de cieno y de inundicias heladas. Después, la ascensión á la otra orilla. La mula delantera viene voluntariamente, y con aspecto inteligente, á colocarse al lado de la rueda de la izquierda. «¡Tá, tá, tá!»—grita el mayoral fuera de sí, saltándosele de las órbitas los ojillos oblicuos, y el inteligente animal se abalanza contrayendo sus patas delgadas. «¡Tá, tá, tá!» Ya hemos entrado en camino firme, continuando nuestra marcha por la interminable llanura.

¡Todavía hay que volver á pasar el *Pé-ho*! Este río nos intercepta el camino expresamente. Pero esta vez hay un puente en semicírculo. Nueva maniobra. «¡Tá, tá, tá!» y la carreta sube al punto culminante para rodar por la otra vertiente, con una rapidez inquietante, persiguiendo á los dos desgraciados rocines enloquecidos. Y siempre extensas y áridas llanuras. De cuando en cuando, filas de sepulcros de madera ó algunas siluetas melancólicas

de árboles sin hojas, y cuyas ramas habían sido quebrantadas por el viento. Todo esto, entrevisto entre dos avalanchas de polvo rojo, bajo un nebuloso crepúsculo de invierno..... Nuestro pensamiento se imagina trombas de polvo; cree oír el «¡Tá, tá, tá!»; se figura ruidos de campanillas, de vaivenes, rechinar de ruedas en los carriles, choques del viento que sopla con furia.....

Una cantidad de tiempo, que escapa á toda medida, se pasa durante esta incesante monotonía fría y estrepitosa.

A la entrada de la noche, todo aquello se torna en una visión, como la del que despierta de un sueño: nosotros caemos en una especie de embrutecedora pesadilla, y somos horriblemente zarandeados por aquellos dos deformes rocines, que se mueven en la atmósfera sombría y polvorienta, como las bestias del infierno.....

.....
Hacia la tarde del segundo día aparece en nuestro horizonte una pared vieja, parduzca y almenada, con baluartes separados unos de otros, como á un tiro de flecha.

Pertenece á *Tien-Tsin-Fou*, la ciudad de la *Pureza celeste*, donde viven novecientos mil seres humanos, que llevan, por lo general, una coleta de pelo en la

parte posterior de la cabeza, y que tienen los ojos oblicuos. Aquí es donde vamos á pasar la noche, para volvernos á poner en camino en cuanto empiece amanecer. En el flanco de esta larga muralla gris se abre un agujero negro, boquiancho, en forma de arcada, donde van á morir las sinuosidades de los dos carriles paralelos que marcan el camino. Y nosotros nos abismamos en este agujero, especie de largo túnel, de aspecto siniestro; parece cuando se entra allí que no se vá á salir más.

Exhalaciones fétidas nos dan en la nariz. Nosotros nos movemos vacilantes y pesados, sobre enormes piedras desniveladas y rotas, en el fondo de un hormigueo confuso, en una lúgubre semiobscuridad. Las gentes que nos rodean, agolpándose en torno nuestro, son inmundos presidiarios medio desnudos; hombres desgredados; mujeres con los piececitos envueltos en mezquinas tirillas de trapo, de tez lívida, con niños de pecho moribundos; gentes temblorosas y rechinaudo los dientes, pegadas á la pared para tener menos frío; pieles amarillas, medio agujereadas por los huesos; esqueletos humanos, cubiertos de sabandijas; enfermos verdaderos ó falsos, humildes ó amenazadores; unos, atados, se arrastraban apoyándose en las manos, que les servían de piés; otros, sin ojos; otros patizambos,

leprosos, idiotas, pustulosos, epilépticos, llenos de sarpullidos; locos, cubiertos de úlceras, que no tienen ya cara de chinos. Algunos salmodian lamentables quejas, rodeando nuestra carreta para implorar nuestra caridad, llamándonos *Sí-ta-lao-yéh* (grandes señores de Occidente); otros, mofándose lúgubrementemente, haciendo ademán de detener nuestras mulas; otros, en fin, permanecen inmóviles, sumergidos en una taciturna postración, próxima vecina de la muerte..... El mayoral, práctico en esta clase de encuentros, dispersa este «Egipto chino,» con crueles y vigorosos latigazos dados sobre los más audaces, y nosotros penetramos en la ciudad de la *Pureza celeste* perseguidos por las maldiciones más rabiosas.

La carreta continúa avanzando lentamente en medio de una multitud compacta que gesticula. Gentes del pueblo, vestidas de pieles de carnero, interceptan las callecillas estrechas y tortuosas bordeadas de casas de ladrillo gris. Otras veces pasamos delante de puertas monumentales, recubiertas de techumbres complicadas, que son entradas de los hoteles de los ricos. Pero más á menudo, nosotros no vemos sino muros mal alineados y medio ruinosos; barrios tristes, que revelan vejez y miseria.

A la vuelta de una esquina, todo cambia de aspecto bruscamente, y hénos aquí en pleno bazar.

Una recta y larga calle, que ofrece una sorprendente perspectiva de banderas de todos colores. Banderas que cruzan de un tejado á otro, descendiendo verticalmente por cada lado de la calle, á lo largo de las tiendas, y sucediéndose siempre como una serie de decoraciones que rodeasen un estrecho cuadro, cuyo fondo se prolongase hasta el infinito. Las hay rojas, verdes, amarillas, y todas tienen enormes letras doradas. Mercaderes envueltos en abrigos de pieles y con gorras de pelo; tiendas de telas de seda y raso brochado; casas de té, de las que exhalan olores de opio; sonidos de guitarras y de flautas; carnicerías, donde se vende carne de cerdo y de perro; pieles preciosas de Siberia y de Mogolia; pipas y velas de sebo; objetos de arte en porcelana; abanicos, muebles de laca, relojes de cobre y de bronce.

Las amas de gobierno, vacilando sobre los piés demasiado pequeños, hacen sus compras para la comida de la tarde, apoyadas, para no caer, sobre la cabeza de algún niño, vestido de encarnado y verde. Toda aquella colmena humana se agita y bulle á nuestra vista, á la luz indecisa de los próximos faroles de papel, en aquel fondo de colores, encarnado,

verde, amarillo, azul, naranjado, en el claro-oscuro más movible y extravagantes.

Hénos aquí, después de mil vueltas y revueltas á través de aquellos laberintos de calles, delante de una alta pared, en la que se abre una puerta cochera. Es la posada. El mayoral se baja, arma un gran alboroto con el llamador, gritando con un tono de viva indignación: ¡*Kai-men, hai-men!* ¡Abrid la puerta!) La puerta se abre después de larga discusión, y entramos en el patio, al trote largo, de nuestras mulas, y haciendo sonar muy fuerte las campanillas, que es lo que importa: en China es uno más ó menos estimado, según el ruido que hace. Es un patio cenagoso, rodeado de construcciones bajas, depósito de estiércol helado, en el que carretas desuncidas levantan sus varas hacia el cielo, sembrado de estrellas, y mulas famélicas andan tristes y errantes buscando algo que comer. Todo alrededor se abren puertas y ventanas, formadas por enrejados de madera y papeles encolados.

En él se siente olor de opio, exhalaciones de grasa humana, calentada en fogones humeantes, cuyos resplandores distinguimos á través de los papeles rotos; los cánticos alegres de los carreteros chinos, acompañados por guitarras extridentes; el ruido del viento Norte que zumba y el eco amortiguado de

los ruidos de la calle. Como gritamos mucho, injuriando y atropellando á todos sin distinción, lo mismo á las gentes de la posada que á los viajeros como nosotros, nos consideran personas importantes y nos reciben muy bien. El posadero, que es un hombre grueso, con casaca enguatada y un sombrero de pelo en la cabeza, nos hace grandes *tchin-tchin* (lo que llaman ustedes zalamería en Oriente), y nos conduce él mismo á nuestra habitación.

Entramos en una especie de zaquizamí, cuyas paredes debieron blanquearse en tiempo del paso de *Gengis-khan*, ó de alguno de sus capitanes. Los ángulos están adornados con ligeros encajes, á manera de rinconeras, obras pacientes de las industriosas arañas. Como muebles, una mesa y unos taburetes de madera, que no tienen más que tres patas cada uno; y como suelo, la tierra apisonada. Por estufa tenemos el *Kang*, especie de camilla de ladrillos, en cuyo interior hay un horno para quemar paja. El *Kang* y el brasero son los únicos medios de calefacción empleados en China: no le quitan á uno el frío, pero en cambio, le proporcionan horribles dolores de cabeza.

Sacamos nuestras mantas de viaje, y las extendemos sobre el *kang*. En seguida disponemos

nuestra mesa portátil, como hacen los ingleses cuando viajan en el rápido de París á Mentón, y yo preparo varias cosas necesarias para alimentarnos.

«¡Kai-choui-nalé! (Traiga usted agua caliente.) ¡Tcha, mien-tio, fanu-nalé! (Traiga usted té, galleta, arroz.)» Y yo añado, para activar el movimiento: «¡Kouékoué!, ¡kouékoué!, ¡kouékoué!» (Deprisa, deprisa, deprisa), girando la mirada como un eademoniado, agitando los brazos y las piernas, y distribuyendo fuertes golpes y empujones á todos los que pasan á mi lado.)

Una nauseabunda vela de sebo, con resplandores intermitentes, arroja su luz vacilante sobre esta escena interior. El humo acre del *kang* y del brasero se mezcla á los vapores del agua caliente, que nos va á despojar de nuestra máscara de polvo y á los perfumes olorosos de nuestras tazas de té. Hémos aquí entre una nube espesa, medio asfixiados, pero disfrutando, á pesar de todo, de un bienestar particular, que es el de la casa de los chinos plebeyos, y al cual, á la larga, ayuda el opio á habituarse quizá.....

Nuestros pensamientos toman, con este reposo relativo, un curso más normal. ¿Usted no comprende, mi querido Loti, para qué le he conducido á Pekin? La primera efusión, siempre inseparable de nues-

tros encuentros, ha pasado desde ayer, y ligeramente desengañado de no haber podido hacer un verdadero Ahasvérus, por el cual experimentaba usted un cierto sentimiento de interés simpático, mezclado de curiosidad, recuerda usted súbitamente que tiene una cita con una joven princesa del país de las Gangáridas, y me anuncia que me dejará al día siguiente por la mañana, y que yo continuaré solo mi camino hacia la gran capital del Norte. Resuelto esto, decidimos separarnos por la mañana, prometiéndonos llevarnos mutuamente en el fondo de nuestros corazones y de nuestro pensamiento.

Entre tanto, nuestra llegada á la posada ha puesto á todo el mundo en conmoción. Una gran efervescencia de curiosidad reina en torno nuestro. Nuestro tugurio es invadido por algunas gentes desaseadas, que hacen reflexiones sobre nosotros. Los bribones nos dirigen pullas de un gusto deplorable, que consisten en manifestar las intenciones más inmoralmente ofensivas sobre nuestros próximos pobres ascendientes. Otros pasan revista á nuestro físico, de una manera indiscreta é importuna, y se preguntan si somos los *Ya-mé-likien*, los *In-ki-hi* ó los *Fon-gau-si*. En todo caso, no nos dejan de tratar de *koutsé*.

Para no tener al final mejores maneras, hacemos una abundante distribución de puntapiés en el trasero de aquéllos que meten sus dedos en nuestras camisas ó se pinchan la lengua con nuestros tenedores. Y usted, Loti, pone en juego sus talentos de zapatero de viejo, que son muy apreciados.

Nosotros hemos rehusado hablar á esta plebe inmundada.

Kai-choui, en la cara; *tcha-mien-to-fann*, en el estómago; nos acostamos sobre nuestro *kang*. Rehusamos los ofrecimientos de servicios de personas de ambos sexos, que nos proponían distracciones nocturnas, admitidas por la moral ancha é indulgente de los pueblos del extremo Oriente, pero incompatibles con nuestra barbarie occidental—y nos dormimos. Lo habíamos merecido bien.

.....
Hémos aquí sumidos en la inconsciencia absoluta. Sólo páginas en blanco, al uso de los inteligentes *fakires* y de los delicados derviches, pueden explicar la continuación inmediata de nuestras aventuras.

.....
Mi querido amigo, si usted quiere, puede tomar la pluma por esta vez: yo continuaré en otra ocasión: esta historia me ha fatigado horriblemente y

conmovido, sobre todo. Trate usted de buscar algún relato que nos reponga de estos olores de opio, de este cuarto infecto y de este humo.

Loti.—¿Alguna cosa que no sea ni el opio ni la paja quemada del kang?... Espere usted; me acuerdo de cierta mañana en que yo estaba en medio de una soledad pedregosa, en compañía de una cabra negra.

Al Oeste, gigantescos desprendimientos de rocas grises, inclinadas hacia la Dalmacia; y del lado del Oriente, la vista se extendía sobre la sombría Herzegovina.

Era en la frontera, en el punto culminante de las montañas. Hacía frío en aquellas alturas; se respiraba el aire en toda su pureza, propio de los espacios sin límites. En ninguna parte se veía nada verde. El sol, que acababa de salir, extendía por doquiera sus contrastes de luces y de sombras, en aquel caos de piedra.

Por debajo, entre la niebla de la mañana, la Herzegovina, desolada, alumbrada ligera y blanquecinamente.

La Dalmacia permanecía aún en la sombra de sus altas montañas. Se la adivinaba allá abajo, á lo lejos, y al extremo de aquel cataclismo de rocas, en sus grandes profundidades—dormida aún en su

atmósfera cálida, en sus perfumes de mirtos y naranjos.

.....

Teniendo mucho apetito, yo tenía para desayunarme tres puñados de higos dorados, cocidos al sol, que partí con la cabra negra. Y la cabra—espantada, con aire diabólico, con un mechón sobre el hocico, á lo *Capoul*—no se contentó con los higos que yo le daba; se sostenía de pié y saltaba, para disputarme, hasta en la boca, aquéllos que yo guardaba para mí....

.....

¡Qué patria tan fúnebre la Herzegovina.

Desde luego, se desciende á las regiones que hacen pensar en los países de la lunas, piedras y más piedras. Nada de árboles, nada de verdura; una uniformidad gris.

Grandes pasos ó extensiones de piedras, todos unidos, como lagos muertos—y después, profundidades de piedra, elevaciones, alteraciones y espantosas montañas de granito.

Un río, el *Trébinitza*, al cual el viejo Styse debía parecerse, corriendo en un lecho de piedra, en medio de una planicie de piedra también. Ninguna vegetación en sus orillas, como si su légamo estu-

viese maldito; y después se oculta, y desaparece en los abismos subterráneos.

Aquí y allá, mesetas de flores blancas ó tapices de guirnalda; y en el aire, por encima de aquellas cosas tristes, los buhos, que pasan sin ruido.

Avanzando más, se llega á la región de los árboles.—Malezas encorvadas primero—después se entra en el bosque: un bosque, como no los hay más que en la Herzegovina; todo erizado de picas de piedra. Entre cada árbol, una punta que se levanta como otro árbol petrificado. De distancia en distancia, pequeños lugarillos descuajados, consumidos, siniestros.—Cinco años de una guerra de exterminio han pasado por este país. Montañeses slavos salen de las ruinas de sus casas y os miran pasar con aire de desconfianza. Son altos y rubios y llevan llena su cintura de puñales y navajas.

Después del bosque, el país cambia; hay una llanura. Campos de trigo, cultivos del Norte; todo aquéllo devastado, abandonado, desierto. Y luego aparece la capital vieja, nido de buhos, con su minarete, sobresaliendo de sus pardas murallas.— Viejo puente levadizo, viejos fuertes—con frondosidades de campanillas, que extienden sobre las piedras sus frescas flores, de un violado admirable.

Trebigne, un fantasma de ciudad: los restos de

un bazar de Oriente, donde se hablan aún el turco y el slavo; todo el barrio musulmán en ruina, vacío, sin habitantes. En la mezquita, algunos pobres turcos acurrucados—los viejos que han quedado—balbuceando aún, con la frente en el suelo, las plegarias de Mahoma.

La nueva guarnición austriaca se aloja, por casualidad, entre estos restos.

Hay en una casilla en ruina una especie de mesa redonda, muy cómica, donde se habla el alemán. Los oficiales del cuerpo de ocupación toman allí una miserable comida, en compañía de *Gretchens*, descendidos del Norte.

Los austriacos sienten haber venido. Este árido país no merece la pena que se han tomado para someterlo, ni su dinero, ni sus hombres perdidos; sin contar las sorpresas que aún tienen que temer en el campo, y las escaramuzas sangrientas, y las gentes que aún se matan, por la noche, en los recodos de los caminos. Los slavos, por su parte, confiesan que preferían la dominación caprichosa, pero negligente, de los turcos. En aquél tiempo, se hacía todo lo que se quería, si sabía hacerse.

Sin embargo, los austriacos permanecieron allí. Han comenzado su instalación por lo más preciso: escoger para el servicio del Estado un cierto núme-

ro de monumentos y de objetos; numerarlos, pintarlos de colores, amarillo y negro, que distingue en la metrópoli los edificios de la corona, y escribir sobre ellos lo que son, aún cuando se adivina desde luego, porque hacen preceder de dos KK el nombre de la cosa.

Abreviación de *Kaiserlichen* y *Koeniglichen*: Cosa Imperial y Real.

KK, puerta; KK, banco; KK, puente; KK, cuartel. Y así está todo en Trebigne, absolutamente, como en Austria; esta marca fué la única nota alegra que yo encontré allí.

En el centro de la ciudad, cerca de una plaza, hay un gran cuadrado misterioso, encerrado en altos muros de veinte piés de altura. Los muros sin ventanas, completamente nuevos, blancos, alegres, como por ironía; de una frescura oriental, amarillos y verdes. No hay más que una puertecita baja para entrar, y aun es necesario entrar de lado, como si se quisiera volver la espalda al público. Esto lo dispuso el último mahometano que quedó allí (uno de los antiguos ricos del país). Para no ver más lo que pasará en Trebigne, amuralló su mansión, su harém y sus riquezas.

Aquel turco y yo habíamos nacido para entendernos.

Desde lo alto del minarete, donde el *muezzin* no canta ya, se domina un conjunto de casas destruidas, de tejados rotos y ruinosos. Algunos paseantes, todavía con traje oriental, circulan por las calles con la cabeza baja.

Por encima de las viejas murallas, violadas por las campanillas, el campo se extiende melancólico, con sus cortinas de frágiles alamas; sus campos, necesitados de labor; sus lugarillos, destruidos. A lo lejos, el bosque. Y después, la región de piedras que comienza: vistas á lo lejos, parecen olas enormes de un Océano gris, levantadas hasta el cielo por el viento de los cataclismos primitivos.

Se piensa en el destino de este pueblo pequeño, que daba en 1875, la señal de la gran cruzada de los slavs contra el Islám. En esta época, estaban llenos los periódicos del nombre de la Herzegovina, donde la revolución había comenzado en la montaña. Los únicos de todos los slavs que se han conducido lealmente, frente á frente del enemigo hereditario, mostrando todo el tiempo su odio franco y feroz. Ellos han perdido sus hombres jóvenes, sus cosechas, sus pueblos, y ahora han caído, agotados, bajo el yugo de otro dueño, que los ha marcado y reglamentado al uso germánico.

Ya he acabado mi historieta. Cuénteme usted otra, Plumkett.

Plumkett.—Mi querido Loti, yo temo que la mía sea todavía más fastidiosa que la de usted.

Por otra parte, mi camino no ha estado nunca muy florido; es una especie de Herzegovina. En otro tiempo, era una lava ardiente; hoy, es una gran llanura arenosa, sembrada de piedra pómez; en este momento no brota nada en ella, ni siquiera una flor amarilla. Ruego á usted, por lo tanto, que vuelva á tomar la palabra y que procure, una vez siquiera, encontrar héroes que no sean ni turcos, ni slavos, y que tampoco sea usted, porque siempre la misma cosa concluye, al fin y al cabo, por aburrir y atacar á los nervios.

Loti.—Bueno, está bien: continúo.

Pienso en este momento en un encuentro que tuve con unas ballenas, hará pronto diez años, á cien millas Sur-Oeste de las islas Maluinas. Voy á describirle á usted la entrevista. Usted conoce, como yo, aquellos parajes australes, donde se encuentran los grandes oleajes; que haya también ballenas, es muy natural; pero aquella partida de que hablo era tan numerosa, que se hubiera creído una verdadera emigración.

La escena ocurrió hacia los 55° de latitud Sur.

Era una mañana de invierno, poco-después de la salida del sol. En realidad hacía frío, puesto que el termómetro marcaba 0°; pero el tiempo estaba tan tranquilo, que no se sentía ninguna molestia. No hacía viento; las velas endían en mil pliegues, como cortinajes mal estendidos, y aquella gran frescura salada era sana y muy agradable de respirar. El gran oleaje, constante en esas regiones, era blando y se arrastraba con languidez. Formaba altas montañas de agua, de formas suaves y redondeadas, semejantes á pesadas ondulaciones de mercurio ó á corrientes de metal que se enfrían. Nos levantaban lentamente como acariciándonos, y después nos dejaban deslizar para volver á caer de nuevo. Pasaban y volvían continuamente. Bajo el cielo brumoso, aparecían como de un pálido color plateado, con las tintas indecisas de un empañado espejo. Nieblas extensas, vagas, inmóviles y sin contornos, pesaban sobre el obscuro horizonte, y los rayos del sol producían acá y allá bandas brillantes, lucientes, húmedas, como si en algunos sitios aquellas láminas de metal hubieran estado bruñidas. Era uno de esos momentos extraños, en que parece que se tiene la percepción completa, y como la inquietud que produce la inmensidad del mar. Los dos continentes, el antiguo y el nuevo,

se destacaban muy en el fondo hacia el Norte, como dos cabos gigantes que venían á hundirse en medio de las aguas; pero ya los habíamos dejado atrás, y no había ante nosotros más que aquel sombrío desierto, líquido y movable, que se extendía hasta el polo bajo su curvatura sin fin. Tenía uno la conciencia de estar solo y perdido en medio de poderes terribles, que por casualidad estaban en reposo. Las pléyades de pájaros marinos que pueblan el hemisferio austral, participaban de esta calma. En lugar de revolotear por millares, chirriando como roldanas, estaban todos posados sobre el agua, sin hacer ruido y dejándose balancear. Se veían allí familias de aves marinas, que flotaban inclinadas y dormían. He aquí, mi querido Plumkett, un recuerdo de alta mar: le encontrará usted un olor sano, que acabará de reponerle de nuestro viaje á China. Yo estaba de guardia y no tenía apenas más que hacer que mirar al cielo. A mi lado, un timonel paseaba su anteojo penetrante por el horizonte; yo no sé por qué, pues es lo cierto que siempre se encuentra uno solo en aquellas latitudes.— «Hay ballenas por el Oeste,» me dijo.—En efecto, muy lejos, en aquella dirección, se distinguían muchos de los chorros de agua que esos enormes cetáceos producen al respirar, y parecían blancos haces

que brillaban en el fondo obscuro del horizonte.

Las ballenas se nos aproximaban rápidamente; sin duda habían adivinado que íbamos allí para pescarlas, y no teniéndonos miedo, querían vernos. En medio de aquella inmensidad triste, pálida y gris, los enormes animales saltaban locamente. Los había exageradamente grandes, y otros muy jóvenes que daban mil vueltas y se zambullían mil veces cerca de sus madres. Todo aquel ejército saltaba, se perseguía, hacía evoluciones con velocidad prodigiosa, demostrando una alegría en consonancia con su enormidad. Todos aquellos animales lanzaban, con sus resoplidos, el agua á derecha é izquierda, formando grandes cohetes que resplandecían á la luz del sol, y se entrecruzaban como los surtidores de un juego de agua cambiante y complicado. Nos miraban y los mirábamos: todos los marineros estaban en fila, á lo largo de los filaretos, codeándose para verlos mejor. Las ballenas nos contemplaban como á una masa inerte, paralizada por la calma. Incapaces de movernos como ellas, debíamos parecerles muy ridículos.

El jefe de carga, que había asistido en otras ocasiones á grandes pescas con los balleneros americanos apretaba los dientes, al verlas tan confiadas, por no poderlas coger.

Había hecho subir de la cala los grandes arpones de la pesca del tiburón; había contado con una docena de gavieros, de los más fieles, y pedía con las manos juntas que se consintiese echar las chalupas al mar.

Pero las ballenas, pensando que habían estado bastante tiempo olvidadas, habían formado su columna y tomado de nuevo su camino hacia el Sur, lanzándose como flechas por las aguas y dejando luminosas estelas en pos de sí. Sin duda tenían que hacer en las tierras antárticas, y á ellas debieron llegar aquella misma tarde, según la velocidad que tomaron. Se perdieron bien pronto en las infinitas sombras de la niebla y del oleaje en la dirección del polo. Bajo el cielo tenebroso, aquello parecía una escena reconstituida de la paleontología—una de aquellas bandas de bestias rudimentarias y monstruosas, como las que pasaban en otro tiempo, sobre la mar sin límites, del periodo silúreo.

Y bien; imagínese usted aquello, Plumkett. Hablando á usted hace poco de la Herzegowina, he despertado este recuerdo de los mares del Sur.

He pasado de lo pequeño á lo grande; de las olas de piedra gris, que ocupan algunas leguas de ese país, á las verdaderas, á las olas, sin fin, que hacen en redondo su paseo eterno en torno del hemisferio austral.....

En verdad, yo le he pintado muy extraña y muy fantástica á la Herzegowina; y es, sin duda, que yo la había visto así en mis sueños nocturnos.—En suma, esta pequeña provincia está á dos pasos de nosotros, y es muy fácil verla. Los beneficios de la civilización, que se le ofrecen en este momento, la harán dentro de poco muy conveniente y tan agradable de habitar, como el distrito de París, donde los burgueses construyen sus casas de campo.

Qué quiere usted; mi imaginación, algunas veces, agranda las cosas y las situaciones ordinarias, mientras que no se asombra sino de aquéllas que son desmesuradas ó terribles.—Yo no tengo la noción exacta de nada, por haber visto demasiado, y en mi cabeza, como en mi corazón, todo gira en torbellino. Si pudiese empezar de nuevo mi vida, trataría de hacerla tan sencilla como ha sido antes complicada.

Veo perfectamente que mis impresiones se van extinguiendo, porque han sido muy numerosas y diversas en un principio. Yo no veo con claridad sino las más distantes.....

Quinto clavel de la India

Plumkett.—Mi querido Loti, la flor amarilla que acabo de recibir significa, entre líneas, que se fastidia usted en este momento, que no es la primera vez que cree usted que no será la última; y, en fin, que considera el fastidio como incorporado á sí mismo.

(Usted da parte de su sentimiento al lector y esto entra perfectamente en nuestro programa.)

Si á veces encuentra usted uno de esos periodos felices en que la vida se despierta en goces dulces, á propósito de lo más insignificante, usted se dice: «Yo sé lo que esto es, no durará largo tiempo; es un pequeño intermedio, después del cual mis pensamientos volverán á caer en ese fondo sombrío que ha venido á ser mi estado dominante y normal.»

Eso prueba que le falta á usted *todo eso que no existe*, y que no encontrando en *lo que existe* el atractivo que hace vivir á las gentes inteligentes y razonables, se encierra usted en su personalidad de alucinado, y vive así á espensas propias—más ó menos bien—entregado á los fenómenos complicados que se elaboran en su individuo.

¿Qué es lo que usted es?—¿Qué es lo que somos todos?—Máquinas.—La máquina humana se compone de un entramado de huesos, recubierto de músculos; en el interior se encuentran diversas vísceras, órganos digestivos y respiratorios—y una bomba impelente, llamada corazón (de que los poetas hablan á menudo), que distribuye en el organismo un líquido rojo. La máquina está movida por un ganglio de sustancia blanca ó gris, muy buena para comerla con vino blanco ó en forma de buñuelo. (Véase la *Maison rustique des dames*), de ese ganglio se destacan como unos fideos delgados, que van á parar á los órganos sensitivos y á los diversos músculos.

Cuando un movimiento venido del mundo externo se comunica á uno de los órganos de la máquina humana, se trasmite por un nervio sensitivo á una célula nerviosa situada en el cerebro. De esta célula parte el nervio motor, que concurre á un músculo.—Cuando el movimiento se ha propagado hasta el músculo, éste se contrae, y al contraerse, obra sobre una palanca, que es un miembro, y le hace realizar un cierto movimiento angular.—Usted oye tocar un vals; el nervio acústico trasmite una sucesión de estremecimientos rítmicos á sus células nerviosas, que entran en danza, produciendo co-

rrientes nerviosas en diversos músculos, de tal suerte, que en seis tiempos ha debido usted dar una vuelta completa sobre sí mismo. En otro caso, tiene usted una mujer hermosa en sus brazos; su contacto, su perfume, su vista y la de todo aquello que le rodea, una cantidad innumerable de acciones externas (llamadas: fenómenos sensoriales é imaginativos), quebrantan todos sus sentidos y dan terribles sacudidas á un gran número de otras células cerebrales—de donde resulta todo lo imprevisto de la situación, todo aquello que usted puede hacer aparte del acto de walsar....

—Pero la máquina piensa, se conmueve á veces; experimenta los transportes del amor; es Byron, es Alfredo de Musset, es usted—ha orado, amado, llorado—conoce y busca alguna cosa que se llama dicha—conoce también el enojo y el dolor (¡muy á menudo, desgraciadamente!) ¡la máquina es usted, soy yo!.... ¡Mas qué importa, máquina siempre!—Desuéllela usted, y encontrará el interior siempre parecido; siempre un esqueleto sonriente, dotado de movimientos angulosos y destartalados—con las pequeñas redecillas de fideos blancos, que corren por encima de los músculos, bañados en la materia roja.

Según las aptitudes fisiológicas del sujeto, ó los

hábitos que haya contraído, ó las conexiones particulares que existan entre sus diferentes células nerviosas, los movimientos de la máquina serán *tales ó tales otros*. Allí está todo el secreto de las diferencias de los individuos. Su hastío de usted persistente y su inferioridad intelectual respecto de la mayor parte de las gentes no provienen, sin duda, amigo Loti, sino de la excentricidad de sus hábitos, que son siempre contrarios al sentido común.

Sexto diente de león

Loti.—Mi querido Plumkett, esto no es una flor; es un hueso de muerto lo que me acaba usted de enviar; es alguna vieja tibia que habrá robado en un museo.—Y no vale poner estas cosas en los ramos sin avisar, Plumkett; porque es innoble y puede producir miedo. Yo voy á contar á usted una historia, en la que habrá huesos también—pues que los huesos horrorosos están, en efecto, en el fondo de todas las criaturas, y es notorio que las personas deshuesadas no se tendrían de pié.—Pero en derredor de estos huesos habrá mucha carne vigorosa y joven, á través de la cual no se los verá.

Será una historia árabe, para continuar aquella de *Las mil y una noches*; y tendrá una moraleja, que yo me cuidaré de deducir y de presentar á los ojos de usted, porque usted no es sagaz—y verá por ella que soy capaz de componer con orden relaciones sensatas, y de hacerlas instructivas.

LAS TRES SEÑORAS DE LA KASBAH

(CUENTO ORIENTAL)

I

¡En el nombre de Alá, muy clemente y muy misericordioso!

Había en una ocasión tres señoras que vivían en Argel, en la Kasbah.

Y estas tres señoras se llamaban *Kadidja*, *Fatmah* y *Fizah*.—*Kadidja*, era la madre; *Fatmah* y *Fizah* las dos hijas.

II

Estas tres señoras se aburrían mucho porque no tenían nada que hacer en todo el día.—Cuando habían acabado de pintar su rostro de blanco y rosa, y sus ojos grandes de negro y de beleño, para hacer-

Será una historia árabe, para continuar aquella de *Las mil y una noches*; y tendrá una moraleja, que yo me cuidaré de deducir y de presentar á los ojos de usted, porque usted no es sagaz—y verá por ella que soy capaz de componer con orden relaciones sensatas, y de hacerlas instructivas.

LAS TRES SEÑORAS DE LA KASBAH

(CUENTO ORIENTAL)

I

¡En el nombre de Alá, muy clemente y muy misericordioso!

Había en una ocasión tres señoras que vivían en Argel, en la Kasbah.

Y estas tres señoras se llamaban *Kadidja*, *Fatmah* y *Fizah*.—*Kadidja*, era la madre; *Fatmah* y *Fizah* las dos hijas.

II

Estas tres señoras se aburrían mucho porque no tenían nada que hacer en todo el día.—Cuando habían acabado de pintar su rostro de blanco y rosa, y sus ojos grandes de negro y de beleño, para hacer-

los aún mayores y darles expresión adormecedora, permanecían sentadas en el suelo, en un patio pequeño y profundo, donde reinaba un silencio misterioso y un fresco subterráneo. Alrededor de este patio, una columnata de marmol blanco sostenía ojivas moriscas, ornadas con cenefas de porcelanas azules, y arriba, en esta antigua construcción, se abría en cuadrado bajo el cielo.

Para entrar en la casa de estas tres señoras no había más que una puertecita, tan oculta y tan baja, que se hubiera creído la puerta de un sepulcro. No se abría nunca más que á medias, rechinando sobre sus goznes viejos, y medio escondida bajo las malezas que la cubrían. Las ventanas eran una especie de agujeros irregulares, próximamente del tamaño de gateras, y estaban provistas de pesadas rejas incrustadas en el muro; eran trampillas que parecían traspasadas por miradas furtivas de personas invisibles, y que no recibían ninguna luz del exterior— porque las casas centenarias, uniéndose por arriba, formaban una especie de bóveda por encima de la calle desierta, arrojando sobre el pavimento la semiobscuridad propia de las catacumbas.

Todo era viejo, muy viejo, en la casa de aquellas tres señoras; tan viejo, que el tiempo parecía haber roído y quitado la forma á las cosas.

Las paredes no tenían ángulos; allí no había salientes en ninguna parte; no se sabía qué clase de flores de piedra, ni qué clase de arabescos habían querido representar los artistas de otros tiempos en los capiteles de las columnas y en los frisos de las terrazas. Varias capas de cal, amasadas hacía siglos, lo envolvían todo en vagas redondeces. Aberturas pequeñas, que conducían á rincones olvidados, se disimulaban aquí y allá, en el espesor de las paredes; aquellas aberturas no tenían forma de puerta, tanto se habían gastado por el tiempo; y se creerían agujeros de esos que hacen algunos animales para entrar en sus madrigueras de debajo de tierra. Estas viviendas estaban blancas, á causa de una lechada de cal que las cubría, dándoles un aspecto blando y untoso, confundiéndolo todo en sus blancuras suaves.

Los escalones y las piedras estaban gastados, abarquillados; tanto habían sido pisados por las babuchas y los piés desnudos de las mujeres, que se habían trazado profundos surcos; el marmol de las columnas torcidas había tomado ese color amarillo y ese pulimento particular que dan los rozamientos de las manos humanas, cuando han durado siglos, y que es una manifestación de la vetustez.

Sólo las flores imaginarias, pintadas sobre las

cenefas ó bandas de azulejos incrustados en las paredes, habían conservado bajo su barniz, á través de la evolución de los tiempos, sus frescos colores azules.

III

Todo aquello había permanecido inmóvil, como las calles de la vieja Kasbah, bajo el cielo de Argelia; y los menores detalles de las cosas llevaban el espíritu muy lejos, al pasado ya muerto y á las épocas ya extintas de los antiguos días del Islam.

IV

El aire y la luz caían como en un canastillo sobre aquella casa, amurallada y encerrada dentro de aquel patio de altas paredes. Nada de los ruidos de la calle ni de las casas inmediatas llegaba hasta allí; solamente se comunicaba con la bóveda celeste—con ese cielo de la Argelia, sombrío unas veces, en los días de invierno, otras veces nublado, en los días de verano, cuando sopla el viento del Sahara—pero generalmente azul, de un azul límpido y admirable.

Había esa perfecta soledad de cláustro que caracteriza las moradas árabes, y revela por sí sola todas las celosas desconfianzas, todas las vigilancias feroces de la vida musulmana.

V

El sol poniente caía, deslizándose ó extendiéndose por aquella blancura de las paredes, extinguiéndose por grados para llegar con su luz dulce y confusa á la parte baja donde la cal, mezclada de añil, producía un reflejo azul. Era como una luz azulada, de fuego de bengala ó de apoteosis, la que caía sobre las tres señoras dormidas. Y alumbradas así, en silencio, proseguían sus sueños indecisos, tan ténues y ligeros, como el humo del *kief*.

Encorvándose como las indias, apoyaban sus cabezas contra el marmol de las columnas, y levantaban por encima sus hermosos brazos desnudos, ornados de brazaletes de plata, de coral y de turquesas.

El color moreno de sus brazos redondos, contrastaba con el rosado artificial y la palidez pintada de sus rostros; tenían el aspecto de figuras de cera, con el cuerpo de ambar; sus ojos grandes, profunda-

mente negros, estaban medio cerrados con expresión mística.

Sus vestidos y sus babuchas eran dorados; ellas estaban llenas de bisutería vieja, reluciente tan pesada que, al levantar los brazos, hacía ruido y lucían en la frente diademas de plata.

VI

En aquella penumbra azul, parecían seres quiméricos, sacerdotisas agrupadas en un templo, cortesanas sagradas en un santuario de Baal.

Aquellas tres mujeres que vivían allí, encerradas entre aquellas paredes, en lo alto de la *Kasbah*, en medio del barrio morisco, lejos del Argel profanado y envilecido que habitaban, cerca del mar, parecían haber conservado el misterio y la inviolabilidad de los musulmanes de otros tiempos.

VII

Aquellas tres mujeres se aburrían continuamente en su blanca y vieja prisión. Eran poco habladoras. Apenas cambiaban entre sí, con aire negligente,

algunas breves reflexiones. Dos ó tres sonidos guturales—ásperos como el viento de la noche en el desierto—salían de sus labios rojos; y después nada, no hablaban una palabra en varias horas.

VIII

A veces se ocupaban en estrujar rosas ó flores de azahar para hacer perfumes. Fumaban ó se entretenían en cantar, acompañándose con un tambor. Estaban como sumergidas en una tristeza inmensa, en un profundo estado de embrutecimiento; hijas de una raza condenada, se sometían á aquella fatalidad con resignación triste y silenciosa.

IX

Las tardes de verano, al ponerse el sol, subían á la terraza, según el uso morisco. Entonces cambiaban las buenas noches con otras mujeres, que vivían como ellas y que estaban encaramadas en lo alto de las paredes, lanzando sus negros ojos sobre la *Kasbah*, como las cigüeñas de las ruinas.

Veían desde allí una serie monótona de terrazas

blancas, y además dos cosas que se elevaban cerca de ellas en el vasto y luminoso cielo: la antigua mezquita de Sidi—Abderramán, con sus bandas de azulejos verdes y amarillos, que destacaban sobre la cal sin mancha—y al lado la silueta rígida de un palmar. A lo lejos estaba el Mediterráneo, extendido como una gran sábana azul, y en la dirección de Sidi-Ferruch, un conjunto de montañas rojas, sobre las cuales los campos de aloes semejaban mármoles azulados.

X

Hacia ya algunos años, el marido de *Kadidja*, Cheikh-ben-Addallah, había sido muerto en una insurrección contra los franceses, y *Fizah* y *Fatmah* quedaron huérfanas. A pesar de las antiguas joyas que las cubrían, restos de las riquezas de sus antepasados, se veía fácilmente que en la actualidad estaban pobres.

XI

Seis marineros, cogidos del brazo, circulaban una tarde por la ciudad de Argel. Estaban de tal manera

borrachos, que la calle Bâb-Azoun no parecía bastante ancha para darles paso, y marchaban desordenadamente cantando una monótona canción de á bordo, que no tenía rima ni sentido:

«Joli baleinier, veuz—tu naviguer?»

Joli baleinier,

Joli baleinier.

XII

Su barco había llegado al puerto aquel mismo día, y al arribar habían cobrado el sueldo de seis meses. Lo gastaron en seguida, y por la tarde, sus bolsillos estaban casi vacíos.

Primero habían alquilado dos carruajes para pasearse, con flores en los ojales de las chaquetas, por los barrios nuevos, construídos por los cristianos. Luego se habían sentado en las mesas de todas las tabernas, bebiendo de las cosas más caras, sin reparar en el gasto.

Habían hecho toda clase de tonterías y niñadas; perseguir á los gatos, romper los vasos, abrazar á los perros; habían llamado la atención de las gentes, que se quedaban asombradas al ver la infernal

batahola que producían, más y más aumentada, á medida que estaban más borrachos; golpeaban en el vientre á los árabes que los miraban con aire grave ó les tiraban del capuchón. ¡Cerebros de niños, de ocho ó diez años, rigiendo cuerpos de hombres!

Habían distribuido monedas de plata entre una multitud de pequeñuelos desvergonzados y andrajosos, envilecidos de aspecto y de instintos, que se habían pegado á ellos como á una presa, dándoles fuego para los cigarros ó limpiándoles los zapatos con cepillos que habían robado. Le habían dado un *recorrido* terrible á un judío que les ofreció dos niñas, hijas suyas, y después, un luis á otro que los había conducido á un lupanar, donde las mujeres maltesas habían continuado el despojo.

XIII

Su embriaguez no repugnaba, porque eran sanos y jóvenes. Iban medio desabrochados, adoptando posturas extrañas y espresiones picarescas, y haciendo partícipes de sus reflexiones inauditas á los que pasaban.

Habían andado mucho por la ciudad, y, sin embargo, no sabían dónde se encontraban.

XIV

Se acercaba la noche. Era un domingo de Mayo, y el aire era cálido. En las hermosas y rectas calles que los cristianos han trazado (á fin de que Argel se parezca á sus ciudades de Europa) se agitaban individuos de todas clases: franceses, árabes, judíos, italianos; judías, con justillo dorado; moras, con blanco velo; beduinos, con alquiceles; spahis, zuaivos; ingleses, con cascos de corcho, adornados con un paño blanco, y esa multitud dominguera, que es en todas partes la misma; tenderos en traje de fiesta; hombres con un cilindro negro por sombrero; mujeres con grandes grupos de flores artificiales sobre las vulgares cabezas, y además caballos, carruajes, gente, gente y más gente á pié, gente á caballo, y gran número de beduinos.

En las tiendas se encendían mil lucecitas de gas, haciendo centellear á los ojos de los transeuntes los objetos confusamente amontonados.

Al lado de los almacenes en que se vendían las cosas traídas de París estaban los cafés moriscos, donde los hombres, envueltos en sus albornoces,

fumaban tranquilamente el terebinto, sentados sobre los divanes y escuchando historias de otros países que les refería un negro.

Las tabernas rebosaban: grandes y profundas bodegas, con los toneles alineados, donde los marineros del comercio y los malteses, con las gorras de fieltro echadas hacia atrás, prontos á tirar del cuchillo, bebían con muchachas morenas.

De todos aquellos tenduchos salían alientos cálidos; las tabernas exhalaban olores de anís, de ejenjo y de aguardiente; los hombres de los alquiceles trascendían á beduino, y dejaban en el aire el humo del tabaco de Argelia y los perfumes del Africa....

Los baños morunos despedían olores de sudor y agua caliente, y todo aquel pueblo rebosaba la inmoralidad, los excesos y la embriaguez de su domingo.

Lodazal de dos ó tres razas, que mezclaban sus lujurias, Argel tenía la desnudez cínica de los lugares que han perdido su nacionalidad para prostituirse, para entregarse á todos. Y sobre aquella Babel, el cielo azul y las líneas de las bellas casas producían una impresión extraña, semejante á la de un París muy cálido.

Los seis marineros iban juntos, empujando siem-

pre á todo el mundo y cantando las mil estrofas de su canción:

Joli baleinier, veux-tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

XV

Llegó la noche, y tomaron por casualidad una calle tortuosa y empinada, viéndose sorprendidos de repente por una sensación inesperada. Habían entrado en la vieja ciudad árabe, y alrededor de ellos todo cambió bruscamente. No se oía nada, y estaba muy oscuro: el ruido de sus voces les sobrecogía en medio de aquel silencio, y cesaron de cantar por efecto de un sobresalto repentino y medroso. Su alegría se había helado, y dirigían la vista en todas direcciones: tocaban como para cerciorarse; aquellos viejos muros, aquellas puertecillas erizadas de hierro, las dos paredes muy próximas de aquella calle, y que aún se estrechaban más en la parte alta, sobre sus cabezas, como para aprisionarlos en un cepo; y después tocaban á aquellos hombres corpulentos, vestidos de blanco, cuyos

pasos ahogaban las babuchas y que se pegaban á las paredes, sin decir nada, para dejarlos pasar. A través de su ignorancia y de las neblinas de la embriaguez, veían confusamente todo aquello. Creían haber caído en el país de las leyendas y de los fantasmas, y procuraban recobrar sus ideas preguntándose qué les había sucedido.

XVI

Sobrecogidos por el miedo, dijeron: «¿Dónde vamos á perdernos? Tratemos de volver sobre nuestros pasos.» Intentaron retroceder, pero no se sale fácilmente de las calles de la *Kasbah*, cuando se ha entrado en ellas por primera vez, estando borracho, y equivocaron el camino, echando á correr en fila por aquel laberinto en el que se habían perdido. Ya no tenían miedo; solamente pensaban que el día concluía mal, porque se aburrían después de haberse divertido tanto. Comenzaban de nuevo en voz baja la canción del *Joli baleinier*, ó bien, para distraerse, se ponían á gritar todos juntos. Y las callejas subían y bajaban, con pendientes tan rápidas como resbaladizas, con escalones difíciles, verdaderos saltos de cabra, y cruzándose y confundiéndose,

daban mil vueltas, como en una pesadilla de la que no se puede salir. Eran estrechas, estrechas siempre, hasta el punto de que ellos iban los seis, uno tras otras, agarrados por detrás.

Algunas callejuelas eran abovedadas y estaban más oscuras que boca de lobo, distinguiéndose de vez en cuando, en lo alto, una abertura clara, un poco de cielo con estrellas.

Unas veces llegaban hasta ellos olores de moho y de animales podridos, y otros suaves perfumes de naranjos en flor.

XVII

Joli baleinier, veux-tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

En la partida había tres vascos y tres bretones. Los vascos eran artilleros y los bretones gavieros. Estos eran, uno el 216, Kerboul, gaviero de mesa-na. Otro, el 315, Le Hello, gaviero de bauprés. El tercero, era el 118, mi hermano Ivon, jefe de la cofa, que tenía entonces diez y ocho años: el más grave de los seis y el que los dominaba ya con su corpulencia céltica.

XVIII

Los ruidos de aquel día de fiesta no llegaron hasta las tres señoras de la Kasbah, que habían conservado su tranquilidad de momias, detrás de sus muros y sus rejas de hierro. A la misma hora que de costumbre se habían levantado y, como siempre, el fastidio inexorable había presidido su despertar. Cuando habían abierto los ojos el sol caía ya sobre su profundo patio, formando extenso triángulo de luz. Ellas salían de esos países encantados, á donde tienen el poder de conducir á las jóvenes encerradas en el harem, los vapores del ámbar y del *Kief* y los perfumes de las bellas noches de primavera. Habían visto la Meca, y el velo verde de la Santa-Kasbah, sobre el cual estaba bordado el Corán, en letras de plata, por los ángeles. Habían visto Stambul—y los jardines del Gran Señor, donde bailaban bajo los negros cipreses, y entre los vapores del ambar gris, algunos grupos de mujeres, cubiertas de pedrería y con tres grandes ojos cada una. Habían visto á Borak, el caballo volador con cara de mujer, sobre el cual viaja el Profeta, pasar sin ruido con sus enormes alas, bajo un cielo rosado de profundidad infinita, donde los zodiacos miste-

riosos se entrecruzan en lontananza como grandes arcos de oro.

XIX

Al desvanecerse sus ensueños, habían mirado en derredor suyo, retorciendo los brazos, abriendo los grandes ojos medio cerrados, y no habían encontrado ni palacios, ni jardines, ni zodiacos de oro. Nada más que la cal de las paredes, las viejas flores de las bandas de azulejos, las piedras viejas del patio, la desnudez pobre y la eterna blancura de su morada.

Habían dormido en el suelo, sobre unos almohadones, enteramente vestidas, según la costumbre oriental. Así que no tuvieron más que levantarse y separar las colchas argelinas, para encontrarse dispuestas y prontas á comenzar un nuevo y fastidioso día. Aquella madre y sus hijas no se habían dirigido ni una sola sonrisa, al volver á verse, después del sueño de la noche; habían apartado sus miradas unas de otras, con una especie de vergüenza, como mujeres que guardasen entre sí el secreto y la solidaridad de un crimen.

Fatmah, la más joven de las dos hermanas, conociendo la hora por la altura del sol, fué hasta la

puerta sepulcral, que comunicaba con el exterior, y apoyada perezosamente en la pared, se puso á dar golpecitos automáticos sobre la madera apollada. Aquello quería decir: «Panadero, cuando pases, detente para darnos el pan.»

Aquel era, en efecto, el momento en que se oían en todas las puertas de la Kasbah golpes parecidos, dados por mujeres á quienes no se veía, y que significaban lo mismo. (Las conveniencias exigían que las damas musulmanas no se presentasen en la calle para comprar sus provisiones).

El panadero vino, y por un ventanillo hizo pasar un pan á cambio de una moneda.

XX

Las tres señoras lo partieron para su comida, y comieron después, con el extremo de los labios, algunos trozos de una pasta dulce, hecha con higos y dátiles, cocidos al sol. En seguida tomaron, en tazas muy pequeñas, café más espeso que argamasa para construcciones, y se acomodaron sobre unas esteras para la siesta del medio día.

XXI

Como de costumbre, subieron después á la terraza para tomar el aire de la tarde; pero los resplandores rojos del sol poniente se desvanecían apenas sobre las blancuras de la ciudad árabe, cuando Lalla-Kadidja dió una orden breve á sus hijas, y todas bajaron. Tomaron una pintura negra y rodearon sus ojos con un círculo espeso, agrandándolos desmesuradamente hacia las sienas. En seguida derramaron perfumes sobre sus cabellos y sus manos, se pusieron vestidos de seda brochada de oro y se cubrieron de joyas.

Aquel domingo de los cristianos, día de fiesta y de orgía en la ciudad baja para los marinos, los soldados y los mercaderes venidos de Francia no podía tener nada de común con su vida claustral.—Entonces, ¿para qué esposos esperados eran aquellos preparativos ó para qué solemnidad misteriosa?.....

La bella noche de Mayo, que se extendió bien pronto sobre Argel, las encontró vestidas con el atildamiento y el aparato de los antiguos días.

XXII

«Joli baleinier, veux-tu naviguer?»

*Joli baleinier,
Joli baleinier.*

Ellos iban siempre al azar por las calles irregulares, que serpenteaban por la ciudad.

Habían atravesado barrios extraños, iluminados con linternas y farolillos de papel y llenos de beduinos—por instantes crecía el ruido y los gritos en torno suyo—un run run de voces guturales y profundas—conversaciones en una lengua grave, cortada por aspiraciones duras.

Al pasar les dirigían imprecaciones y burlas.

En aquella especie de bazares se vendían objetos sin destino conocido, pedazos empolvados de seda y oro, confundidos con ristras de cebollas; además calabazas, naranjas, legumbres mezcladas con babuchas viejas, y los pescados secos al lado de los paquetes de flores de azahar.

Había allí tiendecillas como madrigueras, en el fondo de las cuales los comerciantes, con aspecto de momias, agrupados, envueltos en los albornoces miserables, parecían espectros patibularios.—Los

agujeros que servían de puertas daban paso á zaquizamís llenos de objetos que revoloteaban ante la vista; allí afeitaban á los hombres con navajas enormes—al lado de otros que tomaban café ó que cantaban con la boca muy abierta y tocando el tambor.

Algunas veces se oían dentro músicas ensordecedoras; grandes cajas golpeadas con fuerza por hombres cubiertos de sudor; pífanos chillones, en los que soplaban hasta romperlos—aullidos rabiosos. Y de vez en cuando, al compas de una flauta—que producía sonidos dulces y melodías quejumbrosas—los hombres bailaban unos con otros, con una rosa puesta sobre la oreja, adoptando posturas graciosas y lascivas como las bayaderas. Y las mujeres, enteramente envueltas en seda blanca, pasaban ocultando el semblante, tímidas y pudorosas; no se veía de ellas más que una forma blanca y velada y dos grandes ojos muy pintados y admirables.

En medio de todo aquello había ya no sé qué calor irritante; y además de los olores especiales de la Argelia, las exhalaciones de los cuerpos humanos y de los detritus orgánicos, recalentados al sol, mezcladas con olores de especias y de aromas, de almizcle y de flores.

Los marineros no se asombraban de pasar diez veces seguidas por los mismos caminos, como sucede

en los laberintos. Tenían solamente cuidado de no separarse—esta es la última ráfaga de razón que les queda á los hombres embriagados—y escogían con preferencia las calles altas, queriendo mejor subir que bajar por miedo de caer.

XXIII

Después encontraron el silencio y la obscuridad. Y subiendo aún, llegaron al punto más elevado de la ciudad árabe, en el barrio argelino, que es por la noche el más sombrío y solitario. Estaban oscuras, muy oscuras aquellas calles estrechas y abovedadas. Las paredes eran muy viejas y estaban cubiertas de musgo.

Los pisos de las casas sobresalían unos de otros, y los dos lados de la calle se tocaban; estaban apuntalados por arriba y sostenidos con filas de vigas entrelazadas.

Habían acumulado allí tantas capas de cal, que todas aquellas cosas blanquecinas estaban enterradas bajo ellas y habían perdido su forma, como muertas ya de vetustez. Las puertas mezquinas, muy bajas y muy hundidas, parecían querer ocultarse en aquellas grandes torceduras de las pare-

des, que presentaban un aspecto caduco, y en las que no había ninguna ventana: si por casualidad habían necesitado abrir algún hueco, le habían hecho muy pequeño y cubierto con una reja.

Aquello tenía aspecto misterioso é impenetrable. Sus pasos, mal seguros, retumbaban sobre las viejas losas de piedra, abolladas é informes, y sobre las cuales, los blancos resplandores de la luna parecían sábanas funerarias.

El silencio los disgustaba de nuevo, y la tranquilidad de la ciudad les daba miedo.....

XXIV

De pronto, en lo alto de una de aquellas grandes paredes que bordeaban la desierta calle un agujero, tan irregular, como el que hace una bala, se iluminó con luz rosada, y una cabeza de mujer apareció en él como una visión. Estaba alumbrada de lleno, sin duda por alguna lámpara colocada muy cerca de ella, en el interior, y su cara resplandecía en medio de la noche como un astro luminoso.

XXV

Era Fatmah, que había oído sus cánticos y miraba desde arriba quiénes eran aquellos paseantes nocturnos. Estaba tan bien pintada, que sus mejillas, redondas y tersas, tenían el brillo de las muñecas de cera. Sus ojos sombríos eran más grandes que lo natural, y entre sus largas pestañas negras se veían girar las pupilas sobre el esmalte blanco; se sonreía vagamente, mirando hacia aquellos hombres embriagados. Llevaba los cabellos recogidos, bajo un turbante de gasa de oro, y sobre la frente tenía una corona de monedas de plata, separadas por perlas y corales. Un gran número de sortijas, pesadas y magníficas, le atravesaban las orejas, y varias guirnaldas de flores de azahar, entrelazadas con otras flores encarnadas pendían de su tocado, cayendo sobre las placas de metal que le adornaban el cuello. Su rostro estaba justamente inerustado en el agujero. No se la veía más abajo de los collares, y su aspecto era el de una cabeza sin cuerpo. Tenía el encanto de una cosa sobrenatural que hubiese tomado vida.....

XXVI

Ellos se detuvieron, sobresaltados y medrosos, delante de aquella aparición. Ella, mirándolos, con una nueva sonrisa, entreabrió los labios, mostró sus dientes brillantes é hizo: ¡Pst! ¡pst!.....

.....

XXVII

Los tres bretones no respondieron: tenían miedo. Aquella mujer, adornada como un ídolo en aquel triste lugar, les inspiraba terror supersticioso. Y además, también se parecía á la Virgen de alguna capilla bretona, adorada en su infancia, y que permanecía grabada en su imaginación sencilla, con un atavío de un lujo también salvaje y un tocado semejante, hecho de plata y de oro.

Pero los tres vascos eran más intrépidos, y se sentían con humor de probar fortuna. Elsagaray, buscando por dónde se podría entrar en la casa de la bella acabó por descubrir la puertecita baja, que se disimulaba en el quicio de la pared, y se puso á llamar allí. El ventanillo se entreabrió y la encan-

tadora cabeza reapareció á dos pasos de ellos, alumbrada por una lámpara de cobre.

XXVIII

Muchacho excéptico por naturaleza y habituado á las maneras de las mujeres perdidas, Elsagaray, el artillero, tuvo el descaro, para hacerse abrir, de mostrar una moneda de plata que por casualidad le quedaba.

.....

XXIX

—*Macache* (¡jamás!)—dijo la bella cabeza sin cuerpo, chasqueando la lengua con aire desdeñoso y despegado. En efecto; no era aquella su tarifa. Y pasando por el ventanillo las manecitas, con los dedos pintados de color rojo indicó, contando por los dedos, que era necesario dar cinco veces más.

XXX

Los tres bretones tenían buen corazón. «Toma—dijo Ivon—yo te lo doy»—y puso en la mano de Elsagaray el resto de su bolsillo: la suma exigida se completó.

Kerboul y Le Hello, reuniendo todo lo que tenían, quisieron darlo también á Guiaberry para Fizah, que acababa de aparecer. El ajuste se hizo rápidamente por las dos hermanas, y los dos vasos pasaron, agachándose, por la puertecilla siniestra.

Quedaba Baracere, que quería entrar también, seducido por los grandes ojos de Lalla-Kadidja, la madre. El había distinguido, por detrás de Fatmah, aquella profunda mirada. No tenía nada, y las tres moras pensaban dejarle fuera. Pero en aquel momento, Lalla-Kadidja comprendió que era vieja, y notando que Baracere era hermoso y que estaba borracho, le cogió por el brazo con cínica sonrisa para arrastrarle hácia sí.

La puerta giró pesadamente sobre sus goznes, y fué cerrada por un cerrojo y grandes barras de hierro.

¡De profundis!..... Los tres que quedaron fuera .

se miraron, procurando aclarar sus ideas, y después se sentaron en el suelo, sobre el empedrado, para esperar.....

XXXI

Ellos querían permanecer allí, pues aún comprendían que no convenía separarse de un lugar semejante. Auguraban mal de aquella casa que acababa de encerrar á sus compañeros de á bordo.

Si un bretón hubiese entrado allí le hubieran esperado hasta por la mañana. En todos los países, es costumbre entre marineros que corren aventuras conservar ese lazo de unión, aún cuando estén muy extraviados por la embriaguez; no abandonan nunca á los compañeros que son de su mismo pueblo ó de su mismo país. Pero aquellos artilleros, después de todo, eran vascos, y á la mañana apenas los conocerían. Los esperaron largo tiempo, pero después los olvidaron, y cuando uno de ellos se levantó echaron á andar.

XXXII

Habían vuelto á cantar de nuevo á tres voces la canción del *Jolt baleinier*. Estaban siempre en las

mismas callejas; bien las reconocían; pero entonces, una multitud de apariciones, parecidas á la de Fatmah, se mostraban á su paso. A cada momento se veía una pared blanqueada, un agujero, por el cual sonreía una cabeza pintada, que estaba cubierta de plata, de coral y de flores de azahar.

Algunas veces se abría una puerta. En el interior, las mujeres que tenían las voces muy dulces, cantaban: «Danidann, danidann», frotándose las manos delante de un brasero de cobre, de donde salía humo de incienso. Se las veía agrupadas, bajo alguna columnata de marmol, de forma elegante; llevaban chupas de seda y oro, pantalones de mil pliegues y pequeñas babuchas con perlas; sus trajes estaban compuestos de esos colores suaves, extraordinarios y sin nombre, que deben usar las hadas.

«Danidann, danidann.....» en aquellas callejas, que parecían los restos de una ciudad muerta; en aquellas casas, roídas de puro viejas, próximas á caer hechas polvo, había un no sé qué de encanto y como de *Mil y una noches*.—Ellas sonreían, invitán- doles á entrar; y ellos se detenían, encantados de verlas, pero sin atreverse. Había allí de esas mujeres por todas partes; y cuanto más avanzaba la noche, más se abrían las viejas puertas.

Moras sonrosadas, medio cubiertas bajo los velos de gasa de seda blanca. Judías pálidas, con sus delgadas pestañas y justillo de terciopelo. Otras que, para prostituirse, habían venido desde doscientas leguas del interior, de los oasis lejanos, y que tenían extrañas figuras del desierto, inmóviles en su puerta, permanecían con los ojos bajos, la voz ronca, y con altos tocados de placas de metal y joyas, como las que usan los salvajes.

También había negras, de tipo raro y de fealdad extraordinaria. Envueltas de la cabeza á los piés, en telas azules de cuadros, eran las más intrépidas, y avanzando á grandes pasos y mostrando sus piernas flacas, les tiraban de la manga para hacerles entrar. Ellos las miraban por encima del hombro, riéndose á carcajadas, y seguían su camino; los tres bretones empezaban á comprender en qué lugar habían caído..... Y cuando veían salir de algún viejo palacio musulmán una linda criatura, con ojos agrandados por el artificio, brillando en la obscuridad, se aproximaban para tocarla. De cerca, lo más frecuente era que estuviese ajada; llevaba bordados de oro deslucidos, joyas que no eran más que quincalla, simulando las verdaderas que había vendido á los judíos.

Entonces, Kerboul ofrecía, por irrisión, los cénti-

mos que le quedaban; la muchacha le dirigía en francés alguna injuria grosera, que había aprendido de algún zuavo, y cerraba la puerta.

En la parte baja, en la ciudad francesa, tocaban retreta; los soldados y los spahis, que tenían los cuarteles en la alta, pasaban para llegar á la llamada. Cruzaban en filas y del brazo, cantando á voz en cuello *El artillero de Metz* ó alguna otra canción de taberna, bajo las arcadas moriscas. La antigua Kasbah, donde en otro tiempo se destrozaba al imprudente viajero, estaba llena de voces de borrachos.

XXXIII

Entre tanto se hacía tarde, estaban fatigados, y tenían sed. Poco á poco las tiendas de los barberos, donde se tocaba; los cafés morunos, en que se bailaba, se iban cerrando. Hasta las puertas de las muchachas dejaban ya de abrirse. La hora de la gran prostitución del domingo había pasado. La ciudad árabe caía de nuevo en el silencio y en la noche profunda. Los marineros hubieran querido entrar en alguna parte para beber todavía y para dormir. Pero, entre los tres, no tenían más céntimos que los

de Kerboul. Y además, Ivon se inquietaba por dos gatitos pequeños que había robado por cariño, y que se quejaban dentro de su camisa de marinero, donde los había alojado, para que tuviesen más calor. Bajaban entonces una larga y desierta calle. Encontraron una puerta de mármol, esculpida de flores muy antiguas, inscripciones árabes y dibujos misteriosos, cuyo efecto se asemejaba al que producen las porcelanas de mil colores; una lámpara que estaba allí suspendida arrojaba al exterior una luz, que reflejaba sobre el pavimento. Algunas gentes de muy mala traza entraban furtivamente. Ellos entraron también, por curiosidad. Era un baño árabe, de mala fama. Los bañistas se habían ido, y hombres sin hogar, mestizos indefinibles, nacidos al azar, del vicio, iban á acostarse por diez céntimos sobre las esteras, llenas de sabandijas, que habían servido para las fricciones.

Pasaron delante de aquella gente que dormía. Después llegaron á unas pilas profundas, cubiertas por grandes bóvedas, que se filtraban como las cavernas. Apenas se veía allí á causa de un vapor caliente, que aumentaba la obscuridad; el aire húmedo tenía una pesadez extraña—y un hombre amarillento, desnudo, sobre el mármol como un cadáver, cantaba con voz de falsete un aire lúgubre,

que daba miedo. Les pareció inmundo aquel lugar, y se marcharon.

XXXIV

Largo tiempo anduvieron sin ver nada más. Y después oyeron un gran ruido, que partía de una casa cerrada: una música infernal, gritos y risas. Escucharon; hablaban francés allí dentro—¡y también bretón!.....

Llamaron, pero no les abrían. Entonces derribaron la puerta á golpes.—Los recibieron con los brazos abiertos. Una habitación semi-árabe; cuatro negros, enteramente desnudos, tocaban con castañuelas de cobre y un tambor un aire de la Nubia. Y al son de aquella orquesta, una docena de parejas de zuavos y marineros bailaban pausadamente cogidos por la cintura;—los zuavos tenían puestas las camisas de los marineros y éstos las gorras de los zuavos. Cuando los cuatro negros estenuados hacían señal de detenerse, los bailarines les enseñaban el puño y los otros continuaban desesperados de su impotencia.....

Entonces quisieron ellos también vestirse con la ropa de un zuavo para tomar parte en la diversión. Uno rubio y corpulento se ofreció voluntariamente,

y cada uno de los tres bretones le dió en cambio una pieza de su traje.

Por último salieron juntos, hacia la media noche, después de haber bebido, sin pagarlo, un litro de aguardiente, tan fuerte, que quemaba como fuego. En aquel momento eran cuatro, con el compañero adquirido nuevamente, y empezaron otra vez á errar por las calles más borrachos que nunca.....

XXXV

Era la una de la madrugada y se encontraban, sin saber cómo, en lo más alto de la Kasbah. Estaban sentados sobre las rocas, á la entrada de un bosque de Eucaliptus, cuyas hojas agitaba de cuando en cuando un soplo de viento.

Por encima de ellos estaba la ciudad árabe y más abajo la ciudad cristiana, ambas dormidas; los últimos gritos, los últimos cánticos de la orgía acababan de terminar. La antigua Kasbah, protegida por la majestad y los pudores de la noche, se recubría sobre sí misma y se recogía en el pasado. Se veían las entradas de las calles centenarias que iban á perderse en las obscuridades profundas. La luna alumbraba con palidez serena los grupos de

construcciones moriscas, que conservaban, á pesar de su antigüedad, una blancura misteriosa, y que parecían habitaciones encantadas. A lo lejos se extendía la mar, gris perla, con las luces de las embarcaciones.

Todas las exhalaciones humanas habían cesado con los olores de las drogas, de las tabernas y de las prostitutas. No había entonces más perfume que el de los naranjos, con no sé qué otro olor fresco y rejuvenecedor que subía de la campiña.

El aire tenía esa calma tibia y esa transparencia de las noches de Argelia; un soplo de viento que se levantaba á intervalos regulares, como la respiración de las cosas, hacía remover detrás de ellos las ramas del bosque. En aquel estado tranquilo soñaban con todas las mujeres que habían visto en las casas viejas, ó en las paredes de azulejos, y que cantaban «Dani dan» batiendo palmas y haciendo gran ruido con las sortijas y los brazaletes. Soñaban también con sus tres compañeros vascos, que habían abandonado en medio de ellas, y se preguntaban si no sería posible, buscando bien, encontrar aquella puerta y volver á socorrerlos.

Ivon se acordaba de Bretaña, de las grandes costas de granito, donde soplaba el viento húmedo del Océano, y de las nieblas grises, extendiéndose como

largos velos sobre la inmensidad del mar alborotado y de los grandes paisajes taciturnos del país céltico. Todo aquello, visto desde Argelia, estaba pálido como una visión lánguida; suave y triste como una poesía del Norte. Y después recordaba el país de León, la llanura plateada y florida, amarilla por las aliagas en flor, y el campanario, al despertar, elevándose en la planicie sobre el fondo dulce y melancólico del cielo bretón..... Cierta resplandor se destacaba de su clara inteligencia; le daba vergüenza de haber estado borracho, y se pasaba las manos por la frente como para arrancar de delante de sus ojos el velo pesado del alcohol.

XXXVI

En aquel momento se oyó rodar un carruaje que subía de la ciudad. Se iba aproximando, y al fin pasó cerca de ellos. Era una especie de carretilla, un gran cofre negro, como para conducir cadáveres; estaba arrastrado por dos hombres, que se apresuraban con aspecto de haber cometido alguna falta. Un gemido partió de aquella arca cerrada. Entonces se levantaron todos.

XXXVII

—¡Eh! ¡A esós!—¿Qué es lo que lleváis ahí ocultándoos en la noche?

—Unos perros, señores marineros—respondieron los que pasaban con una carcajada.

Aquello era sencillamente el carruaje que conducía á los perros errantes.

Pero al movimiento que ellos habían hecho y al ruido de su propia voz, aquellos fantaseadores se habían convertido de nuevo en simples marineros borrachos, y sintiendo de pronto por aquellos *pobres animales* una piedad simpática, una ternura de borrachos, exigieron que los pusieran en libertad y se suscitó una disputa.

XXXVIII

La discusión no fué larga: cinco minutos después el cochecillo continuaba su camino; pero eran los marineros los que lo empujaban, cantando su canción favorita, y los perros sueltos seguían saltando, locos de gozo, lamiéndoles las manos á sus amigos. La carreta marchaba alegremente dando vaivenes sobre las piedras, y dentro de ella iban los

dos hombres encerrados, bajo llave, en el cofre de los animales.....

XXXIX

Joli baleinier, veux—tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

Los pasearon hasta la mañana, cantando primero *Joli baleinier*, y después, para cambiar:

Tiens bon, Marie Madeleine,

Tiens bon, Marie Madelon!

XL

Por último, los arrojaron cerca de Bâb-Azoum, sobre un montón de basura.

XLI

Entonces reconocieron aquellas calles y quisieron aproximarse al punto donde la víspera habían desembarcado. Llegaron á los barrios de mala

fama, llenos de guaridas italianas, que están próximos á la marina. Comenzaba á hacer frío. No había amanecido aún; pero, sin embargo, ya se abrían algunas tabernas para dar de beber á los jornaleros más madrugadores, ó para arrojar fuera á los embriagados del día anterior que habían rodado debajo de la mesa, entre los salivazos, abrazados á las muchachas. Entraron y se sentaron en los bancos de un gran cobertizo, en cuyo fondo se veían filas de toneles alineados. La garganta se les abrasaba. Con la bolsa del zuavo y los céntimos de Kerboul, bebieron varios vasos de ajeno con un poco de agua. En cuanto se les acabó el dinero, los echaron á la calle.

XLII

En aquel momento no tenían ya conciencia de nada. Iban con el cuerpo inclinado hacia adelante, extendiendo los brazos como para asir el vacío, describiendo en su marcha grandes curvas, como los pájaros heridos. La cabeza les dolía, tenían gran necesidad de dormir, y un mareo continuado, que les producía una impresión de agonía penosa.

Se encontraron otra vez al final de los muelles, y entonces se acordaron de su barco, de su oficio de

marineros, y no quisieron ir más lejos, por temor de perder de vista la mar; se tendieron sobre la arena, quedaron inmóviles y como incrustados en el punto en que por casualidad habían caído, y perdieron el conocimiento.

XLIII

Elsagaray y Guiaberry, los dos vascos, al despertar, miraron á las jóvenes que dormían cerca de ellos.

Sus camisas, que estaban hechas de una gasa que nunca habían visto, se abrían á medias sobre el cuerpo moreno. Vieron que eran hermosas, á pesar de que sus mejillas estaban un poco pálidas.

Una lámpara, montada en largo pie, al estilo de las lámparas antiguas, alumbraba un lugar extraño, irregular, como una caverna. La lechada de cal, extendida por todas partes, suavizaba los ángulos ó las rugosidades de las paredes donde, agrupados al azar, se veían cuadros pequeños que representaban cosas incomprensibles: eran inscripciones singulares, en forma de animales; leones, cuyos cuerpos eran un conjunto de jeroglíficos de oro; sím-

bolos misteriosos, y varias imágenes de un caballo alado con rostro de mujer.

Habían dormido en el suelo, sobre unas almohadas; no había nada en aquella guarida, nada más que una estera basta, toda de una pieza, cubriendo el suelo, y un plato de cobre, en el cual se había quemado el ambar y el incienso. El aire conservaba su olor de iglesia. Las jóvenes tenían en su sueño una tranquilidad y una inocencia infantiles. Estaban aún ataviadas con todas las joyas de plata y de coral, y con los olorosos collares de flores de azahar.

Ellos experimentaban cierta timidez y malestar en medio de todo aquello que les era desconocido. Se levantaron con precaución para no despertarlas, y se acercaron hacia una abertura, que cerraba una cortina de seda. Entonces se encontraron en el patio de azulejos y de marmol, al que entraba por arriba el aire puro y delicioso de las últimas horas de la noche.

XLIV

Se acordaron de Barazére, que dormía cerca de Kadidja, en otra parte de la casa, y le llamaron dulcemente. Barazére se levantó y miró á aquella

mujer que le quería detener con sus brazos; vió que era vieja, que su rostro estaba arrugado y hundido, y se desprendió de ella con horror rechazándola con el pié.....

XLV

Buscando en la indecisa luz blanquecina, encontraron la puerta que daba al exterior, y salieron enervados por las embriagueces de la noche. La pálida mañana los envolvió con su sana frescura y con su luz tímida y virginal. No se oía ningún ruido: todo dormía aún en la Kasbah que, envuelta en sus blancuras de cal, tenía más que nunca aspecto de lúgubre sepulcro.

¿Dónde estaban? Pudieron orientarse porque ya no estaban borrachos. Juzgaron que debían estar muy arriba, por encima del puerto y de la mar, y empezaron á descender por las empinadas pendientes de las callejuelas árabes. Apenas se veía, y todo tenía en torno suyo una singular palidez, pues aparte el pavimento de piedras negras, todo era blanco.

Las viejas casas moriscas; las viejas bóvedas ojivales; los viejos puntales de madera que corrían á lo largo de los muros todo estaba indeciso y pare-

cía tallado en nieve; era aquello como una obscuridad blanca. El silencio parecía cubrir encantos y misterios.

Después de las voluptuosidades, de los besos febriles y los vapores del incienso, respiraban con delicia aquel aire puro y aquella frescura dulce de la mañana. Y marchaban con paso vivo y ligero por aquellos altos barrios que dormían.

Iban alegremente, saboreando ese bienestar matinal, y sin pensar que pudiese acabar nunca su salud y juventud, sin sospechar que llevaban consigo, en su sangre misma, espantosos gérmenes de muerte.....

XLVI

No era aún día claro cuando llegaron á la parte baja, á los muelles de Argel. Entre los escombros y los trozos de madera apilados vieron masas grises: eran árabes, trabajadores de los barcos, que dormían á la luz de la luna, envueltos en sus albornoces; un montón horroroso, cubierto de harapos y de sabandijas. Y después, algo más lejos, se echaron á reír al reconocer á sus amigos de la víspera, los tres bretones, sobre la arena. Se asombraron de ver uno más con grandes bigotes: era el zuavo.

XLVII

Tres perros, sentados sobre las patas traseras, parecían velar sobre ellos con reconocimiento solícito.

Los bretones dormían profundamente; estaban desabrochados, y á cada uno de ellos le faltaba una pieza del traje, que se había quitado para vestir al zuavo.

Ivon, que le había dado la camiseta de rayas azules, dejaba ver su pecho desnudo, y los dos gatitos que había robado para enseñarles monadas, pegados á él, dormían también tranquilos y confiados.

Un vapor diáfano, nacarado, se extendía sobre el mar como un velo, tomando un color dorado y luminoso hacia el Oriente. Los albornoces grises comenzaban á agitarse y á bullir por el suelo; por encima del inundo montón se veía levantar un brazo, una pierna amarillenta, ó surgir una cabeza negra. Aquella era la hora del primer saludo de la mañana, y se despertaban para rezar su plegaria. Poco á poco llegaba el día, derramando su luz sobre todas las cosas—y el vapor diáfano y nacarado desaparecía, haciéndose tan ténue, que dejaba ver los barcos más distantes, y casi el horizonte de

la mar: después desapareció de repente, como una cortina de gasa que se descorre; el sol había salido. «¡Alah! ¡Alah!» Todos los árabes se pusieron en pié: presentaban un aspecto verdaderamente majestuoso, á pesar de sus parduzcos y polvorientos harapos: tenían erguidas y arrogantes sus hermosas cabezas, con grandes ojos negros; el sol los inundaba de rayos color de oro, y en aquel instante, nobles y respetuosos estaban tan bellos como los dioses.

Se veía entonces la Kasbah, allá, en lo alto, destacarse transparente del violado ceniciento del celaje, en blancuras opacas, matizadas por doquiera de rosadas tintas. Los colores de los objetos más lejanos se habían hecho tan claros, que ya no tenían perspectiva; todo parecía que estaba cerca, y la ciudad árabe presentaba un montón de construcciones superpuestas, suspendidas en el aire. No había allí más que aquel cielo gris perla, que conservaba detrás de todas aquellas cosas humanas una transparencia y una profundidad infinitas.....

Los barcos habían desplegado sus velas blancas, para secar al sol la humedad de la noche. Eran las siete de la mañana, y el bote del buque de guerra á que pertenecían los seis marineros salió á buen andar para recogerlos, hendiendo el agua azulada con sus ligeros remos.

Llegó á la costa: los vascos, ayudados por los remeros, condujeron á él á los bretones con sus gatitos, y se embarcaron á su lado. Los tres perros siguieron la lancha con melancólica mirada, y cuando se perdió de vista, se volvieron con aspecto triste hacia la ciudad.

XLVIII

También á bordo produjo asombro aquel desconocido de los bigotes. Sin embargo, á todos los acostaron cuidadosamente. Ivon se despertó cerca del medio día, y encontró en su bolsillo una llave grande..... ¡La llave del cofre de los perros!

Se acordó entonces de que se había olvidado de abrirlo cuando lo habían tirado cerca de Bàb-Azoun; y como muchacho de buen corazón, sintió cierto remordimiento. Después rogó á un amigo que fuera en seguida á arrojar al mar aquella llave, temiendo que pudiera servir de pieza de acusación contra todos ellos.

XLIX

DESENLACE

La identidad del zuavó no fué reconocida hasta por la noche.

Todos fueron castigados, los tres bretones especialmente: la historia de la carreta había hecho gran ruido en Argel, y existían contra ellos las más graves prevenciones. Los tres vascos se vieron bien pronto atacados de una enfermedad horrible. Aquellas mujeres se la habían trasmitido casi inconscientemente. Irresponsables de su vicio y de su miseria, habían comunicado á aquellos libertinos lo que otros les habían llevado á ellas. Uno murió, Barazére. Los otros dos se creyeron curados, después de haber sido durante algún tiempo objeto del menosprecio de sus compañeros. Pero el germen de aquel veneno les quedaba en la sangre. No tenían ya que hacer más que unos cuantos meses de servicio, y al año siguiente se casaron con unas jóvenes que los habían esperado en su aldea, durante el tiempo de su servicio en la mar. En las familias de aquellos pescadores, que habían sido hasta entonces sanas y robustas, introdujeron la enferme-

dad árabe; el primer hijo de cada uno de ellos vino al mundo cubierto de llagas vergonzosas.

Los pobres perros volvieron á recuperar el cariño de sus amos.

Los gatitos de Ivon se hicieron muy hermosos, aprendieron un gran número de ejercicios, supieron tenerse derechos sobre las patas traseras—y saltar por encima de las rudas manos de los gaviros puestos en rueda. Poco tiempo después tenían ya varios gatitos más.

En cuanto á los dos hombres que dejaron abandonados dentro de la carreta, fueron al hospital llenos de dolorosas contusiones; y para aumento de desgracia, todos encontraron ridículo el lance, por lo que sirvieron largo tiempo de chacota y burla á sus compañeros.

L

MORALEJA

Es siempre un crimen hacer daño á las gentes, sobre todo cuando éstas son buenas, como eran las de nuestra historia; pronto ó tarde, es uno fatalmente castigado.

Esto se demuestra claramente, amigo Plumkett,

por la suerte que cupo á aquellos secuestradores de perros.—(*Fin del cuento.*)

Plumkett.—Mi querido Loti, ya había yo previsto que su cuento de usted no tendría piés ni cabeza, y terminaría con una verdad de Pero Grullo.

Los personajes, que son los perros, no aparecen hasta la mitad de la historia, y las tres damas del título no figuran en el desenlace. Todo esto está muy poco conforme con las reglas seguidas por nuestros buenos autores. Pero no se lo reprocho á usted; cada cual escribe como puede, y no sería razonable exigir que los escritos de usted encerraran una idea, ni tuvieran método ni hilación.

Por lo demás, los marineros están bien pintados, y hasta me gustan las descripciones de Argel, porque son exactas y están bastante bien coloreadas.

Me recuerdan cierta primavera que, por casualidad, pasamos juntos allí haré unos tres años. ¡Hizo usted no pocas ridiculeces, amigo mio! El día lo pasaba usted ejerciendo de estatua ecuestre, en compañía de su amigo Mohammed, montados en unos caballos que hubiesen destrozado á cualquier cristiano. Por la noche iba usted á reunirse con unos amigos de piel amarilla en las madrigueras de la Kasbah, rogándome que no le acompañase (de lo cual no tenía yo ninguna gana), bajo pretexto de

que mis trajes parduzcos le ofuscaban la vista, y de que yo echaba á perder el color local de aquello.

Me acuerdo también que una vez (en aquel baño moruno que tenían los árabes, y donde tarareaban la última opereta de Lecok, ¿se acuerda usted?) se empeñó en no bañarse, y devolvió con dignidad el blanco *gandourah*, porque yo me disponía á entrar en las pilas.

Jamás hemos podido ser buenos amigos, más que de lejos. Es un hecho efectivo: usted busca siempre contienda.

Evoco estos recuerdos sin la menor amargura, y crea usted que no despiertan en mí más que una dulce piedad. Es verdad que dos hombres tan extraños, tan complicados como usted y yo, muy difícilmente llegan á entenderse.

Las circunstancias, los flúidos, han depositado en torno nuestro tantas cosas estrambóticas, que hay en nosotros un montón de individuos diferentes, sin contar toda clase de animales. Estos séres y estos animales aparecen alternativamente, según el caso, hablando, obrando, en lugar del ser íntimo y profundo que permanece como pegado á ellos por detrás, inerte y atónito, en una especie de laxitud conmovedora.

Cuando usted, por ejemplo, presenta un gato, y

yo respondo con un perro; ó bien si me aproximo, fino y cortés, y encuentro en usted al salvaje, al tártaro ó al paguano (que aparecen á menudo), es claro que la entrevista no será muy cordial. Mientras que á su hermano de usted, Ives, muy sencillo, muy equilibrado, y al mismo tiempo muy rico y muy intenso en su personalidad, se está siempre seguro de encontrarle en sí mismo. Es él, no otro alguno, y responde siempre á lo que hay en usted de más vivo y de más constante en todos los casos, que es el hombre primitivo.

El hombre primitivo, el salvaje prehistórico, mi querido Loti, es el que hay en el fondo de la personalidad de usted. Y esto, que es particularmente suyo, es lo que da á todos sus libros esa excentricidad que engaña á los tontos; es el menosprecio que parece usted hacer de las cosas modernas; es esa cómoda independencia, con la cual parece usted desprenderse de lo que treinta siglos han aportado á la humanidad, para volver á los sentimientos simples del hombre primitivo ó á los de los animales antediluvianos de los mares del Sur, que nos explica usted á cada paso. Sólo que usted emplea todos los recursos del hombre civilizado para hacer inteligibles esos sentimientos, llegando á ellos con cierta mesura; esto no puede negarse.

Pero me declaro incapaz para colocarle entre ninguna clase de escritores; es usted excepcional, con una personalidad propia, determinada, y ninguno podrá dar á usted su nombre; se engañará siempre el que quiera darle una designación conocida, en tanto que los médicos alienistas, los paleontólogos ó los veterinarios habituados á cuidar las ballenas enfermas en los grandes mares del Sur no se propongan hacer la crítica literaria de usted. Vea usted el mirlo blanco, se ha dicho que era una urraca, un grajo, una paloma torcaz. Nada de esto; es un animal aparte. Lo mismo que usted, querido Loti; es el único en su modo de ser, y no pertenece á ninguna especie conocida.

Loti.—Y usted no es más que un canario, mi buen Plumkett.—Pasemos adelante. Voy á hablar á usted de un pergamino viejo, que la casualidad me hizo encontrar un día en el granero, en el fondo de una de esas arcas de encina que usaban nuestros abuelos. Estaba todo empolvado, y los gusanos habían dibujado encima sus complicados arabescos. Lo abrí distraído. Pero me llamó la atención el nombre de Samuel R. sobre la cubierta, y tuve curiosidad de leerlo. (Este Samuel R. era uno de mis antepasados, y yo había oído hablar mucho de él á su biznieta, mi abuela). Aquello era sencili-

llamente su libro de cuentas. Había escrito mes por mes los gastos de su vida.

«El 10 de Agosto de 1695, compré un caballo en 100 libras.

Pagué los salarios de mi criada Suzon, 2 libras.

Pagué los salarios de mi criado Mateo, 5 libras.»

En seguida venían las cuentas de los salineros, los jornales de los que recogían la sal de las marismas, y después, en cada otoño, un gran número de jornales suplementarios para las vendimias, y después una gruesa suma para la comida de fiesta de los vendimiadores.....

Y yo pensaba en aquella actividad tan antigua y tan semejante á la nuestra —y en aquellas recolecciones de las viñas al sol de 1690..... La letra, muy ancha, muy cerrada, se parecía á la de los viejos misales; era casi gótica. Pasé varias hojas.

Los años de mi abuelo Samuel se sucedían muy semejantes, con los gastos perfectamente equilibrados. Pero la letra, poco á poco se hacía menos clara, y después las cuentas se acabaron: mi abuelo había acabado también, sin duda, sobre aquella última página, su vida regular y patriarcal. Continué hojeando: muchas hojas blancas, y después caí sobre otras cuentas, muy graciosas por cierto; la letra, menos antigua, era de niño; los renglones, muy

torcidos, estaban llenos de borrones y de muñecos, que danzaban entre las letras desiguales.

Evidentemente, el viejo registro, ya inútil, había caído en manos de los niños, que habían escrito en él cuentas para divertirse:

«Vendí á Enriqueta una vara de cinta rosa por tres afileres.

Vendí á Juanita dos varas de encaje de Alençon, por doce avellanas.»

Yo reconocí aquellos nombres. Estas niñas eran mi abuela y mis tías (mi tía Berta, la última, había muerto á los noventa y dos años).

Bajo la primera República, hácia 1798, se habían divertido jugando á las tenderas, lo mismo que las niñas de nuestros días.

«El 24 de Mayo hice un sombrero con plumas, para la señorita María Juana, que le he vendido á crédito por una onza de cerezas...»

¡Qué forma tan especial debía tener aquel sombrero con plumas!..... Habían jugado á la modista. Y hojeando aún, entre cada hoja encontré algunos sobrantes de cinta y de puntilla, que habían puesto allí en prensa—de aquellas cintas sombreadas, matizadas, que se usaban antes, y que es moda copiar en la actualidad. El fondo de su almacén de muñecas había dormido allí durante un siglo—y

yo estaba muy pensativo delante de aquellas reliquias de cien años. Trataba de representarme aquellas niñas, rehaciendo su fisonomía según los antiguos retratos ó las caras octogenarias entrevistadas en mi infancia; las veía en el traje de su tiempo: un trajecito sencillo, con sus rizados á la griega, cayendo sobre un terciopelo que les estrechaba la frente—divirtiéndose en sus recreos del *decadi*, á la luz de un sol más joven que el nuestro.

Y después encontré pensamientos disecados, tallos de lirio y otras flores de primavera. Conservaban aún sus colores: ¡y las niñas que los habían cogido, después de haber sido abuelas, muy amadas, no eran en aquel momento más que polvo!....

Todavía más: ¡mariposas calcadas! Siguiendo un procedimiento infantil, habían puesto las alas entre hojas de papel engomado, que habían conservado impresos su color y su forma. Eran las mariposas azules, con alas negras y rosadas, de las que se ven volar en las tardes de Mayo por encima de los altos henos en flor.—Estaban tan frescas como si se hubieran cogido el día antes.....

También fué una tarde de Mayo cuando hice aquellos descubrimientos. El sol poniente iluminaba por la ventana el viejo pergamino y las flores centenarias; y yo volvía á ver con colores dulces y

extraños aquellas primaveras muertas, ya pasadas y desaparecidas en el eterno polvo de la nada.....

He limpiado piadosamente aquel libro venerable, amigo Plunkett, y lo he puesto en mi cuarto, dentro de mi *secrétaire*. Lo he abierto después algunas veces, pero pocas, por miedo de estropearlo, por temor de que aquel encanto de los meses de Mayo de otros tiempos, que duerme bajo el pergamino amarillento, no fuese desapareciendo poco á poco de entre las hojas, por abrirlas demasiado á menudo.....

Plunkett.--Por casualidad, mi querido Loti, es una flor linda y fresca la que me acaba usted de mandar—por más que sea una flor de cien años. Yo también intentaría á veces enviárselas á usted menos ajadas, si nouviésemos la costumbre de deshojarlas en cuanto las recibimos, para tirárnoslas mutuamente á la cabeza. Ultimamente, yo esplanaba una teoría fisiológica muy interesante, y usted empezó á gritar que era un *hueso de muerto*, y que le daba miedo; y después me ha interrumpido usted con un cuento árabe, que producía sueño, sin dejarme tiempo de deducir las conclusiones.

«Nosotros somos máquinas,» había yo dicho—y esta es una verdad, digna á fe de monsieur de la Palisse, que es uno de mis autores favoritos. ¿Pero

no somos nada más?... Siempre es este el punto de interrogación terrible, y convendría tratar de no permanecer en él. Después de haber pensado en todo, esforcémonos en elevarnos hasta la contemplación de *otra cosa*, donde nuestro pensamiento pueda detenerse y reposar en paz.

La máquina que destila el pensamiento, el amor, es felizmente inexplicable todavía. Si desde los fenómenos cerebrales observables pasamos á los de la conciencia, *pensamientos ó voliciones*, encontraremos siempre, entre unos y otros, lo incomprendible, el abismo.

La filosofía moderna nos dice que los fenómenos morales y mentales son las dos fases, *objetiva y subjetiva*, de la misma cosa, que es la *actividad del ser humano*. Pero ¿comprenderemos mejor una cosa ininteligible, porque la digamos en una fórmula concisa? Y he aquí siempre el término á donde conduce toda filosofía y toda ciencia: la más grandiosa de las formas, que puede revestir á los ojos de nuestro espíritu, lo Inconcebible, lo Incomprensible, lo Incognoscible.....

Nos abismamos hasta las últimas profundidades; y una vez allí, nos debatimos en dificultades penosas, en medio de conjeturas infantiles.....

Y bien: yo no encuentro, sin embargo, tan mala,

tan inservible, como usted quiere decir, esta moderna filosofía: nos lleva, al menos, á la manifestación evidente de nuestra ignorancia completa y nuestra incapacidad para salir de ella. Y esto ya es algo, mi querido Loti, porque deja un campo infinito, abierto al corazón y á la fantasía, y afirma la noción de eso *Incognoscible*, que puede ser Dios!.....

Las religiones nacen de este sentimiento de lo incognoscible. Son interpretaciones groseras ó sencillas de él: son períodos de la evolución del espíritu humano. El espíritu en nosotros, seres perfeccionados, va más lejos que ellas; no puede acomodarse á sus dioses. Pero aproximándonos más que lo han hecho las religiones del pasado á los límites de la concepción humana, vemos también más claramente estos límites que se levantan ante nosotros infranqueables, misteriosos—y detrás de los cuales debe haber un Dios. El Dios verdadero está más arriba y más lejos de lo que dicen los cristianos; separamos, sin embargo, que es imposible que no haya uno, y hagamos lo que ellos: *Adorémosle*.

Que sirvan estas conclusiones para disipar las incertidumbres y los dolores. Elévese usted sobre las cosas vulgares, y repose en el seno de estas hermosas contemplaciones. Descubrirá usted en ellas un

encanto consolador, que acaso le haga un día amar la vida.....

Sexto diente de león.

Loti.—He soñado, amigo Plumkett, que le iban á hacer á usted la operación del trépano, y era un carpintero, marinero de nuestro barco, el que ejecutaba este trabajo, según las indicaciones de un médico alienista á quien habíamos consultado. Yo cumplía cerca de usted mi oficio de amigo: durante la operación le hacía á usted compañía y le animaba con buenas palabras. Su cabeza de usted producía un sonidito hueco y cascado, como un coco hendido. Cuando estuvo hecho el agujero, vimos aparecer en la abertura las antenas de un gran escarabajo, que había construido su nido en la masa cerebral de usted. Entonces nos retiramos discretamente el operador y yo, para no interrumpir, y el animal salió. Después de aquél vino un segundo, después dos, luego tres, diez..... Salieron muchos, y por último, algunas arañas también.

«¡Ah! ¡ya me encuentro mejor!»—dijo usted. En efecto; emitía usted ideas que tenían cierta correlación, y hasta que no carecían de sentido común. Entonces experimenté una sensación penetrante,

que me despertó..... Estaba acostado sobre los almohadones del sofá, donde me había dormido después de la fatiga de una noche de guardia. Usted estaba sentado cerca de una portañola, rodeado de algunos otros que le escuchaban.

Les hablaba usted de Kant y de Spinoza, de la razón pura y de la razón práctica..... Entonces comprendí que había estado soñando.....

A cada momento me dice usted, amigo Plumkett, que la más alta filosofía puede ser resumida por las dos enunciaciones siguientes: «Nosotros no comprendemos nada de nada;» «nosotros no sabemos nada de nada.»

Muy exacto, querido maestro; sólo que ya lo sabíamos hace mucho tiempo. Y vístase el asunto como se quiera, para darle un *encanto consolador*, nada podrá oponerse á estas dos verdades.

Hay en un punto de las costas de nuestro país una isla arenosa, comarca que no tiene ninguna belleza apreciable, y de la que no quiero hacer á usted una descripción muy larga. Bosques de pinos, por donde pasa el viento de la mar: salinas donde, durante los cálidos días del estío, la sal, cuidadosamente recogida en pequeños montones, blancos como la nieve, despiden un olor particular que los aldeanos llaman «olor de violeta,» y que se parece,

en efecto, al de las violetas agrestes;—y alondras á millares, cantando en toda estación, á grito herido, su canción alegre y elevándose hasta el cielo.

Grandes playas de arena, batidas y removidas á menudo por las olas del Oeste; sobre las dunas, alfombras de violetas y claveles color de rosa, tan olorosos, que envían su perfume, á lo lejos, á las embarcaciones que pasan. Pueblos de pescadores, con casitas bajas, muy bajas, como hundidas en el suelo, por temor á las ráfagas y ventarrones que soplan del Océano; pobres pueblecillos blanqueados, como los pueblos árabes, limpios hasta el extremo, con alelís, rosas, florecillas brotando por todas partes, entre el pavimento blanco de sus pequeñas y solitarias calles. Los hombres, ennegrecidos por el sol y el viento del mar. Las ancianas, con grandes cofias blancas. En todas las cosas un encanto de sencilla honestidad, modesta y patriarcal. Estos detalles son muy pueriles, ¿no es cierto, según la filosofía de usted?.....

Yo sueño con aquel país en este momento, amigo Plumkett, porque es allí donde he experimentado en otro tiempo las impresiones religiosas más vivas. Es el país de mi familia, y cuando era niño me llevaban algunas veces á esta isla, en la que poseíamos unas salinas.

Es aquella una tierra de infieles, y mis antepasados, que lo habían sido también, dormían el sueño eterno en un pequeño cercado particular, como era costumbre antigua en las familias heréticas, para las cuales estaban cerrados los cementerios próximos á las iglesias. En aquellos templos del campo, blancos y sencillos, como las aldeas, y bañados por el sol, es donde, siendo niño, me he sentido más cerca de esa figura radiosa que se llama Cristo. Me acuerdo también de cierta imagen pintada que, en mis primeros años, tenía para mí un encanto incomparable, y la cual prefería á las láminas iluminadas y doradas de los mejores libros. Representaba á Cristo, sentado sobre una piedra, atrayendo á sí á algunos niños hebreos que llevaban los pies desnudos. Tenía escrito encima aquel pasaje del Evangelio: «Dejad venir á mí á los niños.»—Detrás del Cristo había un paisaje de la tierra de Canaan: un campo árido y pedregoso, una melancolía de abandono en la cálida luz; un no sé qué de inexplicable que me hizo comprender la Judea....

Más tarde, cuando he visto por mis ojos el Oriente bíblico, he encontrado allí esta melancolía y esta luz que había adivinado ya; he visto vivo el país de mis ensueños infantiles..... Solamente la fé no exis-

tía en mí ya, y era entonces el Islám lo que ocupaba mi imaginación.....

¡Era muy bella, amigo Plunkett, aquella imagen representando á Jesús y á los pequeñuelos de Israel! ¡Y qué luminosas irradiaciones tenían en otro tiempo estos nombres, casi divinos: Belén, Getsemaní, Gólgota!..... Cuando comencé á creer se oscureció, se borró muy de prisa ese Cristo de mi mente, por los predicadores plañideros, por los libros absurdos, por todo ese séquito incoloro que se arrastra detrás de su personalidad luminosa—y me encogí de hombros—perdiendo la fé por completo.

Hasta pasado largo tiempo, cuando ya fui hombre, no supe desligarlo de esa confusión y de esas gentes mezquinas, para encontrarlo puro y bello, y rendir todavía á aquel Dios, maltratado y herido, un homenaje de admiración.....

Bajo una forma más pagana, más tenebrosa, he encontrado aún al Cristo, en otra época de mi vida, en las iglesias de granito de las aldeas bretonas.— ¡Oh! aquellas viejas capillas, aisladas y misteriosas en los bosques de hayas, y aquellos calvarios en los rincones de los caminos, que encontrábamos por la tarde en nuestros paseos de verano, mi hermano Ives y yo..... ¿Es que todo aquello está vacío, que

no es nada?.... Llegará tiempo en que no habrá allí más que las plegarias de tantas generaciones, plegarias por los muertos, plegarias de confianza ó de agonía, flotando como espíritus en la noche en torno del granito secular....

No quiero hablar á usted de los mártires cristianos; su época es anterior á nosotros, y no podemos comprenderlos apenas. Pero en nuestro siglo y en nuestra generación—yo pienso en estos desterrados, en esos jóvenes, compañeros nuestros, que he visto morir por todas partes, arrastrados por las heridas, las fiebres, los contagios, los excesos; he visto filósofos, como usted, oprimidos por la agonía final, retoreciéndose las manos en angustias horribles—y otros pobres marineros—los más sencillos—pasar á la nada, tranquilos, tendiendo los brazos á Cristo, con una plegaria infantil, con una sonrisa inexpresable, ante el momento supremo de los temores.

Todo esto es exacto, lo concedo; todo me causa piedad—pero no veo nada con que sustituirlo—y, por tanto, déjeme usted tranquilo con su filosofía, que me fastidia....

Plunkett.—Muy *Musset* está todo eso, mi pobre Loti; muy *dicho* y *redicho*.—Hasta demasiado, *Musset*; pero le perdono á usted, porque sería necesario

que el hombre dejase de ser hombre, para que no volviera todos los días sobre las mismas cosas. Es preciso que usted se convenza de que hay una poesía necia, como hay una filosofía necia; y, en una palabra, que todo acaba por ser necio.

Loti.—Mi cielo ha ido cada vez poniéndose más sombrío, *Plunkett*, desde la época ya lejana en que ví extinguirse esta imagen del Cristo, que iluminaba dulcemente mi infancia. Al presente, procuro vivir entre amigos extraordinariamente sencillos—de esas gentes que crecen como las plantas sanas dan sus frutos, y después saben morir cuando llega la hora.—Las gentes sencillas, las cosas sencillas, esto me da reposo y me refresca; después de haber sido el muchacho más complicado del mundo, vuelvo dulcemente la vista al modo de ser de los más primitivos. Y qué pesado es tratar á personas como usted y como yo.—Qué extravagantes, inútiles y desconcertadas parecen nuestras existencias al lado de las de estos amigos sencillos que he escogido....

Solamente que es demasiado tarde, ¡ay! para volverse sano, como ellos; ya no es posible.

Tengo mucho que hacer para llegar á su estado primitivo; estoy siempre entre ellos, como haciendo una comedia; por encima de sus cabezas veo á

lo lejos las profundidades sombrías que ellos no saben ver—y entonces maldigo con toda la amargura de mi alma á los hombres y á la casualidad que me han hecho lo que soy.....

Ni aún el amor sé sentirlo como lo sienten aquellos que han permanecido sencillos. Para mí aparece mezclado con algo de extraordinario y mortal; una preocupación del *más allá*, una angustia, una inquietud de ver que todo se acaba.....

¡Oh! ¡habla usted de lo incognoscible!..... ¿Pero qué nuevo misterio es éste? ¿De dónde proviene ese encanto poderosísimo que tienen los seres hermosos? ¿de quién son la imagen? ¿qué hay de radiante en torno de esos mármoles, que después de vivir siglos y siglos, permanecen eternamente admirables? ¿qué hay en esas estatuas griegas, en esas Venus, en esos torsos de las mujeres antiguas? Lo único que no engaña es la juventud, la belleza visible de las criaturas terrestres..... Yo creo que esta forma de lo *Incognoscible* es la más poderosa, la más manifiesta para nosotros—y la adoro..... Y esta adoración no es solamente material; es un sentimiento supremo, sublime, que me dá por instantes la noción del infinito y de Dios.—Si el alma existe, en el amor es donde mejor he comprendido su presencia, donde más la he sentido amalgamada con mi carne.....

¿Qué es lo que yo quería de esas muchachas á quienes he amado, nacidas en diferentes países de la tierra—pobres salvajes á veces—ó recogidas en las calles, simplemente porque eran bellas? ¿qué es lo que yo deseaba de ellas? ¿Cree usted que nada más que su forma admirable? ¡Oh! no era eso sólo, porque yo las amaba, las he amado tanto algunas veces, que hubiera querido morir con ellas, darles una fe y una creencia en Dios, y conducir las á otra vida, confundidas eternamente conmigo.....

Cuando vuelvo la vista atrás y las encuentro en mi memoria, me avergüenzo de haberlas podido olvidar, de no recordar la expresión adorada de sus ojos ni el encanto de su país, amado por su causa, ni nuestros sueños de fe y de eternidad; este olvido me confunde y me dá conciencia de lo que es la nada humana, y comprendo que soy un sér miserable, impotente para encontrar y conservar ese *algo* de que tengo sed—impotente para aproximarme á lo *Incognoscible*—incapaz de eternidad.....

¡El amor!..... Es, en suma, lo que ha quedado después del aniquilamiento de todo.—El amor, sin el cual no hay más que sombra y muerte.—El amor, que ha cambiado para mí los aspectos de las cosas, de los países, que me ha hecho deliciosas las miserias y me ha envenenado las prosperidades.....

El amor, que me ha embellecido ciertas comarcas de la tierra, con ese encanto misterioso que me he esforzado inútilmente en comprender, en fijar, en traducir, por humanas palabras.... En suma, yo no he vivido más que por el amor—en la vida no veo más que el amor....

Y antes de que termine mi juventud, quisiera que me enterrasen en la misma fosa que aquella á quien ahora amo, pues temo que esta forma de lo *Incognoscible*, que trato de abrazar en ella, se me escape todavía y caiga de nuevo en el vacío; temo dejar de amarla, temo que los años, que vendrán lentamente, nos debiliten y nos hundan en la nada. Estoy tan cansado de ensayarlo todo, tan fatigado de abrir mis brazos para aprisionarlo, que aceptaría con gozo esta muerte y esta sepultura de los años unidos mientras somos jóvenes. Aquí acabaría todo, y yo me complacería de este fin. Querría solamente que se la modelase antes en mármol, para mostrar aún á las generaciones venideras cuánta era su belleza.... Y sobre este mármol, que sería de color de ámbar, yo trazaría en torno de sus ojos un rasgo negro—para imitar la sombra de sus pestañas, más espesas que las pestañas pintadas de las mujeres árabes—para darle ese no sé qué que hay en su mirada, y que adoro sin poderlo explicar; ese

no sé qué, que es raro y delicioso—sobre todo cuando se la mira de cerca, muy de cerca; cuando casi se la toca.

Quisiera que en la fosa la echaran sobre mí, para que la descomposición de su cuerpo pasase á través del mio.... Pero no en esos cementerios saturados de muertos, en ese suelo donde se pudren en confusión todos los restos humanos, no; en cualquier sitio de los bosques, donde estuviésemos solos para hundirnos juntos en la tierra y pasar á las raíces, á las ramas, á las musgosas. Es pueril, es vulgar lo que escribo, Plumkett; se ha dicho y redicho, antes que usted y yo hubiéramos abierto los ojos al sol de este mundo.... Pero, ¡qué quiere usted! En nuestra época gastada no se puede pensar nada nuevo, nada que no haya servido ya á todo el mundo.... Y yo siento todo esto tan vivamente, que quisiera ser capaz de expresarlo de una manera más conmovedora que aquellos que han pasado antes que nosotros por la tierra....

.....
El Cristo.... Me acuerdo del día en que confesé este nombre por la última vez de mi vida.... Fue durante el tiempo que permanecí en Stambul. Había admitido en mi casa á un vagabundo israelita, pobre muchacho que había jugado su vida y aban-

donado su país por seguirme..... y después, un día que me sentía malo, perverso—yo no sé por qué, le despedí. Se fué, dirigiéndome una mirada de angustia inolvidable. Y luego, acordándose de que la capa que llevaba era mía, se la quitó y la dejó en el suelo antes de traspasar la puerta. Era una mañana de invierno; vestido como un pobre y con el frío de Diciembre, se iba resueltamente y sin mirar atrás.

Pero cuando estuvo lejos, sentí que me encontraba solo en Stambul, y que aquel servidor despedido era el único amigo que tenía en el país. Sobre todo, el remordimiento de mi mala acción me oprimía el alma. Allá abajo, al otro extremo de aquella gran ciudad, en la escala del viejo Serrallo, había embarcaciones dispuestas para marchar á Salónica, su país. Pensé que habría ido á embarcarse allí, y salí corriendo, con el temor de llegar tarde. Pregunté, interrogué á todo el mundo, á los bateleros que conocíamos y á los patrones de los barcos. Nadie le había visto. Uno de ellos, que era amigo suyo, me dijo: «Vaya usted á preguntar al rabino Ezequiel, de la sinagoga de Balata, que le había tomado cariño; estará en su casa, sin duda.» Cuando llegué al cuartel judío de Balata, era la tarde de un sábado; un verdadero crepúsculo de invierno, el

primero del año, caía como un sudario; esta primera impresión de frío sorprendió y heló mi imaginación.

Hacía un frío penetrante, sin un soplo de aire; el cielo estaba gris, todo igual, y presagiaba nieve muy próxima. La gran ciudad oriental, que las gentes se representan á distancia enteramente blanca bajo su ardiente sol, tenía una obscuridad profunda bajo aquella bóveda plomiza. La tierra y el empedrado de las calles estaban negros; todas las casas viejas de madera, altas, panzudas, deformadas, resquebrajadas—estaban negras también ó pintadas de ocre sombrío y de moreno rojo. No había fresco ni brillante, en medio de aquella vetustez oscura, más que los trajes de los judíos que se paseaban, desocupados, por las silenciosas callejuelas, guardando la inacción impuesta para el sábado.

Estaban vestidos con sus largos trajes de fiesta, en los que había grandes contrastes de colores muy brillantes. Unos eran de color de naranja con pieles negras, azules con pieles amarillas, verde y rosa guarnecidos de maría y negros guarnecidos de armiño.

Todos eran vendedores del gran bazar y hablaban en voz baja de sus negocios suspendidos; se paseaban lentamente, con las babuchas en chaqueta,

como con miedo de mancharse con la tierra negra de aquellas calles, recelosos de estropear sus vestidos claros, y miraban arriba, en aquel cielo, el anuncio de la nieve que iba á caer.

Andaban con aire sosegado, taciturno, con ese aspecto humilde de animal perseguido, que han tomado los judíos en los países musulmanes, donde se los tiene bajo el látigo como á los perros. Yo me había perdido, y pregunté el camino de la sinagoga, que me indicaron mirándome con aire sospechoso.

Era casi de noche cuando entré en aquella sinagoga subterránea, enterrada como todos los edificios sobre los que han pasado los siglos. Hendiduras en las bóvedas, un olor acre de moho y de polvo. Dorados viejos, cosas caducas y extrañas que se confundían en la obscuridad. El candelabro de siete brazos, poco diferente, sin duda, del del templo de Salomón, destacaba á favor de un último rayo de luz, su contorno rígido y extraño de objeto simbólico. Las inscripciones de las paredes estaban formadas por esos caracteres milenarios, con los cuales se escribe el nombre de Jehová en el centro del triángulo misterioso, que significa Dios. Todo aquello impresionaba y producía el sentimiento del santuario del pueblo judío, de la noche y de los terrores místicos del pasado.

Los sacerdotes de Israel estaban sentados en el fondo, cerca del Tabernáculo. Les pregunté por el rabino Ezequiel; entonces uno de ellos me condujo á una cripta baja con las paredes cubiertas de inscripciones hebreas. Y llamó: ¡Ezequiel!

Un anciano con barba blanca vino hacia mí, y preguntó: ¿Qué me quieres? Me han dicho que tú sabes dónde está Samuel, hijo de Abraham, de Salónica.

—Quizá..... Sí, está en mi casa. Entonces, ¿eres tú quien le ha despedido?.....»

Y después, bajando la voz, acercándoseme mucho y fijando en mí sus pupilas penetrantes, dijo:

—¿Eres tú israelita?

—No,—respondí yo, estremeciéndome á esta pregunta, que hacía revivir todos mis recuerdos bíblicos.

—¿Eres cristiano ó mahometano?

Iba á responderle: mahometano, porque llevaba el gorro turco, y era mi diversión por entonces el jugar al musulmán, sobre todo, á la vista de los judíos. Pero me pareció de pronto que iba á cometer un odioso perjurio. No me atreví á tanto y respondí: «¡Cristiano!,» confesando aun una vez este nombre de dulzura extraña, que no es comparable á ninguno de los nombres de la tierra, y por el cual, si yo hubiera tenido fé, hubiese ido gozosamente á

buscar la muerte de los misioneros en las vanguardias del cristianismo....

Plumkett.—Me he dormido durante su historia de usted, Loti; y por esto siento mucho no poder demostrarle todo el interés que hubiera tomado ciertamente por ella. Me he dormido, y como usted, he tenido un ensueño. Soñaba que estaba en cátedra, delante de una numerosa concurrencia, en una sala que me parecía ser una de las de la Sorbona. El asunto de que trataba era: *De la embriogenia en el cerdo de la India*. Había señoras que tomaban apuntes en sus cuadernos, y el auditorio parecía estar enteramente cautivado.

Satisfecho de mi éxito, pensaba deslizar en aquel curso de historia natural una palabra agradable dirigida á usted. Sabiendo que un notable conferenciante ha establecido relaciones entre usted y el fénix, yo, que no creo en los animales fabulosos, prefería compararle al *ornitorrinco*, animal extraño, pero real; punto aislado en el mundo de los irracionales, como usted lo es en la fauna antropológica de nuestros climas.

En aquel momento me sentí sacudido por la manga, y caí al punto en ese estado intermedio entre el sueño y la realidad, que en usted es, así lo creo, casi permanente.

A través de aquellas visiones incoherentes y confusas de las que no pueden dar cuenta ninguna clase de palabras, como usted dice bien, oí estas frases burlonas:

¡Choui dio Koola, choui dio Koola!....—No era el chocolate tradicional el que me ofrecían, mi querido Loti, porque yo me despertaba en Pekin, en una celda del monasterio de los Padres Lazaristas. Nó; era una taza de té verde, llamado *Soutchong-tcha* que me ofrecía *Y-ko-yentsing* (un ojo solo), antiguo rey de los truanes de la corte de los milagros de Pekin, recientemente tocado por la gracia eficaz y convertido en doméstico en casa de los buenos padres.

En su lenguaje gangoso, y con cierta cadencia, *Y-ko-yentsing* me dijo que el tiempo era bueno para la estación (estábamos en Enero y á 25 grados bajo cero); que los caballos esperaban en el prado; y, en fin, que era la hora de levantarme para ponerme en camino. (La víspera, algunos buenos padres y yo habíamos formado el proyecto de ir á almorzar al *Yen-ming-yuen* ó *Jardín de la luz esférica*, que es el antiguo palacio de verano de los emperadores chinos).

Charlando mucho, *Un ojo solo* me iba dando una á una las diversas piezas de mi traje, y yo me ves-

tía con gran frío, metido bajo los cobertores de pieles. En sus idas y venidas, cada vez que pasaba por delante de una lámina sencilla, que adornaba las paredes de la celda, *Un ojo solo* hacía un profundo saludo á la romana, y se santiguaba devotamente. Aquella lámina representaba la Sagrada Familia: una Virgen vestida y peinada á la china, teniendo en sus brazos un Niño Jesus chino, cuya cabeza estaba ornada de dos mechoncillos de cabellos y de una aureola amarilla: un buen viejo, San José, con largos bigotes y larga cabellera, que contemplaba, con aire paternal, á la madre y al hijo.

Perfectamente sumergido en las profundidades de mi cama de pieles, estremeciéndome de frío, miraba hacia afuera. En efecto, el tiempo era bueno para la estación. Por la ventana se veía, bajo un cielo puro, un rincón del parque de la Misión, con sus veredillas en escalones, formando caprichosos laberintos entre los árboles enanos y las rocas.

Aquí y allá se elevaban elegantes kioscos calados y asientos rústicos. Un hermoso sol de invierno penetraba por entre las ramas de los árboles retorcidos, y contorneados en fantástica confusión, arrojando á través de esta espesura frías luces matinales.

Era aquél uno de esos paisajes de líneas amanecidas é inverosímiles, que los chinos pintan con oro sobre sus objetos de laca, pero vivía una vida mágica, entre las claridades rosadas, y la luz helada del amanecer de un día glacial.

Y-ko-yentsing me contemplaba con su ojo único, atravesado de un modo irrisorio sobre un rincón de aquella cara ancha como si lo hubiese pintado un caricaturista ébrio, con una pincelada mal segura.

«Evidentemente, me decía yo, esta gente no se nos parece en nada: es indudable que no proceden de los mismos monos que nosotros; la naturaleza debe parecerles inclinada á 45°, y sus ideas sobre las cosas deben resentirse de ello.» En aquel momento, el reverendo padre Samolto, un padre italiano, el sabio y el bibliotecario de la Misión, entró en mi celda y le comuniqué mis reflexiones.

—¡Ay! mi querido hijo—me dijo—¿á quién habla usted? De los quinientos millones de habitantes que encierra este imperio, hay cuatrocientos ochenta y nueve y medio que viven en las más espesas tinieblas de la idolatría. No me parece enteramente evidente que sus errores dependan de la oblicuidad de los ojos, porque salvo excepción, tienen habitualmente dos que están dirigidos en sen-

tido contrario, de tal suerte, que en caso de necesidad, el uno podría corregir al otro; y yo no sé que la gracia de Dios, que disipa el error, haya necesitado para eso enderezar los ojos á los chinos, á quienes ha conmovido. Pero no hagamos juicios temerarios, mi querido hijo, sobre las cosas que plugo á la Providencia dejarnos ignorar.....

Abajo, en la iglesia, estaban diciendo misa. Los hombres y mujeres cristianos cantaban gangosamente interminables cánticos en chino, á manera de quejas melancólicas.

Los hombres se detenían, y entonces era el coro de mujeres el que seguía y su gangueo más tembloroso, más agudo, hacía más lastimera aún aquella melancolía vaga, que variaba sobre una gama incompleta, en una especie de desentono perpétuo. Cantaban, según creo, la letanía de la Virgen: *Domus aurea! Turris eburnea! Janua caeli! Foederis arca!* etcétera, un latin muy enfático y oscuro, traducido al uso de los breviarios chinos.....

En realidad, parecían cantar algo semejante á esto:

«Cuando somos pequeñas, los muchachos nos pegan; nuestros padres nos pegan y nuestras madres

nos pegan; nos dicen que no tenemos alma, y nos oprimen los piés para hacer más difíciles nuestros movimientos.»

«Cuando somos mayores nos venden á un hombre, á quien no hemos visto nunca, que nos conduce en una silla cerrada; se acuesta con nosotras, y nos pega si no le agradamos. Allí hay también otras mujeres, y nos pegamos unas con otras.»

«Los buenos padres dicen á nuestros maridos que tenemos un alma como ellos, y que no es bien hecho pegarnos tanto. ¡Bendigamos á los buenos padres!»

Después, una violenta descarga de fusilería, acompañada de fuertes chillidos, vino á cortar esta melopea lúgubre, al mismo tiempo que *Un ojo solo* se arrojaba vivamente al suelo. Era la *Elevación*, y los fieles disparaban petardos en señal de alegría.

—*Ave fili carissime!* ¡Buenos días, señor Plumkett!

—¡Buenos días, padre mío! *Ave Pater Ou!* ¡Buenos días, padre Mouchette! *Ave Pater Chou!*

—*Quomodo vales fili? Bene dormisti?.....*

—*Optime Patres carissimi.*

.....Todos estos amigables buenos días se cambiaban rápidamente en el patio, al salir de la misa.

Los buenos padres chinos me hacen amables saludos, levantando y bajando sus puños cerrados: yo contesto del mismo modo, y monté sobre un animalito mogol, que tenía larga crin, larga cola y una verdadera piel de oso.

La cabalgata, compuesta de los sacerdotes On y Chou; de los padres Samolto, Mouchette y de mí mismo, se puso en marcha, precedida del Má-fou (escudero), y seguida del carro de las vituallas, en el que iba montado el padre Yang, buen eclesiástico, embutido en un largo traje forrado de pieles y con anchas mangas.

El *Yang* es en la cosmogonía china el *Príncipe varón* que, unido al *Yeng* ó *Príncipe hembra*, ha engendrado el universo.

Al trote largo, con un repiqueteo estrepitoso de cascabeles y campanillas, el cortejo se metió en calles tortuosas, sembradas de inmundicias, restos animales y vegetales, perros muertos y perros vivos.

Detrás de nosotros queda el palacio inmenso del *Hijo del Cielo*; se distingue el extremo de sus murallas misteriosas, que ningún europeo ha franqueado. Está todavía dormido en su inusitado esplendor, y

á sus piés el *Lago de los Lotos* está empañado y muerto bajo el hielo de Enero.

Se experimenta una especie de malestar indefinible, pensando en la inmensidad de esta ciudad, que se despierta en la clara mañana; se siente uno como oprimido por ese dédalo cerrado, confuso, intricable, que se adivina en torno nuestro, y que ocupa mayor extensión que la más grande de nuestras capitales de Europa.

Los perros ladran con furor á nuestro paso, y atacan amenazadores á las patas de nuestras cabalgaduras, cuya marcha se torna inquieta é irregular. Salen de todas las callejuelas y callejones, de todas las cloacas, y nos persiguen en numeroso grupo, mostrándonos sus dientes agudos, que tienen hambre de morder.

En las puertas de las casas bajas, de ladrillo par-
duzo, aparecen ya algunos rostros de jóvenes tártaras que acababan de levantarse. Sus anchas caras de luna llena, embadurnadas de bermellón, se dirigen hacia nosotros, y nos miran curiosamente; tienen aire receloso, infantil y asombrado, á la vista de aquel carnaval de Occidente que pasa.

Los tonos fuertes y chillones de sus anchas casa-

cas y sus pantalones bombachos se destacan sobre el color pardo de las paredes; todas ellas se sostienen difícilmente sobre sus piés, demasiado pequeños, en esas posturas ridículas que tienen las figurillas de las pantallas.

Aquellas imágenes pasan rápidamente á nuestra vista, y desaparecen mientras nosotros nos encontramos aún en interminables series de calles desiertas.

Estamos en la *Ciudad Amarilla* ó ciudad imperial, y todos aquellos barrios viejos y muertos tienen caracter aristocrático. Paredes, y paredes que no se acaban nunca; paredes encorbadas de vejez, tapizadas de musgo y de plantas.

Detrás de ellas hay parques inmensos, en los que se ha hecho con gran esfuerzo una naturaleza artificial y extravagante al uso chino.

De trecho en trecho hay puertas con pilastras enormes y pesados marcos de encina, carcomidos por el tiempo. Tienen todas estas puertas techos ridículos; techos amarillos, cuyos ángulos extremos se levantan hacia el cielo en caprichosos garabatos, en formas confusas de dragones y de monstruos. Todas están guardadas por dos animales de

marmol, medio leones, medio quimeras, que tienen una garra posada sobre una bola y miran hacia los paseantes con aire misterioso. Y sobre todo aquello, el vecino desierto ha impreso su marca. Una capa de polvo gris borra los antiguos colores, los antiguos dorados, y extingue los extraños adornos aplicados sobre aquellos *Ya men* ó puertas de los palacios, por los pintores de otros tiempos.

—Vamos al trote largo por aquí—dijo el reverendo padre Samolto—porque más adelante los escombros nos retardarán la marcha.

Loti.—¡Ah! Sí, Plumkett; apresúrese usted, amigo mio: piense usted que no está aún más que en el medio de la *Ciudad Amarilla*, en la cual sigue usted todavía el camino de los estudiantes. Tiene usted que atravesar aún, si mis recuerdos no mienten, toda la *Ciudad Roja*, antes de llegar á *Si-tche-men* ó la *Puerta directa del Occidente*. Y si usted continúa, no saldrá nunca de esa *Ciudad Roja*.

Plumkett.—Hemos aquí en un gran *boulevard*, que corre del Este al Oeste. Todo Pekín está orientado, según los cuatro puntos cardinales magnéticos; los mogoles, que lo han erigido, ignoraban el error de declinación, que es de 1° 30'.

En la dirección de *Si-tche-men*, y buscando la Puerta del Occidente, que nos dará acceso al cam-

po, seguimos en este momento una gran arteria recta, enteramente orlada de palacios; á medida que avanzamos, alineaciones de edificios monumentales é imponentes surgen de los torbellinos de polvo, de las confusiones de la bruma luminosa; una doble fila de árboles, cubiertos de escarcha, se prolonga delante de nosotros en perspectiva indefinida — y á cada lado, hay siempre los mismos grandes muros, las mismas grandes puertas, con sus tejadillos erizados de quimeras y de monstruos; los mismos leones de mármol sentados en el suelo y enseñando los dientes á las gentes que pasan.

Aquellos *Ta-men* son las academias, los ministerios, los tribunales, los templos, los conventos de sacerdotes tártaros.

Uno es el colegio de los *Han-lin*, ó académicos de los diez mil pinceles; otro el *Li-pou*, ó tribunal de los ritos; el *Tsong-li-ya-men*, ó ministerio de las relaciones con los pueblos bárbaros; el *Kouan-ti-mino*, ó templo del genio *Kouanyu*; el *Sian-yeou-koung*, donde se hacen sacrificios á la Estrella Polar; el *Siangfang*, ó morada de los elefantes; el ministerio de la música, el ministerio de la marina y de los diez y ocho ejercicios del cuerpo, etc., etc.

A medida que la hora avanza, el *boulevard* se

anima; carretas, aldeanos montados en burros; caballeros montados en caballitos mogoles, con la crin suelta, con cabezas grandes y aspecto de astucia, y truhanería como caballos sabios.

Hay gente, mucha gente, el *boulevard* se ha llenado; esto vuelve á la vida.

Ginetes van y vienen, precedidos de *Má-fous* con librea, al gran trote de sus caballitos de cara alegre y picaresca. Van encogidos y envueltos en sus largos jubones y como acurrucados sobre la alta silla, calzando hasta los talones sus cortos estribos. Llevan vestidos de seda, guarnecidos de pieles preciosas y las botas de terciopelo negro, cuyos puntagudos extremos se levantan sobre la cabalgadura, dejando ver unas gruesas suelas, de immaculada blancura, hechas de papeles superpuestos.

Tienen todos ellos las fisonomías muy chinas; pero con una especie de distinción particular de la clase elevada. Nos miran pasar con cierto aire de asombro y con una expresión imperceptible de ironía. En su aspecto, sin embargo, no hay nada que no sea benévolo y cortés; pero el rito asiático está siempre en vigor, hasta en sus fisonomías dulces y aristocráticas: hay un abismo infranqueable entre

esta Asia antigua, que vive siempre lo mismo, y nosotros que, aunque nacidos ayer, ya lo hemos cambiado todo.

Arboles viejos, verdes y torcidos; tejados inclinados y medio hundidos; rostros de chinos con los ojos oblicuos; existe cierta afinidad en todo esto.

Todo el Oriente antediluviano, que conserva restos y vestigios de un pasado floreciente hacia la época del Diluvio, glorioso en los tiempos de Sesostris, de Ciro, de Alejandro, de Teodosio y de Carlo Magno, y que ha seguido engrandeciéndose siempre, aun hoy parece hacerle un gesto misterioso á nuestro Occidente, en el que veinte civilizaciones se han quebrantado y otras nuevas se han edificado sobre sus ruinas.

Oriente y Occidente: uno á otro se miran, como el que compone las plegarias de los sacerdotes del Thibet miraría un telégrafo Morse; se miran con desdén y lástima, como uno de esos leones de mármol que se ven en las puertas de un *Ya-men*, miraría una esfinge de Egipto; como un *fetiche* australiano miraría el Crucifijo sangriento de la Santa Inquisición.

Y por todas partes, en ese conjunto extrabóptico é irregular que se llama el mundo; por todas partes, las mismas discordancias estridentes, confun-

diendo la razón humana; la antorcha de los Parsis, al lado de la cruzada de Mahomet; el divino *kemboko*, el Priapo que se venera en Ni-Pon y la Hostia eucarística adorada por los católicos romanos. Oposición de enigmas, embrollo de creencias, caos de teogonías, en el seno del cual se eleva, glacial como la muerte, el materialismo, derivado de la ciencia positiva que todo lo simplifica, suprimiendo todo.

Y todo aquello que cincuenta siglos han adorado era Dios..... Y yo pienso en ese *todo aquello* que se me aparece, por la última vez quizá, bajo una forma nueva más enigmática, más extraña, más sombría. ¿Es *nada*, decididamente *nada*, todo aquello?—¿O bien en que se aleja á medida que nuestras concepciones se extienden para asirlo, que se aleja más que nunca de nosotros en las regiones de lo inaccesible y de lo incomprensible?.....

Ahora, mi querido Loti, experimento esa sensación punzante, que usted también conoce, de alejamiento inmenso de alguna parte, á donde no he ido jamás; de separación de algo que no he conocido nunca; de destierro de algún lugar jamás visto y quizá *incognoscible*, donde he vivido en sueños, ó vaga y sordamente en limbos anteriores.....

—Présteme usted atención, señor Plumkett; he aquí un cortejo que va á pasar; es necesario que nos pongamos en fila, pues si no los lictores podrían atacarnos.

Esta vez es el padre Mouchette quien cortaba el hilo de mis pensamientos.

Se levanta gran polvareda; algunos niños corren como locos, lanzando gritos tan agudos como silbidos de vapor; después van hombres mugrientos, tocando los tan-tantanes; gentes desalentadas, que llevan linternas, en pleno día, colocadas en el extremo de largos palos con arambeles rojos; los alabarderos de los lictores vestidos de negro, con jubon, calzones bombachos y altos sombreros con plumas, agitando con gesticulaciones frenéticas, látigos, martinetes de plomo, cadenas, instrumentos de tortura. Y después avanzan, siempre con el mismo aspecto de desalentados; otros chinos, que llevan en los extremos de largas perchas dragones verdes, abanicos rojos, quimeras y monstruos.

Por fin, el gran personaje así escoltado, aparece en un caballo enjaezado espléndidamente. Es *Lihong-chang*, el virey del *Pétschili*, que viene con todo aparato á visitar á *Kong*, el príncipe regente. Es alto y delgado. Su figura huesosa, con perilla y largos bigotes, tiene expresión astuta y beata. La

pluma de pavo que usan los grandes de la China flota detrás de la borla, color de rosa, que termina su alto tocado oficial.

Toda esta procesión desfila muy de prisa; las gentes de á pié corren; los jinetes van al trote, un trote vivo que hace sonar los cascabeles, esparcir las pobladas crines y mover las largas trenzas, tanto de los caballos como de los hombres.

La placa de oro de la orden del Faisán sube y baja sobre el pecho del poderoso señor, y las esclavinas de los mandarines se agitan como alas al viento.

Ya han pasado.—La escolta desfila rápidamente como la vanguardia; secretarios y escribas van á caballo, todos con su gorro oficial, con una importancia cómica, llevando en forma de bandolera los rollos de papel y los escritorios; después la servidumbre, compuesta de gentes de mala traza, vestidas con oropeles caprichosos—un séquito siniestro, que corre hasta perder el aliento. Y esto es todo. Podemos proseguir nuestro camino.

—*Ecce homo dives opum!* dice el abate *Ou* con tono de admiración.

—*Et potens!* añade el abate *Chou*.

—*Sed crudelis, malus, perditusque vitiis turpibus!* objeta el príncipe varón.

—*Memini me manducavisse olim apud eum*, dije yo en un latín deplorable á los buenos padres. *Mihi dedit bonum vinum de Champagne bibitu, et nidi phitoncle editu.*

Llegamos enfrente de un arco de triunfo, de tres arcadas, pintado de color de sangre y terminado con la inevitable techumbre, cuyos ángulos se levantan formando cabezas de monstruos; es la puerta de la Ciudad Roja.

Aquí todo cambia: parece la entrada de una de aquellas ciudades desmesuradas de las edades que pasaron. El camino continúa á través de esta Ciudad Roja hasta perderse de vista.

No hay más *Ya-men*, pero se ven fachadas extrañas de tiendas, altas como palacios, flanqueadas cada una por dos gigantescos mástiles dorados que sostienen unas bolas, ó bien cabezas de dragones y de quimeras. Grandes frontones de madera calada unen los mástiles entre sí, con un lujo extravagante de colores y dorados.

Otros mástiles, inclinados hacia el centro de la calle, forman por encima de los carros y de los jinetes una especie de bóveda, que se prolonga en interminable perspectiva y de la que penden largas banderas multicolores que ondulan plegándose y desplegándose constantemente por el impulso del viento.

En medio de todo esto, una multitud confusa; miriadas de seres y de cosas que se mueven, que van de un lado á otro como arrastradas por corrientes locas; confusión de colores donde domina el oro; mescolanza, embrollamiento sin fin que se borra á lo lejos en la bruma luminosa, en la humedad glacial de una madrugada de Enero.

Una blanca polvareda flota sobre esta Babel como una nube rosada, y sube hasta desvanecerse en el cielo puro. Y el sol de estos climas extremos arroja sobre todas las cosas su luz potente—un sol tan claro como el de los trópicos, pero frío y como muerto.

Los ruidos se funden en un clamor confuso, producto de exclamaciones, de disputas, de coloquios diferentes sostenidos en todas las lenguas del Asia.

El repiqueteo de millares de campanillas, el rodar de las carretas, los relinchos de los caballos, el ruido monótono del volar de los pájaros que suben y bajan con sus pequeñas arpas eólicas en la cola; el aleteo de los cuervos que atraviesan el aire en grandes bandadas negras.....

Y el viento de invierno sopla con furia, sembrando siempre sobre la inmensa ciudad el polvo del desierto del Mogol.....

Nosotros avanzamos lenta y penosamente á través de las carretas y los jinetes, esforzándonos para no perder de vista el gorrillo gris de nuestro *Má fou* que va abriéndonos camino. Hace prodigios ecuestres con su caballito, que se encabrita ante los obstáculos y dá gritos con su voz aguda: ¡*Koo-lé!* ¡*Koo-lé!* ¡cuidado! ¡cuidado! la cual se pierde en el aire ensordecedor, saturado de ruido como de polvo.

A veces nos hace detener en las enercujadas formadas por otros grandes caminos, que cortan el nuestro en ángulo recto, para dejar pasar interminables filas de camellos, enormes animales de hocico negruzco y largos pelos ralos que caminan sobre sus cuatro miembros ahorquillados, articulados rídiculamente, con aspecto de máquinas desconcertadas. Nos muestran á su paso sus perfiles complicados, que tienen expresiones estúpidas, severas y resignadas.

Los que los conducen son mogoles, descendidos del desierto boreal. Sus caras, anchas y chatas, tienen algo de jovial y rudo, que contrasta agradablemente con la perpetua seriedad china.

Van vestidos con largos trajes color de sangre, que ajustan al talle por cinturones erizados de puñales; en la cabeza llevan una especie de capelinas

de pieles, que terminan en un cono rojo ornado de una borla.

Continuamos nuestro camino bajo la bóveda de los grandes palos de cucaña pintarrajeados y de banderolas de colores, en medio de tibetanos amarillos, coreanos blancos, mogoles rojos, de bonzos vestidos de gris, con la cabeza rapada como los monjes; de kalmucos, de tunguses, de kirghises, que han venido en embajada con motivo del año nuevo á hacer las *Ko-to* (postraciones prescritas por el libro de los diez mil ritos á los pueblos tributarios) delante del Tientze, hijo del cielo, señor feudal de los diez mil reinos.

Seguimos trotando sobre una altura terraplenada, destinada á los caballos y á los carros, que ocupa todo el centro del camino, mientras que á cada lado dos vías más bajas están reservadas á las gentes de á pié.

En torno nuestro hay aún ricos jinetes, envueltos en pieles y enjustillados; todavía más y más carretas azules; señoras distinguidas, en sillas de manos de forma de linterna, conducidas por negros y burgueses, que van con rostro plácido sobre sus borriques de alquiler, seguidos de *Lwi-fous* (borriqueros) que hacen andar á garrotazos á las bestias gritando: ¡*Ta, ta, ta, ta!*

En las vías más bajas de la calzada hay agrupaciones de gente del pueblo, buenos hombres, chinos que permanecen con la boca abierta delante de los osos que danzan, de los funámbulos que dan vueltas, de los saltimbanquis que se tiran al suelo y se descoyuntan horrorosamente.

Las gentes de negocios circulan con grandes anteojos redondos, sobre sus narices pequeñas y romas, pavoneándose con ese aire de los chinos ricos que sudan oro, y no faltan pobres infelices, llenos de necesidad, dispuestos á aprovechar lo que salga. Y tiendas y más tiendas doradas y espléndidas, donde se venden pieles de Mogolia, brocados de plata y oro, telas sin precio, sobre las cuales están bordadas cosas fantásticas con tintas inconcebibles, trozos de esmaltes y viejas mescolanzas que no se pueden comprender; todas las reliquias de un pasado inimaginable, extravagante de riqueza y de color.

Hay también decidores de la buena ventura que la agrupan multitud, y médicos cirujanos operando sobre los maniqués colocados en caballetes. Y casas de banca, donde bulle todo un pueblo de empleados, de cara apergaminada, moviendo febrilmente con el extremo de sus largas y agudas garras las bolas enfiladas de los aritmómetros.

Loti.—¿Es que entró usted al trote de su cabalgadura mogola, cubierta de pieles de oso, en todas esas tiendas y esas casas de banca, Plumkett? ¡Cuánto hartaría con eso á los buenos Padres que se toman el trabajo de cargar con usted!

Plumkett.—No por cierto, querido Loti; pero las emperatrices viudas iban á pasar por un boulevard, perpendicular al nuestro para ir al Templo del Cielo á hacer sacrificios á los dioses manes de su señor; por esta causa estaba cerrado nuestro camino y no pudimos avanzar más.

Esto es fastidioso de leer—dirá usted—y estruja la imaginación esta especie de síntesis óptica y acústica.

Es verdad; muchos detalles de Pekin y nada en general. Una multiplicidad de cosas que atraen la mirada y deben ser descritas tan minuciosamente como han sido hechas.

Describa usted á Pekin á grandes rasgos y rápidamente, y no dirá nada. Aligerar aquello que de suyo es pesado, es suprimirle el carácter. Aquí filas de teatros al aire libre, donde los actores, con ropajes sujetos á la espalda y cabezas de tigre, de dragón ó de leopardo—tiritando detrás de sus caretas, transidos por el viento de invierno—representan con las contorsiones de los endemoniados

escenas del infierno budista que hacen estremecer.

Es tiempo de feria; por todas partes lo burlesco, lo horrible de la diablería comprendida á la china—la revelación para nosotros de un mundo exótico, de pesadillas y de espantos.

Disputas y risas beatas de sacerdote, olor de sándalo; la fetidez acre de los montones de basura helada, y el humo de las varillas de incienso que queman en todas las casas, delante de todas las budas, delante de todos los altaritos.

Lo extraño por todas partes en la forma, en el color, en el ruido: gritos que suenan agrios é irregulares, como los maullidos de los gatos; guitarras que producen rechinamientos tristes, voces de falsete agudo que desentonan; toda una sinfonía chillona y quejumbrosa producida por los tantanes.

Y al fin, un gran torreón encaramado sobre una alta muralla gris y un abismo negro que se abre delante de nosotros. Es *Sitche-men*, la *Puerta directa del Occidente*.

Penetramos lenta y prudentemente en esta caverna, con objeto de que no se rompan las patas nuestros caballos entre las viejas losas desunidas, que datan de *Khalibaï-Khan*, nieto de *Gengiz-Khan*, y fundador de la dinastía de los *Youen*.

Atravesamos este horroroso tunel—después un patio interior—luego un segundo túnel abierto bajo un segundo torreón que eleva en el aire sus cuatro murallas blancas, agujereadas por resquebrajaduras negras como las portañolas de los barcos. Desfilamos muy de prisa por en medio de una nube de piojos humanos, mendigos siniestros y terribles; escapamos á sus obsesiones inquietantes, y salimos, al fin, de este antro dantesco.

Siguen los camellos, siguen las casas ruinosas de un barrio viejo y sórdido, y luego una gran planicie se presenta ante nosotros. Hémos aquí en campo raso.

Ouf!.....

Loti.—*Ouf!* en efecto.

Plumkett, usted que es el autor de un tratado muy notable sobre la *Embriogenia de los Kanguros*, ¿podría explicarme quizá el singular interés que yo encuentro en besar las caras de los gatos, después de haberles alisado un poco la piel bajo sus bigotes? Esto no es por afección, ciertamente; pues á falta de mi gata *Mumut*, á quien quiero con ternura, beso también con transporte á gatos cualesquiera que apenas me han sido presentados, á los que encuentro en las calles ó sentados en las ventanas, siempre que sean agradables y limpios.

Me acuerdo que en Oriente, esta manera de obrar divertía mucho á los buenos turcos, y en particular á mi amigo Achmet.

Yo he tenido una multitud de animales que, en diferentes lugares del mundo, han sido los compañeros fieles de mi vida y mis confidentes en las circunstancias penosas; los he querido mucho; pero la idea de besarlos no me ha ocurrido nunca.

Es verdad que besaba también, hará unos veinticinco años, á una galguilla blanca y fina, que era la amiga de mi infancia, y que se llamaba *Phul* (porque creo que descendía de Pul ó Phul, rey de Asiria). Aún me parece que la veo con su naricita fina y puntiaguda, con su cuerpo graciosamente encorvado sobre sus largas patas, flacas como palillos, que parecía tenían miedo de tocar la tierra. Cuando yo tenía unos cuatro ó cinco años fué preciso mandarla matar, por haber sido mordida por un gran perro rabioso.

La última mañana de su vida había venido á darme los buenos días, como de costumbre, apoyando sus patas sobre el borde de mi camita de niño. Pero yo había notado que tenía alegres los ojos y la boca abierta. Y después—sin duda porque

tenía conciencia del horroroso peligro que podía traerme—en lugar de saltar gozosamente, se limitó á retirarse con la cola baja y á sentarse en un rincón, mirándome siempre con aquellos ojos extraños, que tenían expresión de angustia humana. Después del medio día la tuvieron que matar.

Plumkett, los sufrimientos y el martirio de los animales causaban en otro tiempo una gran inquietud á mi imaginación; eran para mí un misterio, una cosa que turbaba mucho mi fé de niño....

Me dijeron que la habían llevado al hospital de los perros, y que volvería curada. Y yo me representaba aquel hospital, con todos los perros metidos en sus camas y provistos de sus gorros de dormir. Hasta mucho más tarde, cuando casi había olvidado ya á la pobre *Phul*, no me dijeron la cruel verdad.

Después ya no he besado más que á los gatos. Hay una manera de cogerlos. Se los levanta, entre el pulgar y el índice, por las patas de delante, sosteniendo su espinazo con los otros dedos de la mano. De esta manera se sostienen de pié y se les pueden dar fuertes besos, que les hacen sacudirse ligeramente. Si son muy expresivos—como las gatas, por ejemplo—le miran á uno con cierta sonrisita atractiva, pero algo contenida; si son menos sociables, ba-

jan la cabeza con un aire de condescendencia ceñuda. Cuando se les ha besado, permanecen cerca de uno y se sientan, si tienen tiempo de que disponer, ó bien si tienen negocios pendientes ó alguna cita se retiran. En este último caso se separan paso á paso, volviéndose dos ó tres veces, por política, para mirar á quien los acarició, con el lomo inflado y un aspecto muy amable.....

Plumkett.—Es muy impolítica, Loti, esa costumbre que tiene usted de interrumpir siempre. Cuando mis relatos le fastidien duérmase usted, como yo hago siempre que usted tiene la palabra; esto es mucho más conveniente. Y además, esos aires sencillos que usted se da y esas historietas infantiles son bastante ridículas en boca de un muchachote de treinta y un años, que ha curtido su piel á todos los vientos y á todos los soles llevando una vida libertina, y que ha sacado todo el partido posible de la vida.

.....Decía, pues, que estábamos á campo raso, llevados al galope por nuestros caballitos mогоles.....

Loti.—¡Ay, Dios mío! ¡va á empezar otra vez!.....

Plumkett.—.....Dejando tras de nosotros la larga línea recta de las murallas almenadas de Pekin, y siguiendo adelante por en medio de los arrozales,

donde los canalitos helados brillan al sol como agujas de acero arrojadas en la inmensa llanura.

De cuando en cuando, grupos de árboles desnudos rodean pesadas casas blancas con tejados arqueados, que son quintas chinas ó bien chozas de tierra cubiertas de rastrojo, que son heredades y viviendas de aldeanos.

Estas habitaciones aparecen como pequeños islotes, perdidos en la planicie de surcos endurecidos por el hielo, sobre los cuales el disco rojo del sol esparce su debil brillo.

Del fondo del horizonte, grandes nubes de polvo rosado se elevan y corren sobre la tierra desnuda; á veces nos envuelven, y entonces no vemos enteramente nada. Toda la llanura está gris. Es una gran estepa triste y desolada.

El trote de nuestros caballos se acentúa: vamos á buen paso con el viento de invierno.

Si á veces perdemos la noción del país lejano en que nos encontramos, pronto vienen los menores detalles á recordárnoslo: ya es un aldeano que pasa envuelto en pieles de cabra y nos dirige esa mirada bizca y sesgada hácia las sienes, que caracteriza el extremo de Asia; ya son perros, que desde léjos han olfateado la Europa, y corren con la cola baja y el aspecto furioso..... Es cosa inexplicable que hasta

los animales tengan conciencia en aquel país de la diferencia profunda de nuestras razas: los búfalos, arrojándose con la cabeza baja sobre el hombre blanco que pasa, y los caballos mogoles, defendiéndose antes de dejarse montar.

Llegamos á una encrucijada, donde se cruzan varias calles enlosadas de mármol blanco—restos de los esplendores colosales de aquella China de otros tiempos, de la que hoy ya no vemos más que una imagen medio muerta.—Allí se levanta, en el aire polvoriento y frío, un mastil, del extremo del cual pende un canastillo, que encierra una cabeza humana. Encima hay un letrero que dice: *La justicia ha castigado el crimen. Temblad y obedeced.*

Nos detenemos para observar la cara. Está bien conservada por el hielo, solamente que ha tomado el tinte obscuro de las momias: los ojos, abiertos, parecen dos hendiduras blancas levantadas hacia las sienes; y los labios, cubiertos por fino bigote, descubren dos filas de dientes sanguinolentos.

—*Formosissimam caudam habebat iste latro*—observa el abate Chou, el cual tiene también una muy bella y bien cuidada.

La larga trenza del decapitado cae, en efecto,

fuera del canastillo, y se balancea con movimientos pendulares, como si contase los infinitos castigos que aquella alma está condenada á padecer en los infiernos budistas.

Pero el *Má fou*, cuya naturaleza es poco impresionable, sacude un fuerte latigazo sobre el canastillo suspendido, y la cabeza del muerto, lanzada como una piedra de honda vá, rebotando, á rodar sobre la tierra endurecida.

—Es un triste campo el que^o la Iglesia nos ha dado para cultivar, mi querido hijo—me dice el padre Samolto, que se tornó melancólico á la vista de aquel golpe—y es muy difícil hacer entrar las ideas cristianas en los cerebros de los chinos.....

—Pero—le respondí—nuestros amigos, el padre Ou y el padre Chou, no han dejado de ser chinos, y son ahora buenos padres, como usted.

—¡Verdad es, hijo mío, que son buenos padres; pero, sin embargo, siguen siendo chinos!.....

—Son muy buenos sacerdotes—dijo el abate *Mouchette*—y el padre *Fung* también lo es. Están muy fuertes en liturgia, tienen mucha memoria y saben perfectamente la teología. Saben el latín, aunque no llegan nunca á pronunciar las rr, sonido que no existe en el chino.

—Y sin embargo—repuso el padre Samolto—podría suceder que se confundiera el culto, tal como ellos lo practican, con ritos paganos muy condenables; así es, que nosotros no queremos dejarlos solos con los fieles, de miedo de que puedan falsear los dogmas de nuestra santa religión interpretándolos á la china.

Durante este tiempo, los abates Ou y Chou parecían entregarse á una conversación muy animada. Gesticulaban, movían las narices y volvían sus ojillos de forma de almendra hasta los rincones de las sienes, como los camaleones, y á veces se echaban á reír al mirarse. Entonces sus bocas se rasgaban hasta las orejas, y, por último, parecía que se hacían grandes reverencias.

—Improvisan versos sobre el campo con piés forzados—me dijo el padre Samolto.—Dicen que el cielo es una gran turquesa, que el sol es de oro y la luna de marfil; que las florecillas son muy lindas y huelen bien; que la más perfecta armonía reina y reinará, durante más de diez mil veces diez mil años, entre el cielo y la tierra, y que todo va bien en este mundo, porque la gloria de *Yeh-Sou*, Nuestro Señor (aquí el buen padre se santigua devota-

mente), es proclamada sobre la tierra en los templos de piedra y en lo más alto de los cielos, en los espacios de zafir. Esto y otras cosas semejantes, y luego se dirigen felicitaciones mutuas.

La vía enlosada continúa siempre á través de la campiña gris y desnuda, y al trote largo nos aproximamos á una especie de oasis de árboles verdes, todavía salpicados de escarcha: es *Ouan-chor-chan* ó la colina de las *Diez mil longevidades*.

Hémos aquí delante de un agujero lleno de escombros: la fosa donde el emperador *H'ien-Yong* fué entretenimiento de los tigres de Tartaria. Nos cruzamos con algunos aldeanos de ambos sexos, que van montados sobre asnos. Después, al final, detrás de un pliegue del terreno, vemos brillar sobre el suelo una gran sábana con reflejos de suave tinta color de carne: es el estanque de agua helada del palacio de verano, unida al del palacio de Pekín, por un ancho canal donde navegaban en otro tiempo los *juncos* de la corte. Hemos entrado en el oasis.

Espesuras de arbustos verdes; abedules de troncos blancos y lácies, de ramas finas y colgantes, que hacen llover sobre nuestras cabezas un rocío frío y cristales de escarcha; pinos que parecen

gesticular como aquellos dioses hindus de brazos múltiples; viejas encinas rotas, hendidas, reventadas y cubiertas de musgo; plantas parásitas; esqueletos de enredaderas, enlazándose con los árboles añosos y las ruinas.

Costeamos muy de cerca el estanque, cuyo hielo está húmedo por el deshielo del medio día; se escapa de allí un vapor luminoso, una especie de resplandor suave, y los macizos de nenúfares y otras hierbas acuáticas, aprisionadas y como petrificadas por el hielo, forman sobre aquél espejo plano un extraño jardín.

Sobre la otra orilla, bordeada de terrazas y de balaustres de mármol, se muestra una larga y movediza línea de siluetas de árboles, interrumpida de cuando en cuando por alamedas de abetos, cuyas perspectivas teatrales se pierden á lo lejos.

Se ven algunos islotes coronados de grupos de cedros, árboles sombríos, cuyas ramas horizontales forman *zig-zags* negros, á través de los cuales se destacan rientes miradores y graciosas torres de porcelana.

Es un dulce y poético sueño de invierno en la Corot; una especie de Eden septentrional, vago y velado; delicada y encantadora aparición de una naturaleza imaginada, no natural; un espejismo

que parece se ha de desvanecer al acercarse.....

Dando paso á un islote artificial de forma regular hay un gran puente de diecisiete arcos, hecho, así como sus sólidos basamentos, de mármol blanco, ya dorado por la acción secular de los soles de estío. Uno de sus gigantescos arcos de círculo nos abre su lomo encorvado, entre dos grandes leones, de fiero ademán. Nuestros pilluelos se ponen á saltar y á dar vueltas con desordenados movimientos de cabeza.

—*Ta, ta, ta, ta*—grita el *Mã fou* enloqueciéndose como un diablo amarillo, agitando el látigo y la brida y moviendo los talones; el antojadizo animal que monta toma sobre el puente de mármol un no muy vivo galope de caza, y la turba mogola sigue á su jefe hácia un bello arco de triunfo de granito, cuyos arquivitres vuelven sus extremidades arqueadas hacia el cielo con cierta gracia china. Esta arcada se abre en un pabellón color de rosa, flanqueado de muros del mismo color; es la entrada del *Ouan chou-chan* ó colina de las Diez mil longevidades.—Hemos llegado.

Aquí tenemos que apearnos y sacar de la carreta nuestras provisiones, y al padre Yang, y seguir caminando á pié á través de un gran patio, en el que

se ven por el suelo trozos de cascotes de barro, troncos de árboles carbonizados y restos de techumbres. Estamos en una necrópolis del palacio.

Delante de nosotros se abre una alameda de abetos sombríos y gigantescos, con perfumes balsámicos, y cuyas grandes ramas colgantes caen pesadamente, agobiadas bajo el peso de la escárcha.

Al fin llegamos al pié del *Ouan-chou-chan*, propiamente dicho: es una colina que nos ofrece su flanco vertical, formado por dos altos terraplenes cubiertos de rosas.

Se sube allí por dobles rampas, que dibujan dos escudos superpuestos con una empalizada intermedia.

—Trepemos, trepe usted, *pater* Yang! ¡Valor, abate Mouchette!—*Macte ánimo, pater* ¡Ou, *Pater* Chou, *Tchoung-koüe-tzé*, *Chang-Tien-thang*! (¡Padre Chou, hijos del imperio del centro, subid al cielo!)..... ¡Maldita rampa esta!

Los escalones desaparecen hundidos, bajo montones de escombros. Avalanchas formadas con los restos de los palacios, han pasado por aquí arrasando los materiales de lo alto de la colina.

¡Qué desastre! ¡Parece un cementerio de azulejos, mármoles y porcelanas! Imagínese usted, dándole proporciones gigantescas, la rampa de Monte

Carlo, sobre la cual se hubieran sembrado desde lo alto de la terraza obras de Sevres y Vallauris, añadiendo el museo Campana, la galería de los Antiguos y la acrópolis de Atenas en amontonados pedacitos. ¡La artillería francesa es la que ha hecho todo esto!—dice el padre Mouchette, ahogándose por la fatiga y en tono de satisfecho orgullo.

Se ven leones de mármol, con las patas rotas, la boca hundida, que parecen morder rabiosamente los cascotes en las últimas crispaturas de la muerte, revueltos con toscos elefantes que han perdido su trompa en la batalla, y llevan sobre el lomo las ruinas de torres de nueve pisos, con fénix que no tienen más que un ala, con quimeras estropeadas y dragones sentados en el suelo.

Seguimos siempre trepando entre los restos preciosos, entre los montones de escombros que ruedan bajo nuestros piés. El *Príncipe carbón*, sostenido por el carretero y el *Má-fou* gime débilmente. El *pater* Ou y el *pater* Chou, van jadeando con resignación: ¡pobres abates!.....

Por fin llegamos á la parte alta, encima de la terraza superior. Pasamos bajo un segundo arco de triunfo, con tres arcadas de alabastro, ornado de

bajo relieves; vemos elevarse ante nosotros una gran pagoda de dos pisos, pesadamente construida sobre basamentos de mármol. Está cubierta de azulejos amarillos, que forman sobre sus paredes un gran tablero de damas, cuyos cuadrados adornan fénix, con las alas desplegadas, y adornos de estilo barroco erizan á la China su tejado curvo.

Detrás, al extremo de los jardines abandonados y silenciosos, hay un encantador y pequeño kiosko de bronce, colocado sobre piés de mármol, que sale de una multitud de rocas artificiales, en medio de un laberinto de acebos, zarzas y enredaderas. En él es, mi querido Loti, si usted lo permite, donde su amigo Plumkett va á hacer un almuerzo de gastrónomo eclesiástico, entre las ruinas de esta Ninive del extremo Oriente, en la extraña compañía de cinco pastores católico apostólico romanos, de los cuales uno es *Príncipe varón, generador universal*. Este dije chino, que ha burlado la devastación venida de Occidente, dirige hácia el cielo azul pálido sus elegantes columnatas de metal, sus caladas paredes y sus tejados superpuestos, de donde penden helechos y enredaderas.

Debía ser muy conveniente tomar té aquí—siendo *Hijo del ciclo y emperador de los diez mil reinos*—en compañía de una docena de muchachas lindas, muy compuestas y arreboladas, con voluminosos tocados, sujetos con grandes alfileres; de esas mujeres empaquetadas, en trajes de colores vivos, con anchas caderas y abultados vientres, con piés muy pequeños y rivalizando entre sí sobre cuál conseguirá los favores del señor y dueño.

Este, es decir, el *Hijo del Cielo*, el todo poderoso é invisible, encenagado en su lujo de heliogábalo, fumaba ópio y pensaba en algun precepto prudente, pero tonto, al fin y al cabo, del inmortal *Koung-foutzé*; ó bien cedía á la influencia de aquella turba femenina, que era suya, y se prestaba sin vacilar á satisfacer sus más secretos deseos.

Aquellas mujercitas, de aspecto sencillo, que tenían vientres abultados, anchas caderas y piés pequeños, le parecían Venus, y soureía beatíficamente, pensando en las voluptuosidades de la próxima noche.

Y qué bello era el espectáculo que se ofrecía ante sus ojillos entornados y llorosos, medio cerrados y medio muertos por el exceso del ópio y de los placeres.....

En primer término, bosques sombríos que se

dominaban por completo. Sus grandes masas verdes, en las que se destacan las cabezas de los pinos y los cedros, se extienden hasta perderse de vista, y por doquiera, en todas las cavidades, bajo tejidos ó redes de ramas brillan lagunillas de hielo.

Mas allá todo se hunde, se desvanece en vapores que dan idea de las profundidades insondables. En lontananza se ven como jirones de algodón en rama, cosas suspendidas sin peso, sin líneas y sin formas. Y encima de las nieblas que se extienden sobre los lugares bajos se elevan majestuosamente, como si estuvieran sentadas sobre ellas, las montañas cortadas, hendidas, en facetas múltiples de la entrada de la Mogolia, coronadas de nieves brillantes bajo el sol del Mediodía.

Con los ojos del emperador voluptuoso y embriagado de ópio, es como era necesario contemplar tales paisajes, mi querido Loti. Y con polvo de oro de diversos matices, como se debían pintar sobre espejos de laca.

Nuestros groseros paisajistas que emplean los colores de la naturaleza, con los que hacen pegotes sobre telas vulgares, no sabrán nunca reproducir lo que han visto allí mis ojos á través de los calados de aquellas paredes de bronce.

Queriendo copiar la realidad exactamente, no

consiguen sino producir imperfecciones que engañan la mirada.

Solo una representación rudimentaria, vaga, sin color, arrojada extrañamente y sin perspectiva por la fantasía de una imaginación china, puede despertar en el espíritu el sentimiento de un sitio semejante.

—*Manducamus!*—exclama el *príncipe varón* con su vocecilla gangosa.

—¡A la mesa, hijo mio!—dice el padre Samolto.

Y heos aquí sentados sobre las pieles de los animales, dispuestas en rueda y cargadas de vajilla, tenedores, cuchillos y palillos chinos.

¡Qué bien ha hecho las cosas el padre ecónomo! ¡Cómo ha sobrepujado al hermano cocinero! He aquí Burdeos, verdadero Burdeos, y Moët y Chandon, traído directamente de la casa productora de la calle de Vangirard. He aquí caza fría en galantina y pasteles trufados.

—Ni tche fan che pon che? (¿Has comido arroz?, ¿sí ó nó?) dicen en China para preguntarle á uno si ha almorzado.

Los abates Yang, Ou y Chou comen su gluten, ó más bien lo devoran, llevándolo en montón hasta

sus labios y haciéndolo entrar hasta el fondo de la boca con ayuda de los palillos. Con el Burdeos circula el vinillo de Pekin, rosado y dulzón, como la mejilla de una muchacha tártara, pero traidor como él sólo. Y los buenos padres beben de todo cándidamente, sin desconfiar, y haciendo imprudentes mezcolanzas.....

Loti.—Tenga usted cuidado, Plumkett, de no emborracharse también.

Si usted se pusiera enfermo, ¡qué complicación! Sería necesario llamar al cirujano de Pekin, que transformaría el cuerpo de usted en un acerico, y después le administraría una de esas pociones extravagantes en que entran ingredientes rarísimos, tales como *dos pollas blancas, que no hayan puesto toda la vida, machacadas vivas en un mortero, con los picos, las patas y las plumas, en un día dichoso y en el momento en que el planeta pase sobre la constelación.*

Plumkett.—Una embriaguez ligera y dulce, mi querido Loti.—Creía ser emperador de China: en torno mío, el rebaño femenino danzaba con sus piecillos menudos, cantando un coro inespresable.

Allá abajo, las montañas de la Mogolia también dando vueltas, á un compás de tan tan, entre los pálidos vapores de invierno. Tenía perdida la noción de las distancias: veía unos dragones amari-

llos, sentados sobre las cimas más lejanas, alargando hasta el kiosko sus patas múltiples, y sentía golpear sus garras sobre el bronce con un ruido de granizo.

Aquellos dragones estaban sometidos á mí: yo sonreía al verlos deformarse y agrandar, enlazando sus cuerpos escamosos.

Aquellas mujercitas tártaras eran lindas, y con mejillas blancas y rosadas: danzaban muellemente con actitudes automáticas de muñecas, y tenían algo de aspecto de visiones; pero sus ojos negros, inclinados hacia las sienes, encerraban promesas de voluptuosidades sobrenaturales y aún desconocidas.....

Bruscamente se desvaneció todo aquello con mi quimera de imperio. Una ráfaga de viento del Norte pasó sobre mí, haciéndome el efecto de una helada; las montañas de la Mogolia entraron en reposo, allá á lo lejos, bajo las blancas nieblas; busqué en rededor mío el rebaño femenino, y no encontré más ¡ay! que los buenos padres.....

¡Y en qué estado, Dios mío!

El *Príncipe varón*, con la mirada encendida y la fisonomía congestionada, mascullaba pesadamente

la danza ritual, llamada *Puerta de las nubes* ó *Paso del fenix gozoso*.

El abate Chou cantaba siguiendo el compás con los brazos, y levantando los puños cerrados y los dedos pulgares en el aire, el *Moh-li-Poua* ó la *Flor de jazmín*, una canción popular de China.

El padre Samolto, el padre Mouchette y el abate Ou sostenían una viva discusión teológica.

Padre Samolto: «Señor Mouchette, le repito á usted que estas son las propias palabras de Orígenes: *Sanctus spiritus eam impregnavit per aurem.....*»

Después enumeraban las torturas probables de las almas en el purgatorio, y Samolto, con la exaltación propia de su imaginación italiana, confundía aquello con los círculos del Dante....:

Padre Yang—interrumpiendo: — «¿Has comido arroz?, ¿sí ó nó?», con un tono de loro, como el que se emplearía en Francia para decir: «¿Has almorzado Jacquot?»

Padre Ou. } hablando á la vez en chino. } *Lao-tzé*
Padre Chou. } } *El agua*
Sea el Tao no habla de Purgatorio ni de Infierno.
 les húmeda y baja: su gusto es salino. El fuego

Nos enseña que el hombre tiene dos naturalezas: el quema y sube: su gusto es amargo. La made- principio material que recibe por transmisión y ra se dobla y se retuerce, pero su gusto es ácido: del contiene el principio igneo, el principio luminoso mismo modo, una actitud grave y digna produce de la inteligencia, de la cual es el vehiculo y respeto, un lenguaje elevado y sincero produce la la ayuda. Nosotros vivimos, dudando muchas co- estimación, una mirada clara y distinta produce la sas, lo mismo referentes al Infierno que á lo de- ciencia, y un oído atento produce la habilidad. La más. Pero es facil resolver los casos dudosos por lluvia es la señal de una buena conducta, y la tem- la formación y la disipación del vapor, por el peratura es la señal de un buen gobierno; el calor color de la concha de la tortuga quemada, y por el marca la prudencia consumada del soberano y el pronóstico de la inmutabilidad.

frio su equitativa justicia. El viento perpetuo anun- cia la perfección.

.....
 Algunos instantes después reinaba de nuevo el silencio en el kiosko de bronce.

Ayudado por el *Mâ-fou*, cubrí cuidadosamente de abrigos y de pieles á los padres que se habían dormido.....

¡Dormid, buenos padres! Un día llegará en que todo sea bueno, y en que ya nada os despertará, ni la danza del Fenix místico, ni la llamada de los fan-fanes celestes de Buda, ni el sonido de la última trompeta, ni la voz moribunda del Cristo.....

Y usted, amigo Loti, sacuda su sueño, porque mi historia está terminada.....

Loti.— ¡Ah! Pues ha acabado en punta su monstruo chino, mi pobre Plumkett. ¡Y de qué mal gusto es eso de los padres que se emborrachan! Me figuró que los folletines de la librería anticlerical, que se venden á cinco céntimos, deben estar calcados sobre este modelo.....

—Querido amigo mío, me han contado que, siendo yo niño, había pronunciado en un momento de melancolía esta frase de amargo desencanto: «¡Todos los días levantarse; acostarse todos los días, y todos los días comer la sopa, que no está buena!.....»

(Entonces, Plumkett, no me gustaba la sopa, á pesar de que me aseguraban que era excelente.)

Si no me hubieran referido esto personas dignas de fé, me hubiera costado trabajo creer que tan pron-

to pudiera encontrar la última palabra de la vida.

Más tarde he conocido días sin sopa, y días en que no he tenido el trabajo de levantarme, por no haberme acostado la víspera.

Pero—aparte el amor—quizá no he encontrado nada mejor que este fastidio entrevisto desde los primeros días de mi llegada al mundo.

—A pesar de las prótestas de usted, ya ve usted que vuelvo siempre á mis recuerdos infantiles, y es que quisiera presentar mis flores amarillas un poco menos ajadas que las de usted (por miedo de que nuestro ramillete llegue á parecer un viejo herbáreo); y por esto me veo obligado á remontarme bastante lejos, si he de encontrar alguna cosa fresca en mi vida.

Plumkett, yo he sido educado en mi primera infancia como una florecilla rara, de cálida estufa. Si en lo sucesivo he tornado á buscar estas frescuras, ha sido en contra de todas las previsiones y de todas las probabilidades.

Hoy, todavía encuentro con gran facilidad los modos de sér, las apariencias, las entonaciones y hasta las impresiones del niño dulce que he sido en otro tiempo; y mezclo aquello, con mis sentimientos de calavera, de estenuado, de egoísta y de salvaje. Soy un compuesto. Quizá por esta razón habré sido

un poco amado—las mujeres escojen siempre con preferencia aquellos á quienes no comprenden.

La educación que tuve en mis primeros años me ha hecho el hombre que soy ahora; por haberme separado entonces de los demás niños, y por haber permanecido largo tiempo en un desconocimiento absoluto del mal y de la vida, he llegado á ser el soñador de hoy, que vive de la fantasía y goza con la contemplación de la naturaleza.

Parece que me estoy viendo en la orilla del mar, cuando tenía seis ó siete años, tendido al sol como un lagarto, sobre la playa de arena, desojándome por ver si distinguía, por casualidad, la América, detrás de las velas que cruzaban á lo lejos.....

¡Oh! Regiones lejanas donde el sol abrasa, selvas tropicales con las que yo he soñado en otro tiempo, aislándome durante las largas horas de verano en los rincones solitarios de los bosques.....

La naturaleza desconocida de los trópicos me producía desde lejos una fascinación y, á la vez, una melancolía que no puedo expresar.

Me acuerdo también, y éste hubiera sido el indicio más inquietante, si hubiesen desconfiado de él; me acuerdo de que cuando estaba acostado blanda-

mente en mi cama, me molestaba oír por la tarde la alegría ruidosa de la calle y los cánticos de los marineros que desembarcaban y que venían de países lejanos. Escuchaba aquellas canciones rudas, que iban á perderse por las callejas bajas, próximas al puerto, y no podía dormirme, siendo después acometido por ensueños extraordinarios, sobre los países de que venían aquellos hombres bronceados, sobre la vida que en ellos harían y sobre sus aventuras. ¡Quién hubiera podido suponer entonces lo que pasaba en mi cabeza!.....

Todo esto tenía para mí el atractivo de las cosas prohibidas, imposibles; estaba decidido en aquella época, y admitido por mí, que no me separaría nunca de la familia, que llegaría á ser un hombre útil á la sociedad, y que me distinguiría por la austeridad y por el aplomo.....

Quién me hubiera dicho que más tarde dirigiría y compartiría las fatigas, las aventuras y los placeres de aquellos hombres que tenían la costumbre de cantar por la noche y de no acostarse para andar de ronda.....

Cierta día de verano, de gran calor, iba yo tranquilamente, con mis papeles de música debajo del brazo, á dar la lección de piano. Creo que tendría entonces unos doce años. Era la primera vez que

me dejaban salir solo; iba por la sombra, siguiendo el camino de la muralla; por encima del parapeto de piedras grises miraba la campiña, la llanura tranquila, inundada de sol, y los bosques que se velan en el extremo del horizonte. No había nadie sobre la muralla, poco frecuentada en las calientes horas del medio día. De pronto aparecieron dos grumetes, que salían de detrás de un repecho; anduvieron algunos pasos, se detuvieron, y después se sentaron en el suelo, apoyándose en un olmo. Eran dos niños, un poco mayores que yo, y curtidos ya por el aire del mar.

«¡Pareces un mono del Brasil!»—decía el mayor al otro, tirándole de una oreja.....

«¡Mono del Brasil!.....» Esto de Brasil me hizo volver á caer en mis ensueños; miraba al horizonte por el lado del bosque, lleno de sol, y sentía en mi mente yo no sé qué intuición ó qué misterioso recuerdo de bosques vírgenes..... Sin duda aquellos grumetes habían estado en el Brasil, puesto que hablaban de él..... Me detuve tímidamente detrás de ellos para continuar oyéndolos; pero, al verme, interrumpieron bruscamente la conversación. Mi traje, que examinaron de piés á cabeza, pareció inspirarles un cierto respeto, y desde luego aparecieron reservados. Pero yo notaba en sus investiga-

ciones algo de burla sorda: la piedad y la ironía de los chicos libres, desarrollados ya sobre el extenso mar, frente á frente del niño recogido, conservado en su jaula como un pajarillo raro; y me extrañaba su tono breve y su apostura provocativa, que yo no tenía. En efecto, venían del Brasil, y me hablaron de hermosas frutas, muy buenas para comerlas; de loros verdes, de negros y de monos.

Después nos separamos como buenos amigos, prometiéndonos volver á vernos á la vuelta de una campaña que su barco iba á emprender.

Me dijeron sus nombres. El del mayor era Barazere.

—Diez años más tarde, una noche, en un mal lugar de la Plata le encontré y le reconocí, manejando el cuchillo contra los alguaciles.—Más tarde, la casualidad quiso aún que fuese yo quien hizo arrojar al mar su cuerpo en una hermosa mañana....

Llegué tarde á la lección de piano—después de haber corrido mucho, muerto de calor, un poco avergonzado por haber hecho conocimiento con chicos de la calle, y soñando con el Brasil, sus grandes árboles, sus loros verdes y sus monos.—Toqué muy mal mi lección, que era una de las pri-

meras que daba sobre Chopín; estudiaba el *Primer Improntu*, dedicado á la señorita C. Lobán. Desde entonces siempre he encontrado algo del Brasil en este *Improntu*. Nunca he podido comprenderle más que á mi manera y no á la del maestro: en la época en que yo aún admitía la música lo tocaba á la sordina, con rapidez excesiva y produciendo una especie de susurro vago y quejumbroso, que se parecía, según mi opinión, al ruido de la lluvia tibia, cayendo sobre los árboles de un bosque virgen y al rozamiento de las hojas de bambú.

Tenía yo diez y ocho años cuando ví por primera vez aquel Brasil tan deseado.

Llegué á él una noche: desembarqué al amanecer en el fondo de la bahía donde mi barco se había detenido, remonté un arroyo en una piragua, y contemplé la salida del sol en aquella naturaleza desconocida.

Lo que más me sorprendió fué aquel verdor intenso de los follajes, aquel tostado ardiente del suelo, aquel cielo clarísimo, inundado de dorados matices, y también los penetrantes olores que de todas las cosas se exhalaban.

Yo tenía previstas las formas de aquellos inmen-

sos árboles y de aquellas palmeras; pero no había podido imaginarme la exuberancia de color, ni los perfumes, ni la pesadez de aquel aire tórrido.

Aquel país produjo á la vez en todos mis sentidos las impresiones de lo desconocido.....

Los ibis rojos, que parecían más rojos aún por la luz del sol naciente, pasaron rozando sobre mi cabeza como rasgos de fuego.....

En la choza de plantadores, á donde me dirigí, me convidaron á almorzar; después llegó el gran calor del medio día, y cerraron herméticamente puertas y ventanas, diciéndome que era imposible salir antes de la caída de la tarde.

Pero un deseo vehemente de hacer exploraciones me devoraba: con mucho cuidado abrí la puerta, mientras mis amigos dormían, y salí al campo.

Entonces me encontré solo, en medio de un extraño silencio, bajo una luz chispeante y en una temperatura de horno. No veía en torno mío más que grandes plantas floridas, todas semejantes, cuyas flores, de un amarillo pálido, se inclinaban como estenuadas por el calor.—Estaba en un campo de algodoneros.

Animalillos alados, de un color verde metálico,

revoloteaban sobre unas como malvas amarillas, produciendo zumbidos de mariposas. Eran pájaros-mosca, que hacían su recolección del medio día.

Seguí avanzando entre los algodoneros, con las sienes abrasadas por aquel sol agobiador: pronto llegué á una cerca, hecha de sólidas tablas, para impedir que los animales del bosque próximo entrasen en la plantación. Escalé la valla, y me encontré en plena campiña.

Era aquélla una extensa llanura, limitada en lontananza por inmensa cortina de verdura.

Grandes árboles, plantados á la casualidad, se bañaban voluptuosamente en aquel sol tórrido que me asfixiaba. Tenían un verde sorprendente, y sus hojas, espesas, brillaban como las de las camelias. Eran anacardos, ébanos y palisandros.

En el suelo, las hierbas y las plantas más insignificantes presentaban aspectos extraños.

Había en todo aquel terreno un ruido extraordinario de insectos que parecían salir, á la vez, de todas partes.

A medida que yo avanzaba, los árboles iban siendo más hermosos y estaban más próximos....

Llegué á un punto en que formaban una bóveda

alta y espesa, que dejaba por debajo un vacío y una obscuridad como de iglesia..... Aquel era el bosque que yo había soñado. Allí había sombra; ráfagas de luz azulada descendían entre los enormes troncos, y en lontananza se veían espacios oscuros, como en las selvas de Gustavo Doré; la tierra estaba desnuda, así como las ramas y las raíces; todo el verdor se reunía en lo alto, formando una cúpula compacta, y por debajo se circulaba bastante libremente, sobre una alfombra de hojas secas. De repente, una cosa resbaló sobre ellas, una cosa larga, que se retorció como la cuerda de un látigo.....

¡Oh! una hermosa serpiente pasó cerca de mí, muy asustada por haberme visto..... Me senté sobre grandes raíces de anacardo, deliciosamente impresionado por aquella soledad y aquel esplendor.

Una enredadera de orquídeas presentaba sobre mi cabeza magníficas flores, reunidas en racimos color de rosa, de un tinte pálido y delicado de flor de sombra; y á mi alrededor revoloteaba toda una familia de diminutas mariposas blancas, con las alas muy recortadas y sembradas de gotas de plata de relieve; animalitos raros, nacidos en el eterno calor y en la obscuridad de aquel bosque.....

A la larga, Plumkett, todas nuestras facultades se enervan un poco, y, sobre todo, la que especialmente poseemos uno y otro de ser impresionados por todas las cosas nuevas. Es verdad que hoy no llamarían ya mi atención aquellas mariposas salpicadas de gotas de plata, ni todos los detalles insignificantes de aquella naturaleza que se grabaron entonces en mi memoria.

Sentado allí, en el bosque, sobre las raíces de anacardo, volví á ver como en sueños el camino de la vieja muralla, por donde había pasado cuando niño, llevando debajo del brazo el *Improntu* de Chopin: volví á ver también á los dos grumetes, y oí la voz del mayor que decía al otro: «¡Mono del Brasil!»

Miré en torno mio; no había monos á la vista: sin duda dormían en las ramas.....

Y después, créalo usted, Plumkett, volví á ver cierto viejo muro, del cual he hablado á usted anteriormente; me refiero á aquel viejo muro de la Limoise, en el que me encaramaba en otra época durante el calor ardiente de las tardes de verano, entre la yedra y las ramas de parra, para mirar la campiña y las grandes encinas de los bosques ador-

mecidos bajo el sol; para soñar con los bosques de los trópicos, en compañía de los lagartos grises, de los saltamontes azules y de color rosa, de los moscardones zumbadores y de las avispas golosas que caían desmayadas patas arriba por haber comido demasiado moscatel.

Desde el fondo de la verdadera selva del Brasil volví á ver claramente aquel muro, Plumkett, y volví á encontrar, con tristeza punzante, mi vida y mis sueños de niño, que ya habían desaparecido.

Entonces comencé á comprender que no hay nada entre lo que el mundo nos ofrece de real cuando creemos, nada en la naturaleza, ni en el amor, ni en nada, que responda á las concepciones vagas y encantadoras, á las intuiciones de la infancia.....

Plumkett.—Mi querido Loti, me gusta mucho esta flor, respiro con alegría su perfume antes de morir, porque debo decir á usted que me aproximo á la última hora.

En el momento en que reciba usted ésta habré muerto; pero mi alma vendrá con mucho gusto á acompañar á usted cuando se aburra demasiado, aunque no sé si el diablo querrá permitírmelo, pues

debe guardar á usted mucho rencor por haberle arrebatado también el alma del padre Barez.

Queda enteramente suyo el que fué—*Plumkett*.

P. S.—Añado algunas líneas para anunciarle que el fenómeno se ha cumplido.

Morir es una cosa sencilla y natural, y yo diría que hasta agradable. Desgraciadamente, cuando uno está muerto, ya no se aburre más; con la muerte se acabaron las flores de hastío; continúe usted, pues, solo, sus encantadores ramilletes, y desheje usted alguna rosa sobre mi tumba: me gustaba mucho esa flor.

Segunda P. S.—La ceremonia ha sido muy brillante; un gran número de personas me han acompañado á mi última morada. ¡Cosa extraordinaria! al salir de la Iglesia yo andaba como una persona cualquiera, dando el brazo á una joven vestida con largo traje blanco. Ninguna tristeza excesiva se pintaba en los rostros de los concurrentes, y los carruajes que nos esperaban á la puerta no tenían ese aspecto sombrío que tienen de ordinario los de las pompas fúnebres.

Tercera P. S.—Muchas gentes mueren de este modo, y, como resultado de ello, la población se aumenta. Morir así es renacer. Por lo demás, yo creo que usted se me unirá cualquier día.

Loti.—¡Ah! traidor..... ¡Qué ha hecho usted!..... Vamos, sea usted dichoso, mi querido amigo.

¡Pero entonces, yo voy á continuar mi aburrimiento por el mundo, sin tener nadie á quien podersele comunicar! Verdaderamente le echaré á usted mucho de menos.....



PASCUALA IVANOVITCH

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PASCUALA IVANOVITCH

I

A bordo del *Temerario*, bajel de
S. M. Británica, Golfo de Catta-
ro, 4 Octubre 1880.

Las dos de la noche. La paz profunda, el recogimiento íntimo de *la guardia de media noche á cuatro de la madrugada*. Instantes melancólicos del oficio de los marinos, en que en el silencio, en la calma de las veladas, el pensamiento, desprendido de todo, mira de una manera elevada las cosas de la vida.....

Estamos en Cattaro: país nuevo, situación impre-

vista. Hémos aquí formando parte de una *escuadra europea*, como jamás ha existido otra.

Las dos de la noche. Una gran tranquilidad ha sucedido á las agitaciones, á las salvas, al estrepitoso ceremonial de la llegada.

Ilumina la luna una bahía admirable, donde el agua dormita inmóvil; proyecta claridades rosadas sobre las grandes rocas, y corta con sombras los relieves de las prodigiosas montañas suspendidas sobre las aguas.

El aire de la noche es tibio, y la tierra envía olores de mirto. Parece un paisaje soñado.

Todas aquellas formas negras, que parecen monstruos dormidos sobre el cristal de la mar, son barcos acorazados; es la *escuadra internacional* que ocupa en este momento á los políticos de todos los gabinetes de Europa.

Los acorazados duermen. Cada media hora, cuando suenan sus campanas, se oye en tonos diferentes el grito soñoliento de los marineros de guardia repetido en todos los idiomas. Y luego, las últimas voces mueren una tras otra, y todo vuelve á caer en absoluto silencio.

II

Martes 5 de Octubre.—Apenas hemos tenido tiempo de contemplar á plena luz este país nuevo, al que nos trae la casualidad y en el que permaneceremos quizá largo tiempo, esperando la resolución de las cuestiones del Montenegro, la Grecia y la Albania.

Este país de los slavos tiene un aspecto bien fantástico. Alrededor de la bahía, cerrada como un lago, las montañas son altas, abruptas, salvajes, con pequeñas aldeas esparcidas por sus bosques.

Y detrás y más alto que todo esto hay algo sombrío que sube hasta el cielo, como si fuese la gigantesca muralla de un mundo: son las montañas oscuras del Montenegro, calcinadas, desgarradas, como restos espantosos del caos.

En el lejano horizonte están inmóviles, en imponente actitud.

Delante de nosotros y á la orilla del mar hay una aldea: es Baozich.

Cattaro está lejos, oculta tras las montañas, en el fondo de otra bahía que no se vé.

¿Qué haremos nosotros aquí si tenemos que pasar el invierno?

III

Domingo 10 de Octubre.—Ya hace ocho días que estamos aquí. Poco á poco se acostumbra la vista á estas terribles masas de piedra inmóviles en el horizonte; se familiariza con estos bosques, con estos paisajes, con la fisonomía montaraz de este rincón de la tierra.

El otoño en este país es cálido y límpido; el verdor en las montañas toma tintes admirables.

Hoy es día de descanso á bordo. Los marineros, muy limpios, con sus trajes de lienzo, juegan como niños ó se arrastran boca abajo sobre los puentes, que están tan blancos y limpios como la madera nueva.

De un barco á otro se examinan curiosamente con

anteojos. Es, en efecto, nuestra escuadra muy singular: á nuestro lado franceses; más lejos, austriacos; más aún rusos, alemanes, italianos, amigos todos por el momento y reposando tranquilos sobre el mar azul.

Es domingo, y hace un verdadero día de fiesta: ni una nube en el cielo, ni un soplo en el mar. A nuestro lado, las grandes montañas bañadas por el sol están silenciosas.

Los aldeanos de los pueblos inmediatos han venido para ver esta escuadra admirable. Algunos han venido de muy lejos, hasta de Scutari y del Montenegro, y las barcas de los pescadores de Baozich no son bastantes para conducirlos.

Nosotros los ingleses, con los franceses nuestros vecinos, somos los que recibimos más visitas; estas gentes tienen la opinión de que los demás nos son inferiores.

Llegan hasta nosotros barcas llenas de dálmatas, de montenegrinos, con su cara de bandidos, vestidos de terciopelo bordado de oro, y de albaneses, á quienes quiero, porque me hablan en la lengua de Stambul.....

La noche se aproxima; las cimas de las moles de piedra del Montenegro toman un tinte rojo oscuro, en seguida un violeta pronunciado.

Después todo se extingue, y no se ven ya en el aire más que siluetas lejanas, admirables de atrevimiento y de altura.

Llega la noche y salto á tierra. Paso por la aldea de Baozich, por delante de la posada sombría donde cenan los bateleros. Por un sendero ya conocido me voy á la montaña.

Subo y subo entre la espesa obscuridad de los árboles, y me detengo cerca de una cabaña aislada, en un cercado de olivos.

Allí me espera una muchacha joven, que lleva el traje de las mujeres de la Herzegovina, pobre guardesa de cabras y corderos, que se sienta cerca de mí con toda su inocencia, con todo su candor de semi-salvaje.

Me cuenta cosas infantiles, en un italiano mezclado con palabras slavas, que me cuesta gran trabajo comprender, y me deja todas las noches, cuando desde una choza próxima una voz temblorosa de vieja llama: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Pascuala Ivanovitch entra dócilmente en la habitación, se acuesta sobre su cama de brezo y se duerme.

Pobre niña, nada quiero de ella—nada más que mirarla, porque es muy linda—como miro las flores raras que brotan aquí, en los bosques.

En los primeros momentos huía, como hacen todas ellas. Ahora su terror ha pasado, y somos grandes amigos hace tres días.

IV

Pascuala Ivanovitch, nombre italiano y apellido del Norte. Los slavos de las orillas del Adriático se han apoderado de algunas palabras del lenguaje de los italianos y de un poco de su acento; les han tomado, sobre todo, su tinte más bronceado y más cálido.

Los ojos grises de esta niña tienen un no sé qué de vago, de brumoso, de septentrional, peculiar de su raza, y que forma el encanto de ciertos ojos rusos. Pero sus mejillas están doradas por el sol, como albaricoques maduros, y sus cabellos, muy rubios, destacan su tinte claro sobre el moreno color de sus sienes.

Su traje se compone de un justillo con lentejuelas

de cobre, que deja ver una camisa plegada, y de un jubón, que tiene un burdo cinturón de cuero abrochado con hebilla de metal. Cubre su cabeza un gorro rojo, al cual va unido por detrás un velo blanco.

Ha nacido al otra lado de las montañas, en la sombría Herzegovina; no tiene ya padre ni madre, y los viejos aldeanos, con quienes vive, son sus amos.

V

Miércoles 13 de Octubre.—Maniobra, zafarrancho de combate. Todo el aparato de los grandes ejercicios de escuadra.

Un tiempo muy cubierto, muy sombrío, muy pesado, con principio de tormenta. Las gigantescas masas de piedra gris que caen á plomo sobre la mar tienen aspecto siniestro bajo este cielo melancólico.

A las cinco el servicio estaba terminado. He comido y cambiado rápidamente de traje para ir á reunirme con Pascuala en el cercado de los olivos.

Pascuala Ivanovitch permanece largo tiempo echada sobre el musgo, con la cabeza sobre mis ro-

dillas, en ademán de dormir. Y yo siento latir muy fuertemente su corazón bajo mi mano, y veo que no duerme. Le hablo dulcemente en italiano, y me responde en slavo, con palabras entrecortadas, como el que está mal despierto.

Pascuala Ivanovitch dice, contando por los dedos, que sólo tiene diecinueve años; esta es la edad que yo le atribuía, pues está ya formada; sin embargo, cuando habla se diría por la voz que era una niña. Huele á heno segado, á establo, á las yerbas de la montaña, y también un poco á los corderos que guarda. A toda luz su velo blanco y su corpiño parecerían rotos, ajados, sucios por la tierra de los caminos; por la noche todo es lindo, todo parece bien sobre la yerba del campo.

Cuando Pascuala mueve la cabeza se oye un ruido metálico, producido por la bisutería de cobre y por las arracadas y agujas colgantes que sujetan el velo á la tela de su gorro rojo.

Ha debido tener más de una aventura con los pastores de Baozich, y, seguramente, ha entregado ya su cuerpo que quema. Tiene sencilleces y desvergüenzas de niño pequeño. Es muy bella, y su busto es puro como el de una estátua.

Se está bien en este bosque de olivos. En el suelo hay musgo seco, líquen, hojas caídas.

Es noche oscura; se siente, sin embargo, que se está en un sitio elevado, que domina la mar desde lo alto, así como la escuadra europea.

Llegan los ruidos lejanos de los tambores y los pífanos, campanadas, músicas rusas, himnos austriacos, gigas inglesas (1), cantos de marinero en todos los idiomas. A distancia, todo esto se confunde y se mezcla al ruido general, el canto de los grillos de la campiña.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque!..... Se diría que todos estos barcos se han reunido á nuestro alrededor para darnos este concierto vago y extraño. Y, sin embargo, su extraña reunión representa la agitación de la política, la amenaza terrible de una guerra general, de un conflicto europeo.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque! El tiempo está otra vez despejado, los olivos dibujan sobre el cielo estrellado sus hojas como un fino encaje negro. La tierra huele bien, cantan los grillos, el corazón de Pascuala palpita siempre muy fuerte bajo mi mano..... Son nuevas para mí estas pala-

(1) Baile del país.—(N. del T.).

bras slavas que me dice, y no sé comprenderlas aún; este país también es nuevo, y empiezo á amarle como he amado tantos otros.

—¡Pascuala! ¡Pascuala!—llama con acento extranjero la voz triste de todas las noches.

Pascuala se levanta y echa á correr.

Yo vuelvo á bajar á la playa.

VI

Viernes 15 de Octubre.—Día de viento y de lluvia. Grandes borrascas de otoño. El sol aparece de tiempo en tiempo entre los aguaceros.

Pascuala, que pasea sus corderos como de ordinario, me enseña un rinconcillo de la montaña en que los mirtos y los granados están cubiertos de flores como en la primavera; un jardín de otoño, abrigado en el fondo de un barranco. Conoce ella allí un escondrijo de pastora, bajo gruesas piedras, donde nos guarecemos de los chubascos.

Pascuala tiene un hermano mayor que no había yo visto aún. Llega de improviso y me lanza una mirada escrutadora y de desconfianza. Con una

explicación que yo hubiera deseado comprender, dada por Pascuala en slavo, sonríe y me tiende la mano.

Está vestido como un aldeano dalmata. Se llama Juan y es batelero en Rizano. Tiene la misma cara que su hermana, los mismos grandes ojos grises, el cutis bronceado y los cabellos rubios como ella, y el bigote destaca su color claro sobre el color verdoso de sus mejillas.

Juan Ivanovitch me acompaña hasta la orilla del mar. Está muy admirado de cosas que nos son muy familiares; el embarque de un oficial en su bote, los honores del pito, los marineros que se precipitan para ofrecerle la mano, para extender la alfombra tradicional, etcétera. Parece deducir de esto que soy todo un gran señor.

Nunca las montañas del Montenegro me habían parecido bellas de una manera tan extraña como esta tarde. Sobre un fondo moreno, sombrío de nubes de tormenta, iluminadas con color rojo por el sol poniente, con un rojo que no se puede imaginar, con un rojo de brasas vivas que les daba aspecto de incandescentes, aspecto de estar aún en fu-

sión. Grandes murallas de fuego; aspectos grandiosos y aterradores de visiones de apocalipsis.

Reflexión que ha hecho cerca de mí mi amigo Plunkett: «Se cree en el panteísmo contemplando cosas semejantes.» En el momento que él lo decía yo lo pensaba.



VII

Domingo 17 de Octubre.—Pascuala me había dicho que le llevara cuatro florines para comprarse un gorro encarnado. Se los he dado esta tarde, y, muy colérica, los ha arrojado á la maleza.

En seguida se ha echado á llorar y se ha desgarrado las manos para buscarlos á la luz de la luna entre las zarzas. Me los ha devuelto, á excepción de uno que no ha podido encontrar.

Acaso una niña tan linda como Pascuala Ivanovitch tiene defectos ó vicios; importa poco: debe tener, á pesar de esto, algo hermoso en el corazón; en el estado salvaje, la belleza física es incompati-



VII

Domingo 17 de Octubre.—Pascuala me había dicho que le llevara cuatro florines para comprarse un gorro encarnado. Se los he dado esta tarde, y, muy colérica, los ha arrojado á la maleza.

En seguida se ha echado á llorar y se ha desgarrado las manos para buscarlos á la luz de la luna entre las zarzas. Me los ha devuelto, á excepción de uno que no ha podido encontrar.

Acaso una niña tan linda como Pascuala Ivanovitch tiene defectos ó vicios; importa poco: debe tener, á pesar de esto, algo hermoso en el corazón; en el estado salvaje, la belleza física es incompati-

ble con la fealdad moral. Como no hablamos el mismo idioma, me falta absolutamente tiempo para descifrar y comprender su modo de ser; no puedo apreciar, al contemplarla, más que lo que ven mis sentidos: la belleza del cuerpo.

En mármoles de Paros, en mármoles pentélicos, esculpian los griegos jóvenes formadas como Pascuala Ivanovitch. No se puede creer que esta belleza sea sólo materia admirablemente modelada; debe haber también en el corazón un *algo* puro y grande.

18 de Octubre.—Ha vuelto el buen tiempo, la calma, el cielo del Mediterráneo.

Los pasados días de lluvia han hecho al aire más ligero y transparente. Son más vivos y más bellos los matices de todas las cosas, el azul irisado de las montañas, el azul oscuro de la mar, el verde esmeralda de los mirtos que cubren las rocas, el rojo de las granadas, el verde oscuro de los olivos, y las moles de piedra se destacan en la altura, sobre el cielo, ya en color gris claro de ceniza, ya en tinte blanco de lava.

Por la tarde reina una atmósfera tibia en la mon-

taña; la luna llena ilumina los senderos, bordados de mirtos y de matorrales.

En el cercado de olivos espero á Pascuala..... media hora, una hora..... Pascuala no viene. Me acerco con cuidado á la choza que está cerrada. Se oyen dentro las voces de los dos ancianos, que parecen dirigirse reproches, reñir fuertemente en slavo, y la voz de Pascuala, que responde muy bajo, y también la de Juan, su hermano.....

A media noche el *Helicón*, que había ido á tomar órdenes á Italia, vuelve con noticias políticas que parecen graves. Dicen que nuestra manifestación contra la Albania está terminada, que la escuadra internacional va á ser disuelta, y que nosotros volveremos á Inglaterra.

19 de Octubre.—He corrido por la montaña todo el día; he subido muy arriba, por encima de las nubes, con intención de cansarme mucho, de no pensar en Pascuala por la tarde, y de dejar tranquila á la pobre niña.

¡Qué bien estaba allí, tan arriba, echado en el hueco de una roca, entre los enebros y los arbustos,

plantas débiles y raquíticas de las cumbres; solo, muy lejos de los hombres, en la punta extrema de la montaña más alta de Baozich!

Bien abrigado del viento frío que reina en las cimas, calentado por el sol que entraba en mi escondrijo de piedra, miraba desplegarse á lo lejos, bajo mis piés, inmensas perspectivas.

Había llegado allí, subiendo primero por senderos de cabra, bordados de mirtos y tapizados de musgo. En la región húmeda, donde quedan las nubes, había en los huecos de las piedras plantas de helechos finas y frescas.

Después nada de senderos; rocas grises que tuve que escalar, rasgándome las manos con los espinos de las malezas, que crecían entre las hendiduras, como plantas que hubiesen temido, al caer de tal altura, ser arrastradas por el viento.

Cuando mi reloj marcó las dos salí de mi escondite para ir á sentarme á un sitio próximo, al extremo de la última piedra de la cumbre. Soplaban un viento tal en esta altura, que me costó trabajo sostenerme. Empecé á agitar en el aire, poniéndolo en el extremo de un palo largo, un ramo de acebo; esta era una señal convenida con el *Temerario*, que pa-

recía, visto desde allí, una mosca sobre el agua. A las dos en punto de la tarde, los anteojos de larga vista, de á bordo, debían estar dirigidos á este pico de la montaña.

Después volví á mi nicho de piedra y permanecí allí mucho tiempo; no tenía gana ninguna de volver á bajar.

Veía á vista de pájaro las ondulaciones de las crestas de las montañas, huyendo por debajo de mí, y yendo todas á confundirse en una inmensidad azul, que era el Mediterráneo; y más lejos, en los últimos límites del espacio, el círculo vagamente dibujado del horizonte de las aguas parecía subir en el aire.

En aquel momento comprendía muy bien la existencia de las águilas ó la de esos ermitaños solitarios que viven en las cimas; me parecía ver y juzgar todas las agitaciones de la vida humana, como si yo no perteneciera al mundo, y dominándolas desde lo alto, me absorbía en la contemplación de lo infinito.

Debajo, muy lejos, había, sin embargo, algo sombrío, que se mantenía mucho más alto que yo en el cielo.

Era la cadena de las sombras del Montenegro. Los cortes de sus picos estaban claros y perfila-

dos, pero sus bases más indecisas parecían disolverse, confundirse en el vacío, inclinándose hacia mí, como masas que van á caer. Mirarlas fijamente producía vértigos.

El día avanzaba, y yo tenía apetito; bajé con rapidez y volví á bordo poco después de la puesta del sol.

VIII

Pero cuando llegó la noche, salté á tierra y me encontré en los senderos de Baozich. Primero me dirigí al lado opuesto á la cabaña de Pascuala, y después retrocedí y subí al bosque de los olivos.

La hora había pasado, pero Pascuala Ivanovitch estaba aún allí, y me esperaba. Me dijo algo en slavo, que debía significar esto: «¿Qué tarde vienes á la cita!»

.....
 No sé el tiempo que pasó: solo sé que la temblorosa voz de la vieja llamó, como de ordinario, con el mismo tono de siempre: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Esta se levantó y echó á correr.
Yo quedé tendido en el suelo y me dormí.

Me desperté con un gran frío; caía el rocío sobre mis vestidos. La luna había salido del fino encaje negro de las hojas de los olivos, y me miraba llena, como un ojo helado y muerto.

Oí muy lejos, en medio de este silencio de la noche, una especie de fanfarria triste, con redobles de tambor: el último toque de cobre-fuego de los barcos ingleses.

Sin duda era muy tarde, y mi canoa, después de haberme esperado, se habría ido hacia mucho tiempo.

Bajé á la playa. La cabaña en que los bateleros se detenían á beber estaba cerrada. Las barcas de éstos estaban amarradas á unas piedras.

Distinguí, pegado á un árbol, á un hombre con traje dálmata, que podía ser también batelero, y me aproximé á él. Era Juan.

—Tus marineros han venido á esperarte—dijo—han temido que te hubiese ocurrido alguna desgracia en la montaña, y han ido allí. ¿No has estado con mi *sorella* (hermanita) esta noche?

—Le dije que no, y sin duda no me creyó, pero

no insistió más.—Dijo simplemente con tono duro:

—Bien, si quieres, entra en mi barca. Pero esto te costará cinco florines, porque es de noche.

.....

A bordo del *Temerario* dormían los marineros.— Pasé por debajo de las filas de sus hamacas colgadas, y entré en mi cuarto, que estaba á oscuras.

Encendí las bujías, y me quedé sorprendido al encontrarle lleno de flores, como un altar de la Virgen. Canastillas de mirtos, ramas olorosas de naranjo y rosas.

Me había olvidado ya de estos ramos, enviados por la mañana de Baozich. Mi criado, durante mi ausencia, los había puesto en agua, arreglándolos á su manera, con una simetría como la de las capillas. Estaba bonito, sin embargo, y hacía un efecto extraño ver las flores mezcladas con las antiguas telas brochadas de Ragusa, y con las armas, antiguas también de Oriente, brillantes de nacar y metal. Dejé los ramos como él los había puesto, á pesar del peligro de sus perfumes.

Cansado como estaba, me acosté entre todas estas flores, y caí en un sueño lleno de sobresaltos y de visiones.

Un ensueño de esta noche:

Yo había muerto. Estaba en un cementerio, sentado en la piedra de mi tumba, en el crepúsculo de una tarde de verano. Volaban por el aire bandadas de mosquitos y mariposas, y había flores por todas partes, entre las tumbas y entre la hierba crecida de los cementerios.

Yo reconocía el lugar: era aquél en que descansaban mis abuelos muertos; experimentaba yo ese horror particular que me dejaba frío cuando me llevaban allí, por la tarde, en mi infancia, para ponerles coronas; una especie de tristeza, una clase de espanto que no se puede expresar con palabras humanas..... Está formado de impresiones, de sentimientos vagos, indefinibles, que son como recuerdos ó intuiciones de cosas extra-terrestres, y se experimentan más claramente, se está más cerca del objeto de estas concepciones misteriosas en el sueño que en la vigilia.....

Yo estaba solo en el cementerio á la hora del crepúsculo, sentado sobre mi tumba; tenía conciencia de no ser más que una visión, una cosa impalpable, un fantasma, una apariencia de sér, persistiendo todavía por la tensión y la fuerza de mi propia voluntad. Sentía, sin embargo, que bien pronto me desvanecería para siempre, extinguiéndome en la

nada, y quería luchar contra el fin último; sentía yo la angustia de que mi cuerpo humano no existiese ya—la angustia de mi carne, de la materia de mi vida que había desaparecido..... Y tenía sueños de juventud, y de fuerza, y de amor, y de embriaguez de los sentidos, y de embriaguez de vivir..... Y aún deseaba yo todo esto, que se había concluido para siempre..... Verdadero fantasma, sentía que iba á desaparecer.

Había en las avenidas del cementerio gentes que yo había conocido; y me levantaba, salía á su encuentro, tendiéndoles la mano para ensayar mi aspecto, para pasar por vivo, para ver si ellos se equivocaban..... Avanzaban, trataban de tocarme; encontraban el vacío y pasaban de largo..... De repente se acordaban de que yo había muerto, se pintaba en sus ojos un terror horrible, y huían. Entonces, un furor grande contra los vivos hacía presa en mí; tenía verdaderos deseos de fantasma; de espantar, de hacer daño, de infundir miedo; y las perseguía, corriendo tras de ellas sobre las tumbas, exclamando—«¡Uh!..... ¡uh!.....»—y dando gritos lúgubres.

Quando ya las había perseguido mucho, me vol-

vía á sentar sobre mi piedra para esperar á otras. Sentía que me extinguía por instantes, á pesar de la tensión de toda mi voluntad—que me iba, que me iba—que bien pronto no me vería yo mismo.

Sin duda era un crepúsculo de Junio; había en el cementerio perfumes de flores; perfumes tan suaves, tan penetrantes, que me desvanecían; había guirnaldas de rosas en todas las tumbas, y altas hierbas floridas, sobre las cuales las mariposas y los mosquitos bailaban continuamente sus ligeras rondas. Todo esto me llenaba de deseos de vida y de amor, á mí, que estaba muerto.....

De repente ví á Pascuala Ivanovitch que pasaba por una avenida, con cabras blancas. Pascuala no debía saber que yo había muerto, porque esto acababa de sucederme repentinamente; avancé hasta ella..... Me miró sonriendo..... la estreché contra mí, y ví entonces que podía experimentar aún todas las embriagueces.....

Eran las cinco de la mañana. Vinieron á despertarme para las maniobras. Me levanté apresurado, me lavé con agua fría la cabeza, que me dolía mucho, y subí al puente cuando ya empezaba á ser de día.

—Las flores de los mirtos y de los naranjos pueden dar sueños muy sombríos.

A las seis estábamos dispuestos para maniobrar en alta mar. A las nueve estábamos en ella. El Adriático, tranquilo y azul. Ejercicio de cañón todo el día; mucho ruido y mucho humo, bajo un hermoso sol. Oficiales franceses y rusos estuvieron invitados. Resultó de esto, por la tarde, un gran banquete internacional.

Vuelta á la bahía de Baozich al oscurecer. Yo estoy de servicio á la llegada y por la noche de guardia, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada.

Hasta mañana no podré volver á ver á Pascuala Ivanovitch.



IX

30 de Octubre.—Diez días más que hemos pasado ante Baozich.

Estas espantosas montañas forman como una muralla de separación entre lo que hay aquí y lo que hay fuera de aquí, en otra parte cualquiera; yo me acostumbro á esta gran bahía tranquila, á este rincón aislado de la tierra. Aprendo poco á poco palabras slavas con Pascuala, y las gentes sencillas de la montaña me conocen ya.

He pasado hermosos días de libertad en estos campos silenciosos, vagando por caminos sombríos, que suben ó descienden bordeados de mirtos y de helechos. De trecho en trecho, y entre el verdor espeso de los bosques, se encuentran viejas aldeas,

con casas de piedras ennegrecidas por el tiempo; aldeas que se sostienen no se sabe cómo, verdaderamente colgadas sobre abismos. Las gentes de allí tienen semblante primitivo y salvaje; pero las chozas están todas rodeadas de naranjos en flor y de rosales.

Paseándose sin rumbo por senderos hechos para las cabras, y á veces abriéndose paso entre las ramas se vé á sorprendente profundidad el agua azul, sobre la cual parece dormida nuestra escuadra; ó bien en el aire, entre ligeras nubes, se entrevé la mole de piedra del Montenegro, cuya cima baña la luz del sol.

El otoño es la más encantadora estación en estos países mediterráneos. El campo huele bien y son admirables los bosques. El sol, que aquí se retarda para madurar los higos azucarados, las rojas granadas y las naranjas, caldea todos los días, en ciertos repliegues de la montaña, verdaderos edenés, rincones privilegiados y deliciosos, cubiertos todavía con las flores del estío.

Crecen las higueras por todas partes, entre las rocas, sembrando sus frutos esquisitos en la tierra de los caminos. El que quiere se los lleva sin dificultad. Los bosques están llenos de granados; sus sabrosos frutos se abren y se desgranán, esmal-

tando el musgo y las hojas secas de perlas rojas, que parecen rubíes.

Nadie come estas granadas, pero cuando se tiene sed se recojen bastantes granos, se aplastan de una pedrada y se bebe el agua rosada, fresca y perfumada, que destilan. Pascuala es quien me ha dicho esto.

Todas las tardes, cuando los últimos resplandores dorados se extinguen sobre las cimas de piedra, cuando la obscuridad descende á lo profundo de los valles, suena la hora en que Pascuala me espera en lo alto del bosque...



X

31 de Octubre.—Era domingo, y se había autorizado por primera vez, para saltar á tierra, á algunos pobres marineros de todos los navios de la escuadra elegidos entre los más prudentes.

La antigua ciudad de Castelnuovo, la única de los alrededores, á dos horas de camino de Baozich, había sido visitada por ellos y habían ocasionado allí gran alboroto.

(Cattaro, mucho más alejada, no les era accesible por tierra.)

De ocho á nueve de la noche estuve sentado en los mirtos con Pascuala, cerca del camino de Castelnuovo; nos divertimos viendo pasar á los rezagados, que venían á tomar sus lanchas en Baozich.

El silencio de la noche y el zumbido regular de los grillos se interrumpían á ratos con su animación; cantaban en diferentes idiomas canciones de su país. Los más alborotadores fueron seguramente cuatro rusos, extraordinariamente alegres, que llevaban una cosa informe: era uno de sus amigos, ébrio del todo; tenían con él el mayor cuidado; sólo que como estaban cansados por traerle desde Castelnuovo, de cien en cien metros lo dejaban en el suelo y se sentaban encima para descansar. Después volvían á emprender su camino al compás de un cántico slavo.

Produjo miedo á Pascuala este simulacro de entierro á la luz de la luna, y se refugió en su choza.

Una decena de austriacos pasó después; eran los últimos, venían alegres, animados, y cantando una preciosa canción. Estos me vieron y se pararon con objeto de apostar sobre cuál sería mi nacionalidad. Después, uno de ellos, se quitó el gorro y se adelantó con mil reverencias, rogándome que *les hiciera el favor de decirle*.

Respondí al azar que era francés; esto produjo gran entusiasmo: todos me estrecharon la mano y se retiraron pidiéndome mil perdones por haberme molestado.

Si en esta ocasión hubiese tenido la ocurrencia

de decir que era italiano, probablemente hubiera recibido fuertes golpes. Y sin embargo, en italiano sostenían ellos su conversación: eran dálmatas, como todos los marinos del Austria, y el idioma de sus enemigos era también el suyo.

Es muy curiosa la amistad entre los franceses y los austriacos. En nuestra escuadra de Babel, donde es preciso fraternizar con todo el mundo, subsisten todavía las simpatías y los odios nacionales; así, es notorio que los franceses forman bando con los austriacos y los italianos con los alemanes.



Lunes 15 de Noviembre.—Todavía han transcurrido dos semanas más..... Pasan los días, fastidiosos por demás,—alegres y casi dulces para mí;—es el encanto de Pascuala—ó el encanto de esta comarca..... No sé bien cual de los dos; sin duda los dos reunidos.—Pero hay algo que ahora me retiene aquí, y cuando sea preciso partir, dejaré Baozich con pesar.

Las noticias políticas se suceden y se contradicen. En realidad no sabemos nada, ni de la cuestión de Dulcigno, que nos ha hecho venir, ni de las decisiones tomadas en los gabinetes de Europa; parece que nos han olvidado, y no podemos adivinar cuando será la vuelta.

¡Noviembre!—Aquí estamos en la estación tibia y tranquila en que las hojas enrojecidas de los bosques comienzan á caer con los últimos frutos maduros; la estación en que vuelven á florecer los rosales, los naranjos y los mirtos. Es tan bello y tan apacible todo lo que nos rodea, tan puro el aire, hay una esplendidez tal en estos bosques, que todos los recuerdos desaparecen, olvidándose todo con el encanto de mirar, de respirar, de vivir.

Hay momentos en los cuales el encanto es mayor (no se sabe ni se explica el por qué), y éstos se conservan en la memoria.

Así, él día de hoy, cálido como uno de verano, yo me había dormido sobre el musgo y las hojas secas—serían próximamente las dos—y el sol de Noviembre hería con sus rayos los campos silenciosos.

Me despertó la voz de un pastor, que llamaba fuertemente á su amigo Angel con acento italiano.

—¡Angelo! ¡Angelo!—La voz se apoyaba en la primera sílaba, y se arrastraba hasta el fin, repercutiendo á lo lejos, en los ecos de la montaña, inundada de sol.

Al abrir los ojos, no ví ni á Angelo ni al que había lanzado la voz llamándole; pero entre las ramas, en

el aire, ví como en el cielo la capilla vieja de Baozich, encaramada sobre su roca, y por el camino que pasaba cerca de ella ví bajar á Pascuala, cantando á media voz un aire slavo y llevando delante sus corderos.

Y á pesar de esto, todavía permanecí echado sobre el liquen, en un sitio en que el suelo estaba cubierto de guijarros grises. Sobre el liquen había gramíneas marchitas, tardías escabiosas sobre su tallo, florecillas retrasadas. Hacía casi fresco; á mi espalda oí roce en las malezas doradas y ruido de corderos que pacían en la yerba. Era el rebaño de Pascuala, que llegaba rápidamente; ella venía detrás, sonriendo, con un aire picaresco de muchacha montaraz que medita una farsa, y tratando de no hacer ruido para sorprenderme.

De ella, sin duda, es de quien procede el encanto de estos momentos.....

Son siempre muy inocentes nuestras citas durante el día; pero por la noche parece que hay algo en el aire y en los senderos de estos bosques que nos altera, y que una fiebre singular se apodera de nosotros al mismo tiempo que las sombras invaden la tierra.

Pobre capilla de Baozich, encaramada allá arriba, como un nido de águila; vieja capilla, donde más tarde Pascuala dormirá bajo el musgo.....

En el cercado solitario que la rodea nos hemos detenido muchas veces juntos, ya mirando las tumbas, ya el muro tapizado de enredaderas; es un sitio tranquilo, desde donde se descubre un paisaje admirable.

Allí, un día Pascuala me hizo mirar por una anti-gua claraboya á una cueva que se abría bajo la nave.—Era el osario—cosa siniestra y silenciosa como la nada—el fin último de todas las existencias humanas.

A la media luz que llegaba al fondo, se distinguían cráneos verdosos amontonados en desorden; los cráneos de los slavs de la montaña, antepasados de Pascuala.

Y á nuestro alrededor, en torno de los dos que estábamos allí, jóvenes, sonreía la naturaleza, radiante y eterna, cerca de aquellos despojos: sonreía sobre el azul del horizonte y de la mar; el sol caía á plomo sobre los verdes matizados del bosque, y un silencio, lleno de alegres zumbidos de abejas, dominaba á los campos inundados de calor y de luz.

XII

Todos nuestros días se parecen en Baozich, y, sin embargo, no me canso todavía de esto.

Todas las tardes, un poco antes de la puesta del sol, en la hora melancólica en que las cimas de piedra se colorean de rojo y los valles se llenan de sombra—todas las tardes doy el mismo paseo por el camino, que ya me es familiar, que bordea la playa.

La carretera, única del país, es la que conduce á Ragusa. Pasan por allí á caballo algunos viajeros, aunque pocos; por allí caminan á pié pintorescos aldeanos: montenegrinos, que bajan de sus montañas; albaneses desterrados por la guerra; vagabundos, salidos no se sabe de dónde. El camino, más bien es un sendero encajado entre la mar y las ma-

tas de mirtos, ó los pequeños muros grises, llenos de enredaderas, que limitan las plantaciones de olivos. Unas veces se anda sobre arena y otras sobre una especie de baldosas muy antiguas, que proceden de las Repúblicas Ilirianas, rivales de Venecia; la mar socava dulce y constantemente este camino en compañía del tiempo. Hay casitas edificadas en su orilla—quintas ó antiguas habitaciones señoriales del estilo veneciano, que ya están en ruinas—ó bien pequeñas posadas, donde concurren los pescadores y en donde se les sirve cerca de la puerta café, como en Oriente. Cuando yo deje totalmente este país, veré mucho tiempo todavía estas casitas de la playa con sus buenas gentes que, por la tarde, se sientan en los bancos de piedra inmediatos á las puertas, y á la sombra de los árboles, amarillentos ya—y al pasar yo me saludan.....

Seguramente es de Pascuala de quien procede el encanto de todas estas cosas.

Los domingos lleva una gran animación á este camino la presencia de las escuadras: los oficiales se pasean; los marineros también: los franceses ruidosos; impasibles los ingleses; buenos muchachos los austriacos; los italianos polemistas; solapados los

alemanes; ébrios los rusos, en disposición de fraternizar ó de apalearse, cantan y escandalizan.

Y además, el domingo hay el mercado de las chucherías viejas y de las armas. Se verifica al aire libre, en los bancos que hay delante de las posadas campestres. Las mujeres bajan de todos los rincones de la montaña, para venir á ofrecerles lo más bonito de sus viejos adornos. Y canoas conducen sin cesar albaneses, vestidos con traje oriental, que llegan del otro extremo de la bahía para vender armas turcas. Estos últimos están siempre cerca de mí porque comprendo su idioma, y vienen á menudo para elegirme árbitro de sus contiendas. Musulmanes, más ó menos renegados, más ó menos bandidos, traen á Baozich antiguos fusiles preciosos, viejos machetes que no se encuentran más que entre ellos que los han robado—Allah sabe dónde—gracias á esta temporada de desorden extraordinario que atraviesan los países del Islám.

Pero el domingo pasado, ¡qué tranquilidad! ¡Qué paz en todo el país! Fuera de este camino de la playa se está en pleno bosque; no hay ya más que los senderos de cabra que van á la montaña, á las aldeas suspendidas en la región de las nubes.

El paseo á Cattaro, próximamente una vez por semana, forma parte de nuestro plan ordinario de vida. Dos horas de camino en canoa de vapor. Es necesario ir de tiempo en tiempo á la vieja ciudad, á un país más culto, para hacer provisión de muchas cosas desconocidas en Baozich.

Cattaro está detrás de una montaña y frente á otra bahía mucho más admirable aún que la de Baozich, mucho más grandiosa y sorprendente.

Sin embargo, yo no voy ya allí; prefiero ahora quedarme en los mirtos de Baozich, porque aquí está Pascuala.....

Más tarde echaré de menos esta temporada de amor, y recordaré este país al que no he de volver jamás.

¡15 de Noviembre ya! Nadie lo creería, viendo los días que se siguen tan cálidos y tan tranquilos.

A las doce de la tarde hace un calor abrasador, y sólo en la puesta del sol se conoce que avanza la estación. La noche llega rápidamente, con una especie de frescura penetrante, un primer estremecimiento melancólico del invierno.

Ya es completamente de noche cuando, después de comer, vuelvo á salir en busca de Pascuala. Mi

canoa surca las obscuras aguas, agitadas algunas veces por el viento del otoño, que se levanta al oscurecer. Se aleja la escuadra, y con ella sus luces, reflejadas en el agua; se alejan también sus redobles de tambor, sus pífanos, sus cánticos desacordes en todos los idiomas; y en cambio, la gigantesca masa obscura, que parece pretender escalar el cielo, y que es la montaña, se aproxima, aumenta, aumenta sin cesar.

Una lucecita brilla á intervalos en toda esta intensa negrura, marcando un sitio en que se puede tocar tierra: es un lugar donde se puede hacer la aguada; allí hay marineros á menudo, ingleses ó extranjeros, entretenidos en proveer de agua sus depósitos.—Atraco en aquel sitio, y mi canoa vuelve á bordo.

Hay que recorrer aún una cierta distancia sobre el sendero que bordea la mar, para llegar á las ruinas aisladas, al soportal ahumado que forma la posada de Baozich. El camino es estrecho: por un lado, las olas que se estrellan allí; por otro, las malezas que forman espesa valla y los olivos que inclinan sus copas hácia el camino.

Al oír ruido de pasos, es preciso detenerse y observar; el que pasa, rozándoos en la obscuridad, es algunas veces un batelero, un pescador, un valiente

aldeano de los alrededores; otras veces un vagabundo montenegrino, con aspecto de bandido, que también se detiene y mira.

Los que me conocen dicen en italiano: «Buona sera.....»; los desconocidos me examinan con desconfianza, y al distinguir mi larga capa y mi gorro slavo semejante al suyo, rojo, con un semicírculo de oro, exclaman:

«¡Dobravetche!»—Yo contesto: «Dobravetche,» y pasan.

Soy el único de los oficiales de la escuadra que va á tierra por la noche. Al principio, mientras duraron las hermosas noches de verano, se explicaba mi conducta; pero ahora que las noches son frías, la mar está algunas veces picada y el tiempo amenaza lluvia, se preguntan mis compañeros qué es lo que voy á buscar á este campo—negro como el infierno—y no se saben contestar.

La posada de Baozich es el lugar en que espero todas las noches á que den las ocho, hora de nuestra cita.

Abro la puerta por donde sale al exterior el débil resplandor que me guía, y aparece ante mis ojos aquel gran sotechado de miserable aspecto, iluminado por un quinqué que echa humo.

En el fondo hay montones de leña, cofres viejos,

pilas de cosas informes; en el centro bateleros sentados alrededor de una mesa bebiendo *slavo-vitz*; chalanés, tratantes en armas de Albania, vagabundos sorprendidos. En un rincón la posadera, vestida de andrajos, sentada sobre un taburete; sobre su cabeza dos cuadros de santas, con marcos dorados, muy antiguos y preciosos, colgados en el sombrío muro.

Conozco á casi toda aquella gente; cuando llego me dicen: «Buona sera,» y me hacen sostener un poco de conversación con los unos ó con los otros, en italiano ó en turco. Cuando Giovanni—el hermano de ella—llega allí, desde Rizano, para conducir una barca cargada de frutos á la escuadra—me mira de arriba abajo con sus ojos grises, despreciándome, y vuelve la cabeza. Yo no puedo resistir su mirada; tal vez le amo porque es hermano de ella.

Enciendo un cigarrillo de Cattaro, lo coloco en un largo tubo de madera blanca, pintarrajeada de rojo, y pido café, que me preparan en una tacita pequeña, como en Turquía. Algunas veces, cuando el tiempo todavía es bueno, hago llevar este café al banco de piedra que hay delante de la puerta; en

tonces, uno de los concurrentes se levanta por cortesía para venir á hacerme compañía fuera; bien Gregorio, ó bien Mateo Ivovitch, ó el albanés Mehmet, ó cualquier otro de Baozich.

El cigarrillo es acre, amargo el café, y detestable el zaquizamí en que me han servido todo esto. Y, sin embargo, todo me parece esquisito, todo me encanta, y me complacen todos los detalles de esta reunión, porque se acerca el momento de ir al bosque de los olivos á reunirme con Pascuala.

Suenan las ocho, lejos, en el mar, á bordo de los acorazados. Ya es hora de salir. He enseñado á Pascuala á contar estas ocho campanadas que se oyen, á mucha distancia, por la noche en la montaña. Pascuala sale entonces de su choza; yo subo por el sendero que deja á la derecha la aldea, y nos encontramos en el cercado de los olivos.

Ando de prisa en la obscuridad; conozco todas las piedras, y sé de memoria todas las vueltas del camino; no me preocupan ni la lluvia, ni la noche, ni los vagabundos montenegrinos, ni mucho menos los fantasmas, ni el pasar cerca de la capilla y del viejo cementerio; experimento como una fiebre deliciosa, al subir por este sendero cubierto de musgo

y de hojas secas, en el que se notan todos los perfumes propios del otoño.

¿Cómo puede Pascuala salir todas las noches de su cabaña á la hora de la cita? ¿Acaso sus antiguos amos no se ocupan ahora de la conducta nocturna de su criada y pastora? ¿O es que ella se escapa y sale sin ruido cuando están dormidos ya? Sería muy complicado para nosotros explicarnos todo esto con una docena de palabras, slavas é italianas, que constituyen nuestro idioma común, y que deben servirnos para expresar todos nuestros pensamientos.

Unas veces un poco antes, otras veces un poco después, llega Pascuala franqueando el muro del cercado por el mismo sitio, por un rincón en que las piedras grises se han caído sobre los helechos.

Un gran olivo, el más viejo de los árboles del país, es el que hemos elegido para lugar de las citas; sus raíces centenarias forman una almohada en que apoyamos las cabezas.

Desde que las noches empezaron á ser frías y húmedas por la niebla, Pascuala, para no sentarse sobre el musgo mojado, trae sobre los hombros su manta montenegrina, negra, con zig-zags rojos. Antes de tenderla sobre el suelo con mi capa, nos entregamos á un trabajo infantil, que ejecuta Pas-

cuala todas las noches con la misma seriedad: recoger las olivas caídas, que es preciso no aplastar porque llenarían de manchas nuestros abrigos.—Pascuala gasta en esta ocupación todos los fósforos que llevo yo de Cattaro, porque el viento se los apaga sin cesar.

En el bosque en que estamos oímos todas las noches los ruidos propios de la escuadra que duerme abajo, en la bahía. Los últimos cánticos, las músicas últimas, todo esto nos llega según el viento que reina, más ó menos distinto, más ó menos confundido en incierto rumor, mezclado más ó menos con el ruido de los árboles y de la noche, con los crujidos de las ramas y los roces inquietantes de las hojarascas. Hay momentos de espanto, en que Pascuala se levanta asustada y pálida, iluminada por un rayo de luna; y después, hay instantes de paz profunda en que nada se oye.

Escucho tres redobles de tambor, debilitados como ruidos subterráneos y notas agudas de pífanos, apenas apreciables, que los acompañan.

Es el último toque que llama á bordo de los barcos ingleses. Pasado un cuarto de hora, habrá llegado el momento de despedirnos.

Todo vuelve á caer en el silencio.

Se oyen otras campanadas, varias veces repetidas: ¡las nueve! ¡ya es hora! Con sonidos dulces y lejanos, las campanas tocan lentamente, unas después de otras. Cuando suena la última, es necesario separarse.

—*¿Mirado via?* (¿Me voy?)—dice Pascuala con su dulce voz de niña.

La hora ha pasado rápida, y con ella cesa nuestra cita. Pascuala sube á su cabaña, y yo bajo corriendo á la playa, en donde, en sitio conveniente, debe esperarme mi canoa.

A medida que adelanta la noche disminuye el viento. Hacia las dos de la mañana existe una calma extraordinaria y una inmovilidad grande en la naturaleza. Todos los ruidos, hasta los menores soplos, han cesado.

La superficie de las aguas, más lisa que la del lago Miroir, en el centro de las montañas rojizas refleja la extensión del cielo, y parece otro cielo visto tras un cristal inmenso... Durante las largas horas de las guardias de noche, apoyado en el filarete, contemplo debajo de mí esta otra bóveda, parecida á la de encima; todo se ve en ella: los detalles de las nubecillas blancas que, en ligeros copos, recorren el espacio; las constelaciones y la luna con su aspecto de rostro humano.

Y á fuerza de mirar estas profundidades imaginarias, se siente una especie de vértigo; ayudando el silencio y el sueño, es fácil imaginarse suspendido en el vacío con la cabeza hácia abajo.

Las aguas, encauzadas entre tantas montañas altísimas, pueden producir también por sí solas estas ilusiones y estos vértigos.

Las cimas de piedra del Montenegro, iluminadas por la luna con pálidos y rosados resplandores, se alzan en el éter límpido sobre su gigantesca imagen invertida.

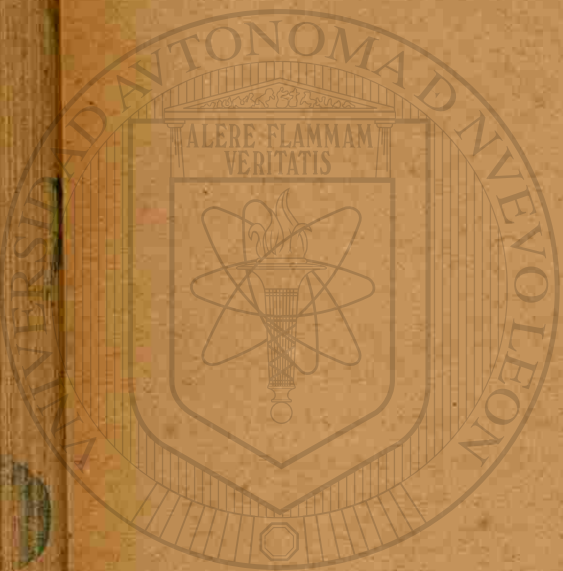
La montaña más próxima á Baozich aparece también del mismo modo; debajo de ella hay otra subterránea muy semejante, cuya cresta se destaca sobre un cielo imaginario, poblado por fantasmas de estrellas. En las masas negras de sus bosques se distingue un punto, un pequeño triángulo blanco: es la capilla.

Cerca de allí, bajo los árboles, en su cabaña, Pascuala duerme...

Blancas neblinas comienzan á surgir sobre la superficie de las aguas; cuanto más se aproxima la mañana, se levantan más brumas ligeras en los valles; las grandes imágenes espectrales que aparecieron invertidas en las profundidades del abismo se extinguen, desaparecen; se oscurecen las cimas,

esperando la hora en que ha de brillar la viva luz de la mañana. Bien pronto va á nacer el día..... Pascuala se despierta..... Lleva delante de sí, por los mirtos empapados de rocío, toda la banda de sus carneros grises y de sus cabras negras.

Y cuando hayan pasado sobre estas montañas eternas muchas noches parecidas, y estaciones y años, Pascuala dormirá, para siempre, bajo la capilla, en el osario.

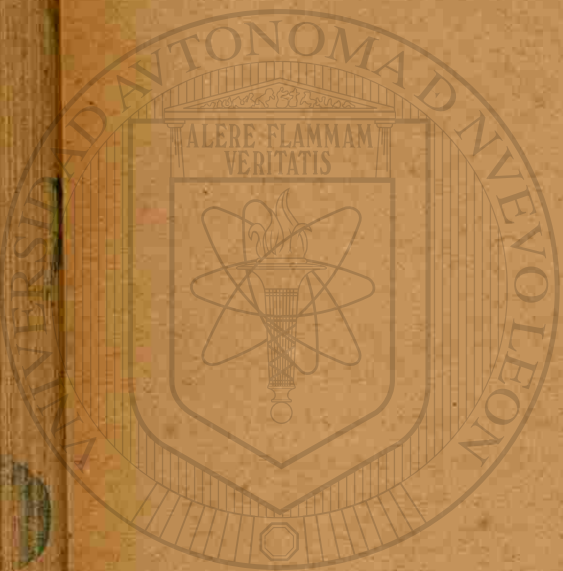


Viernes 19 de Noviembre.—El entierro de la pobre vieja asesinada. (Un crimen que han cometido los montenegrinos para apoderarse de un collar de oro.)

De tal manera me consideran, como del país, que me he encontrado invitado á este entierro y obligado á formar parte de la comitiva. Pascuala iba también con las otras muchachas de la montaña.

Las dos de la tarde. Un día de sol y de calma, que parece un día de verano. El cortejo fúnebre caminaba en zig-zags, entre malezas y flores, por el sendero estrecho que conduce á la capilla.

En el fondo de la nave me hicieron sentar en un puesto de honor, entre Juan y Mateo Ivovitch, en un nicho adornado con antiguas figuras bizantinas,



Viernes 19 de Noviembre.—El entierro de la pobre vieja asesinada. (Un crimen que han cometido los montenegrinos para apoderarse de un collar de oro.)

De tal manera me consideran, como del país, que me he encontrado invitado á este entierro y obligado á formar parte de la comitiva. Pascuala iba también con las otras muchachas de la montaña.

Las dos de la tarde. Un día de sol y de calma, que parece un día de verano. El cortejo fúnebre caminaba en zig-zags, entre malezas y flores, por el sendero estrecho que conduce á la capilla.

En el fondo de la nave me hicieron sentar en un puesto de honor, entre Juan y Mateo Ivovitch, en un nicho adornado con antiguas figuras bizantinas,

pintadas sobre un fondo dorado. Un monaguillo vino á darnos á cada uno un cirio encendido, que nos puso en la mano, y fué preciso escuchar todos los rezos del rito slavo, cantados por los sacerdotes de largos cabellos, con agitados compases como danzas de muertos.

Adelanta la estación: decididamente en Europa se olvidan de nosotros. Sin duda pasaremos el invierno en este país.

Estos últimos días han sido horriblemente sombríos. Entre la altura de las negras montañas y las grandes nubes que cubrían el cielo, estábamos como encerrados en un calabozo. La capilla, las aldeas, los grandes bosques de las montañas, todo estaba oculto detrás de las nubes. A las doce del día, en esta especie de pozos de gigantestas murallas, donde permanece la escuadra, reinaba una obscuridad siniestra.

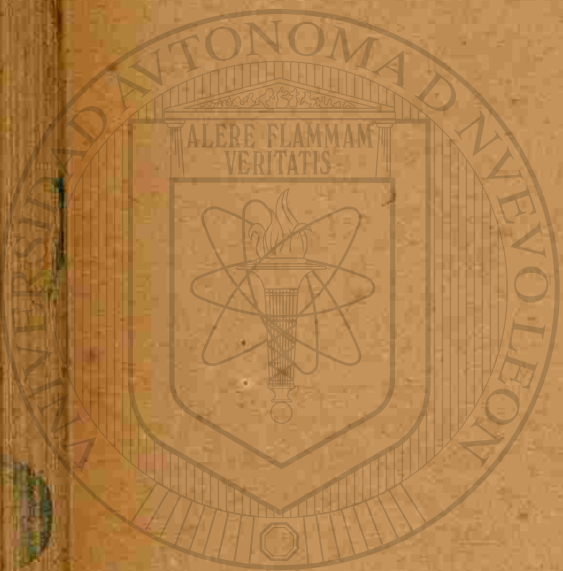
Llovía de tiempo en tiempo, y era la lluvia pesada, espesa, torrencial; entonces ya nada se veía, y el viento gemía con terrible y espantosa voz.

Y después, cuando se rasgaban las nubes y reaparecían las inmensas cumbres de piedra en medio

del horizonte, el conjunto tomaba el aspecto que tomaría si llegara el fin del mundo.....

Yo iba, sin embargo, siempre, por la noche, al cercado de los olivos á buscar á Pascuala. La mar estaba gruesa, muy mala para mi canoa, y daba miedo llegar, en medio de esta noche oscura, al bosque, lleno de ecos misteriosos y de ruidos tan tristes como lamentos. Me parecía que perseguía allí alguna obra maldita, y que todo lo que me rodeaba me dirigía una amenaza de muerte.....

Hoy, todo ha pasado; el cielo vuelve á estar azul sobre nosotros; el hermoso sol caldea la montaña; aún parece verano.



Lunes 22 de Noviembre.—He ido á caballo hasta Castelnuevo, á comprar un fusil para mí y dos estampas para ella, recuerdo que conservará siempre, aunque yo deje su país.

A la salida amenazaba el tiempo; nubes de tormenta se amontonaban por todas partes, alrededor de las cimas de piedra. Toda la cadena del Montenegro estaba oculta por una cortina negra, en la que se dibujaban de tiempo en tiempo los zig-zags de luz blanca del rayo.

Espoleé é hice apresurarse mucho á mi caballo, que tenía miedo. El trueno era más estrepitoso que otras veces en estas montañas; y cuando sonaba, haciéndolo todo temblar, el pobre animal daba un bote de lado y se dirigía hacia los mirtos.

En Castelnuovo comenzó la lluvia; un verdadero diluvio. Mi caballo quedó en la quinta de Mateo Ivovitch; yo entré en un café, establecido como los de Oriente, en donde algunos musulmanes de Albania estaban entretenidos. Al mismo tiempo que hablábamos de las cosas de la guerra, contemplábamos correr el agua á lo largo de los vidrios negros.—Pasaba el tiempo y no cesaba de llover. En la calle había verdaderos torrentes de agua amarillenta, que corrían hacia la mar y desaguaban en ella ruidosos como cascadas.

Enfrente del café estaba la tienda del vendedor de las estampas, en la cual Pascuala y yo debíamos reunirnos, según nuestro convenio del día anterior. Pero Pascuala no llegaba.

Ya había vuelto á montar á caballo para regresar rápidamente á Baozich, durante un claro, cuando de repente, á la puerta de la ciudad, oí una débil voz conocida que me llamaba: «¡Signor! ¡signor!» Era Pascuala, completamente mojada. Se había cubierto la cabeza con su manta montenegrina; sus mejillas estaban enrojecidas por el camino; sus cabellos desgredados por el viento y la lluvia. Abría detrás de mí la puerta de la muralla, y me llamaba con alegre voz: «¡Signor! ¡signor!»

Volvimos juntos á casa del comerciante. Una tienda, un chiribitil obscuro, lleno de objetos de iglesia; imágenes bizantinas, retablos dorados, reliquias, manos y piés de cera, huesos de muertos, con marcos dorados y de perlas.

Pascuala charlaba con un viejo que llevaba gafas, y que rebuscaba en el fondo de sus armarios para mostrarnos todo sus tesoros; ella estaba agitada, conmovida, como un niño que va á poseer una cosa deseada largo tiempo, y que se siente angustiado en su felicidad por el embarazo de la elección.

San Wigberto (cuyo cráneo se conserva en el tesoro de la catedral de Cattaro, en una urna de oro fino y pedrerías), San Wigberto y San Blás fueron las dos únicas estampas que gustaron á Pascuala, y que, después de algunas vacilaciones, se decidió á tomar. Había, sin embargo, santas muy bonitas; pero los dos elegidos tenían traje plateado y estaban sobre fondo dorado, y, sobre todo, los marcos eran incomparables: bajo el vidrio había guirnaldas de tulipanes de todos colores, en relieve, con hojas de metal.—Sonreían los dos santos en medio de estas flores, con la expresión vaga y mística de las figuras de la Edad Media.

A causa de la lluvia se decidió Pascuala, después de algunas dudas, á dejar allí los cuadros hasta el día siguiente, y emprendimos el regreso á Baozich; Pascuala á pié, yo á caballo, bajo un chaparrón no muy fuerte.

Ante nosotros, por el verde camino, llegaba un grupo de marineros italianos, en animada conversación con unas muchachas morenas, escapadas de las casas de prostitución de Cattaro.

Pascuala hizo un gesto y se escondió detrás de las altas malezas, llenas de agua. Entre los matorrales continuó andando á mi paso; yo la veía siempre, y miraba por cima de mi caballo su gorro encarnado; pero los italianos no podían verlo, porque iban á pié. Las muchachas morenas me dirigieron sus sonrisas, y pasó toda la banda sin darse cuenta de que una fresca flor de la montaña caminaba por mí y para mí solo tras los mirtos. Llevábamos media hora de camino, y el chaparrón se hizo mucho más fuerte; encontramos al paso una posada, en donde había bateleros bebiendo. Pascuala rehusó entrar. Tanto peor; la dejé marchar, y me detuve á conversar con los bateleros mientras pasaba el chubasco.

En cuanto pasó salí al galope. Pronto alcancé á Pascuala, que reía de muy buena gana, encantada de sí misma.

Me fué preciso ir á su paso, caminando tranquilamente bajo la lluvia. Sus vestidos estaban calados, y por el corpiño entreabierto se veía correr el agua sobre su dorado pecho.

Cuando llegamos á Baozich tomó el sendero de la izquierda, que conduce á su cabaña, entrando yo en la posada á secarme delante de una hoguera de sarmientos.

La tempestad duró toda la noche, hasta la mañana. Ráfagas terribles, silbidos que hacían estremecer se oían en las montañas. El *Temerario* se movía fuertemente á causa del viento; los barcos rusos hacían otro tanto, y chocaban con sus vecinos, los franceses. Toda la escuadra pasó la noche en claro.



Sábado 27 de Noviembre.—Una semana más, que concluye hoy, y estamos todavía en este país.

Desde la tormenta del lunes por la noche, Baozich está más desierto; los rusos, los austriacos, los italianos y los alemanes han partido, por prudencia, para ir á mojarse más lejos, á la bahía de Meligna. Quedamos nosotros solos con los franceses.

Estos—los franceses—no van á menudo á tierra; en los senderos de la montaña no se encuentran más que pastores y aldeanos slavos.

Todavía hay rosas en los jardinillos de las cabañas de Baozich, así como florecillas en las rocas; y las últimas escabiosas y las flores de mirto se ven aún en ciertos rincones en que dá el sol. Todavía hay hermosos días tibios, que tienen esa melanco-

lía inexplicable del otoño que acaba; todavía un cielo límpido y azul, cobija bajo su bóveda pálida las amarillas hojas de los bosques.

Hoy, por vez primera, he entrado con Pascuala en casa de sus amos, mientras éstos estaban en el campo.

Su choza parece tan antigua y tan musgosa como la roca que la rodea. La luz del sol llega hasta allí, matizada de verde, por el ramaje de las encinas. El interior es húmedo y sombrío, y está ennegrecido por el humo de dos ó tres siglos. No sabría yo explicar qué encanto de otro tiempo se mezcla allí con estos aspectos de pobreza y de salvajismo.

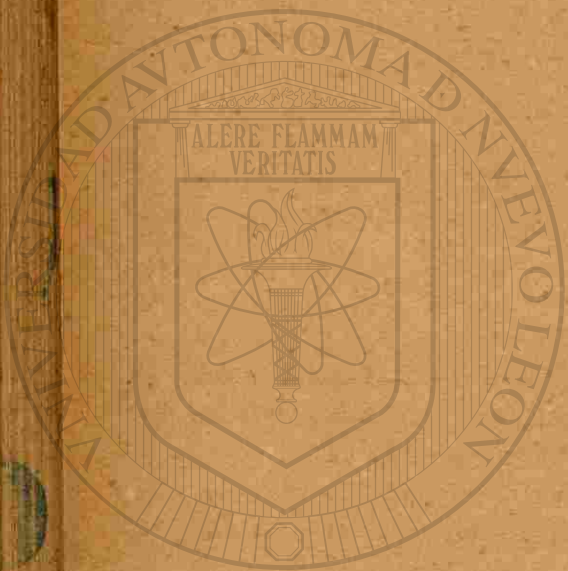
En el fondo brillan cosas preciosas sobre las piedras del muro: ¡los talismanes protectores de la estancia! Los santos tienen repisas carcomidas, y sus caras, alteradas por el tiempo, expresiones indecisas y misteriosas; los vestidos están hechos con placas de plata repujada, y una lámpara antigua, también de plata, está colgada delante de ellos. Debajo están enganchados dos fusiles de chispa, que tienen culatas de nacar y cañones damasquinados de un modo magnífico.

Este es, en efecto, el mayor lujo de los slavs, que se conservan primitivos en sus montañas: talismanes y armas resplandecientes, en medio de una gran miseria.

Por la noche hace frío. Cerrada completamente ésta, cuando yo regreso, no brilla una luz en la campiña; no se sabe á dónde encaminarse con tal obscuridad, y al pié de los bosques todo es negro.

En la posada de Baozich hay siempre hogueras de sarmientos, donde se calientan los aldeanos. Pero en el cercado de los olivos, las nieblas húmedas de Noviembre y el frío de la noche nos dejan helados sobre nuestra almohada de raíces; la luna, que pasa lentamente por cima de nuestras cabezas, á través de los ligeros dibujos del follaje, ha tomado ya el color y la rigidez propios del invierno, y las primeras nieves que han ocurrido ya en el Montenegro han blanqueado las elevadas cimas de sus montañas.

Estar solos por la noche, rodeados de esta naturaleza; sentir el frío juntos, envueltos en una manta y en una capa, en medio del silencio y de la obscuridad de este bosque, son impresiones antes para mí desconocidas. Estas noches tienen un encanto misterioso que yo no sabría explicar.



Domingo 28 de Noviembre.—¡Ya estamos en alta mar!..... Es por la tarde: la tierra ha desaparecido completamente entre las oscuras brumas.

Al ponerse el sol, el Montenegro, que se alejaba, parecía un gran incendio en el horizonte; y después todo se ha extinguido, para siempre, ante mis ojos.

¡Todo se ha acabado!..... ¡se acabó la montaña de Baozich; se acabó este país de los slavs, donde jamás volveré ya; se acabó el amor de Pascual!.....

Ayer por la noche, después de haberla dejado en el cercado de los olivos bajé a la playa donde, como siempre, mi canoa me esperaba.

Los marineros estaban muy contentos; reían y bailaban: acababa de llegar, por medio de las señales de noche al *Temerario*, una orden de partir al

día siguiente, á las doce de la tarde, para regresar á los mares del Norte; y me anunciaban esto con una alegría loca.

¿Qué hacer?..... Tan tarde, era imposible volver al bosque. Además, Pascuala seguramente estaba en su cabaña, recogida y acostada en su cama de pastora.....

Esta mañana, domingo, tuvimos un nuevo aviso. La partida debe adelantarse y el *Temerario* ha de ponerse en camino á las ocho.

Yo, que estaba levantado antes de amanecer, solicité y obtuve del comandante una canoa á condición de no pasar allí más que media hora.

Apenas había salido el sol cuando llego á la playa de Baozich. La mañana está fría, pero clara. Solamente en el fondo de los valles se ven las blancas neblinas del otoño. La nieve brilla en las cimas. El camino por tierra es una alfombra de hojas secas.

Giovani está ya en la playa; monta en su barca y prepara la vela para ir hasta Rizano.

Me lanza al pasar una mirada despreciativa y triste. Yo le estrecharía la mano de muy buena gana, si me atreviera á acercarme á él. Me ve seguir corriendo el camino que conduce á la cabaña de su hermana, y me mira con desconfianza.

Yo corro, escalo las piedras de este sendero, en que las hierbas y los mirtos están empapados del rocío de la mañana.

Pero la cabaña está vacía. Los dos viejos han salido ya al campo, y Pascuala, más madrugadora que yo, no sé dónde habrá ido con sus corderos y sus cabras.

Pasa la hora: una gran angustia se apodera de repente de mí, al mismo tiempo que una opresión de corazón, á la sola idea de partir sin verla, y corro en su busca.

Registro todos los rincones de alrededor adonde ella tenía costumbre de conducir su rebaño. No encuentro nada, ni á nadie; bajo los castaños, bajo las encinas, todo está en silencio; aunque escucho atentamente, no oigo por ninguna parte el ruido de las campanillas de las cabras; nada más que las hojas secas, que caen unas tras otras sobre el musgo.

Llamo «¡Pascuala!» y nada me responde. Sin duda se ha dirigido á la parte alta de la montaña, á una meseta que está muy distante, en donde abunda la hierba.

Ha pasado la hora; es preciso regresar á la mar.

Cuando menos, quiero volver á ver el cercado de los olivos y el magnífico árbol en cuyo tronco nos

apoyábamos, y bajo cuyas ramas nos encontrábamos todas las noches.

Yo nunca había visto aquel sitio de día: la hierba y el mirto estaban amontonados, y conservaban todavía nuestras huellas. Se apoderó de mí el temblor del recuerdo al mirar este suelo, en el que se conservaban aún las señales de nuestra permanencia. Me fui de aquel sitio triste y desolado, y sin embargo, volví después á llevarme una florecilla campestre, que había brotado entre las raíces, en el sitio en que apoyábamos nuestras cabezas.

.....

En la playa había ahora gente. Los marineros de mi canoa habían despertado á los que se alojaban en la posada para darles la noticia de nuestra partida.

Los sencillos aldeanos de las cabañas inmediatas habían venido á decirme adios, y preguntaban en italiano á mi criado sobre nuestro viaje.

El sol comenzaba su carrera dulcemente, radiante en el claro cielo.

Estaba allí Mateo Ivovitch, que me traía como

regalo un antiguo fusil de Albania; además estaba Gregorio, el valiente Gregorio, al que deseaba ver más que á los otros, porque tenía necesidad de él para un asunto importante. Dí á éste una bolsita de seda roja de Cattaro, con algunas monedas de oro, diciéndole:—«Para Pascuala; sube de prisa á buscarla en la montaña y díla que me voy.....»

El albanés Mehmet llegó también; su regalo de despedida era un saco de tela, que contenía tabaco de contrabando, que él mismo había traído de Scutari.

Yo me había retardado; hice preparar mi canoa, y la orilla de Baozich se alejó para siempre.

Aún oí lejana la voz de Mehmet que me gritaba:—«¡Allahsélamet versen!»—Y este adios supremo de los turcos, que no había oído desde mi partida de Stambul, repercutió en mi alma como una llamada lejana del pasado, como un reproche, como una nota lúgubre.....



A bordo se hicieron los preparativos para la partida, como de ordinario. A las diez se encendieron los hornillos.

Pero el *Temerario* estaba *consignado* y prohibida la comunicación con tierra; miraba yo lejana la orilla y las cabañas de Baozich, de las que llegaban á última hora barcas cargadas de provisiones para el camino; las gentes del país habían cargado allí frutas, legumbres, pájaros, pescados, todo lo que se podía vender á los marineros.

Se acercaba el medio día. Una barca, en la que creí reconocer la de Juan, salió de la orilla, dirigiéndose hacia nosotros. Conducía esta barca una mujer: Pascuala, llevada por su hermano..... ¿Qué

me querían los dos? Yo los veía acercarse y nada comprendía.

Llegaban, estaban ya muy próximos y fijaban en mí sus ojos grises, semejantes, con una misma expresión extraña de calma y de melancolía. Entonces adiviné lo que querían. Juan me enseñó la bolsa de seda, indicándome que habían venido para devolvérmela.

Se iban á levar anclas, y ya tenían los marineros de servicio la consigna de no permitir á nadie la entrada en el barco. Sin embargo, les dí la orden de dejar pasar á Juan y de conducirlo á mi cámara. Mateo estaba todavía á bordo, y yo formé mi plan, que le expliqué rápidamente.

Juan entró en mi cámara conducido por un timonel, y al mismo tiempo que miraba en torno suyo con asombro de salvaje, dejó caer la bolsa en mi cama.

—Está bien—le dije—la recojo, ya que no la queréis. Pero, espérame; tengo que decirte otra cosa.

Entonces salí y tiré la bolsa á Mateo, que después de apoderarse de ella, desapareció.

Dí á Juan mi retrato y una estampa en un cuadro dorado, con la imagen de uno de los patronos de Castelnuovo.

Esta vez aceptó y me prometió enviar á Pascuala

las dos cosas. Después le tendí la mano, que dudó en tomar y que estrechó, diciéndome adios.

Levaron anclas; se amarraron las últimas canoas. Todo estaba en revolución y reinaba allí el alboroto propio de los momentos de partida. El ruido de la máquina se mezclaba con las voces de mando y con los silbatos.

Me inquieté por Pascuala, que había quedado sola en su barca, sin el auxilio de su hermano; no podía comprender que estando tan cerca de mí estuviera á la vez tan lejos; la angustia me oprimía el corazón.

Sin embargo, me había retrasado para la maniobra y corrí á mi sitio en el castillo de proa.

Un momento después volví á ver á los dos en la barca, debajo de mí, casi tocando con el buque. Se habían acercado imprudentemente, y aún me tendía Juan la maldita bolsa encarnada que, á pesar suyo, había vuelto á su poder.

Era ya demasiado tarde, y se les gritaba que se separasen. Les cubrió una ola de espuma blanca. La formidable máquina se puso en movimiento en aquel instante, y entonces tuvieron miedo.

La bolsa roja cayó de las manos de Juan á las ro-

dillas de Pascuala. ¡Sin querer, las monedas fueron para ella! Entonces yo tiré un beso á la barca. Felizmente, dos marineros que estaban sobre el bauprés fueron los únicos que vieron este beso irreflexivo é involuntario, en el que acaso iba algo de mi alma.

Pascuala bajó la cabeza, Juan se quitó su gorro, y el *Temerario* se puso en marcha.

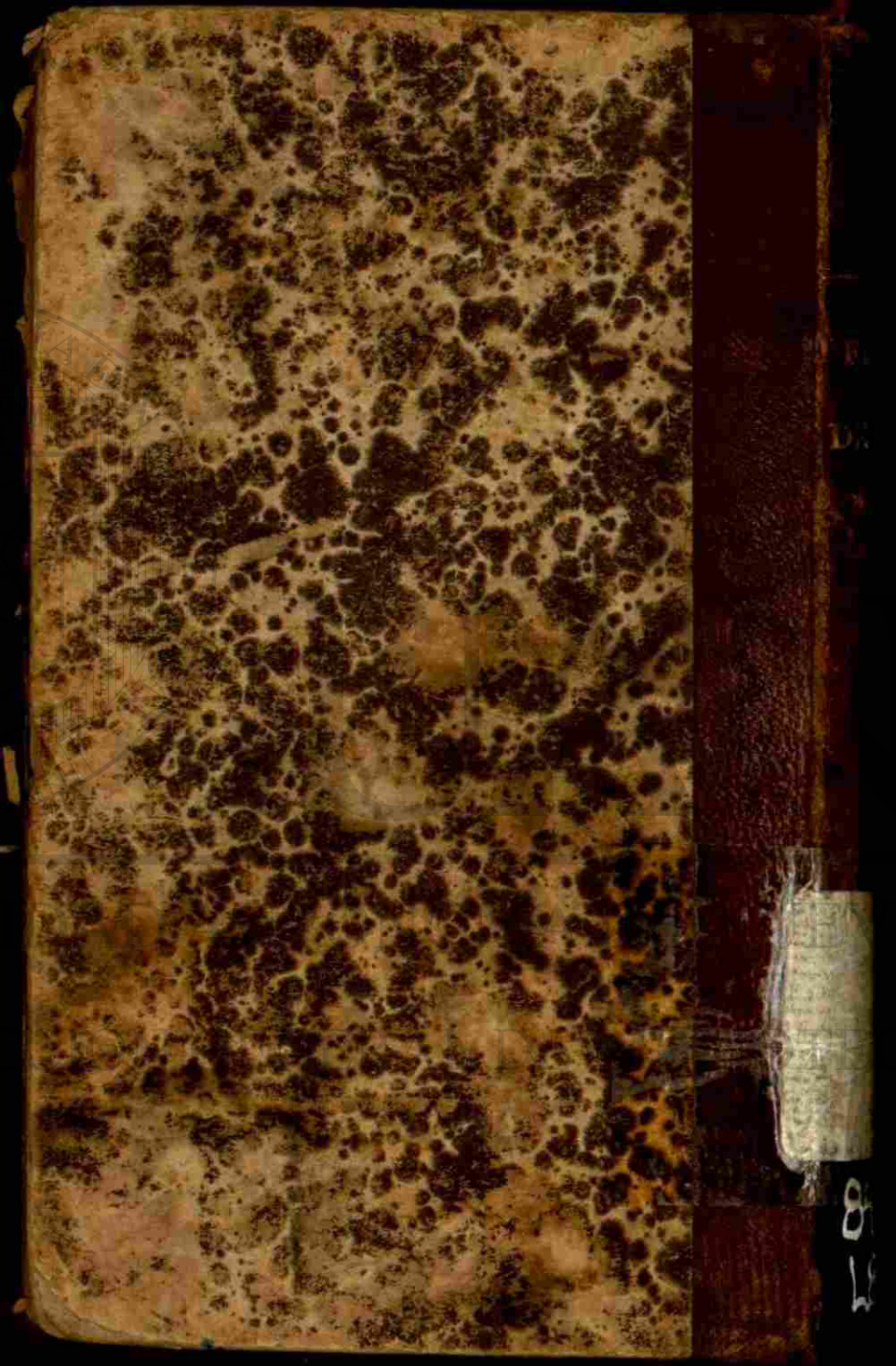
Se oyó el cañón, repercutieron las salvas en las montañas, y los pifanos de la escuadra europea saludaron nuestra partida.

Ví aun durante mucho tiempo en su barca á Pascuala y á Juan, como dos puntos blancos y rojos sobre el agua azul.

Y después esa profunda bahía de los slavos, que ya no volveré á ver, se encerró poco á poco en sus montañas. Todo acabó.

Y ahora es de noche, y estamos en alta mar.

FIN DE PASCUALA.



87